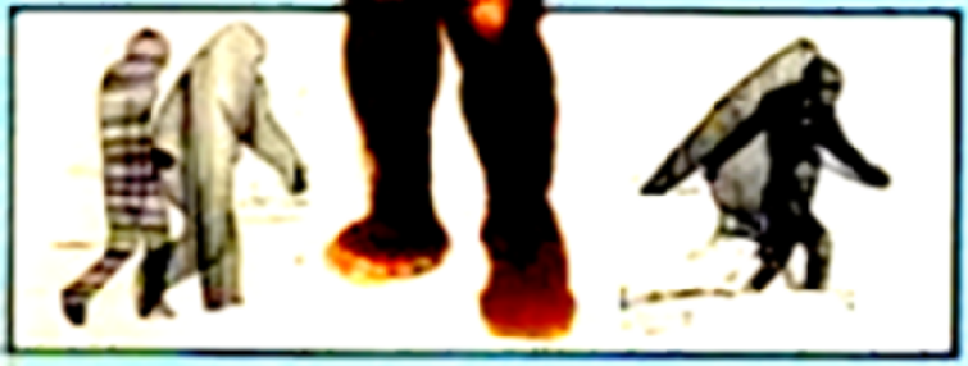
SASQUATCH
enigma antropológico

LA VERDAD SOBRE EL MISTERIO DE LA GIGANTESCA CRIATURA DE LAS MONTAÑAS ROCOSAS

editorial ATE

Renzo Cantagalli



Solapa

En el Oeste canadiense, entre las Montañas Rocosas y el Pacífico, un ser desconocido para la ciencia deja sus improntas gigantescas: tal vez un humanoide no clasificado por los antropólogos, tal vez un residuo de la prehistoria que ha sobrevivido en alguna misteriosa región ecológica. No es un oso porque sus improntas son de pie humano; no pertenece a los simios porque es un bípedo completo, omnívoro, nocturno. En la Columbia Británica lo llaman Sasquatch, un nombre derivado del dialecto de los indios kwakiutl; al sur del paralelo 49 se lo conoce como Bigfoot. Centenares de personas lo han visto en Oregón y también en California; en el condado de Skamania una ley castiga con diez mil dólares de multa y cinco años de prisión al que mata a un abominable: pero la ciencia oficial sigue negando la existencia del fenómeno. Este libro cuenta todo lo que actualmente se sabe sobre la enigmática criatura: caracteres físicos, hábitos, sexo, dieta, confrontaciones antropométricas, parentesco con el yeti, con el hombre de Neanderthal y con el Alma asiático. La ciencia sabe sobre el Sasquatch bastante más de lo que está dispuesta a admitir oficialmente. Es cierto qúe algo inquietante existe en las selvas inhóspitas del noroeste de América del norte; algo que de un momento a otro podría trastocar toda teoría antropológica y obligar a los científicos a reescribir la historia de la humanidad. Tal vez en nuestro planeta existe otra forma de vida hasta ahora ignorada. Tal vez el "homo sapiens" no es el único ser humano sobre la Tierra.

SASQUATCH

ENIGMA ANTROPOLOGICO

Renzo Cantagalli

Scan Ave Fénix

A. T. E.
México, D. F. 1979

Título original: Sasquatch enigma antropológico

Traducido por: Juana Bignozzi

© Sugar Edizioni, Milán, por ATE, 1979

Primera edición mexicana hecha con autorización y por cuenta de A. T. E. Rda. General Mitre, 90, Barcelona-21, España, para ser vendida en México en exclusiva por Ediciones Roca, S. A., General Fco. Murguía, 7, México 18, D. F.

ISBN 968-21-0105-0

Primera edición

HECHO EN MEXICO

Impreso en México
Printed in México

INDICE

	«Disculpe, ¿vio al Sasquatch?»	**6**
I	**Una familia abominable**	**11**
II	**Sasquatch story**	**24**
III	**Esta casa está abierta**	**47**
IV	**Cazadores de monstruos**	**55**
V	**El año del Sasquatch**	**72**
VI	**Es mujer el abominable hombre de las Rocosas**	**97**
VII	**Las improntas: ¿enigma, truco o prueba?**	**112**
VIII	**Por seis metros de Film**	**130**
IX	**Historia de piel y huesos**	**146**
X	**Una criatura venida de los hielos**	**159**

«DISCULPE, ¿VIO AL SASQUATCH?»

Golden, Canadian Rockies British Columbia, Canadá

Acabábamos de salir de una tempestad de nieve, en el Roges Pass, en medio del Glaciar del Parque Nacional, y sólo había sido un sondeo de las Montañas Rocosas. La modesta altitud (un poco más de 1.300 metros) y el calendario que señalaba julio, aquí tienen un valor relativo. Bajando hacia el río Columbia, por un hermoso camino sin curvas, era preocupante la posterior subida hacia Lake Louise a través del bosque de Yoho y Banff frente a los glaciares.

También por lo mismo habíamos preferido hacer etapa en Golden, a poco menos de 800 metros de cota, casi en el confín de las dos provincias canadienses de Columbia Británica y Alberta. Golden es una de esas *instant cities* que nacían en el West de un día al otro. Hace cien años no era más que un pequeño pueblo de tiendas con el «Columbia Hotel», en el centro, o sea una tienda más grande que las otras dentro de la cual algunas telas hacían las veces de divisorias de las «cámaras». En compensación se llamaba bastante más pomposamente Golden City.

Luego, un día de agosto de 1883, abriéndose paso a través de las Montañas Rocosas, llegaron del este las vías del ferrocarril transcanadiense en viaje hacia el Pacífico. Imprevistamente la *Main* —y única— *Steet* se pobló de obreros italianos, japoneses, franceses. Por las vías recién extendidas llegó el whisky (medio dólar la copa), la prisión portátil, el sillón del peluquero; y llegaron siete-mujeres-siete.

El *Italian Saloon* era una barraca de tres metros por cuatro, pero como barman había una linda muchacha que servía un nuevo trago, creación de un tal McCallum. Este McCallum notorio contrabandista de alcohol se había hecho fabricar una botella

provista de doble fondo; el compartimiento superior contenía petróleo para estufa, el inferior whisky. Cuando entraba un polizonte que quería petróleo para la estufa se le satisfacía pronto; y si alguien prefería algo más calórico también se le atendía en seguida. Un ingenioso mecanismo prevenía al artefacto del riesgo de eventuales pesquisas policiales: un grifo entre los dos compartimientos permitía mezclar de manera instantánea, si era necesario, los dos líquidos. Superado el control, nunca un cliente rechazaba un trago de whisky que sabía un poco a petróleo.

El 2 de julio de 1886 llegó a Golden el primer tren transcontinental que cuatro días antes había salido de Montreal para el largo viaje de costa a costa. En adelante el Far West ya no se sentiría protegido por las Montañas Rocosas.

Ahora la única tienda de Golden es la fingida tienda india de madera y cristal de la oficina turística de Alberta. A veces dan ganas de ponerlas a prueba a estas nítidas oficinas gubernativas y probar su eficiencia con pedidos de información fuera de la *rutina* que es la de entregar opúsculos e indicar rutas y albergues. ¿Es posible que el Oeste haya renunciado a la aventura, a lo imprevisible, al espíritu mismo del Oeste?

«Hemos oído decir que en la vertiente oriental de las Rocosas fue avistado un Sasquatch. ¿Se podría tener la confirmación de la noticia y la indicación exacta del lugar donde fue visto?»

El Sasquatch es el misterioso y discutido «abominable» humanoide de las Rocosas que cada tanto alguien afirma haber visto. También fue fotografiado y hasta filmado pero, al parecer, nadie pudo capturarlo. En Canadá lo llaman Sasquatch, mientras que al sur del paralelo 49, en los Estados Unidos, se lo conoce como *Bigfoot.* Sin embargo, cuando la gente habla del abominable o de la «criatura» siempre se trata de él.

El «abominable de las Rocosas», en realidad, es mucho menos estable o exclusivo, por ejemplo, que el abominable del Himalaya, o sea el yeti: de los glaciares y selvas de las Montañas Rocosas, su «ambiente», puede llegar hasta el Pacífico, subir las montañas costeras hacia el norte hasta Alaska o seguir hacia el sur las Montañas Cascade hasta la Sierra Nevada californiana, y también otras. Pero en general pasa por el «abominable hombre de las Rocosas» porque éstas y sus estribaciones constituyen su reino.

A la muchacha de la oficina turística no se le movió un pelo y en seguida hizo un télex a su sede central en Jasper, 320 kilómetros más al norte, a 1.100 metros sobre las Rocosas. La respuesta, siempre por télex, llegó en tres minutos: «Sí, es verdad, el Sasquatch fue avistado, pero esto ocurrió hace un año, exactamente cerca del dique de la David Thompson Highway entre el camino de los glaciares y Red Deer. Testigos: algunos obreros del dique.» Increíble. Casi tan increíble como el Sasquatch.

Salimos —mi mujer y yo, con un Fiat 131— de la Isla de Salt Spring, en el estrecho de Georgia, a la altura justa del paralelo 49 contra el continente y la isla Vancouver: tras las huellas del Sasquatch. ¿Pretexto fatuo? Tal vez, pero no todo lo que podría pensarse. Basta preguntar a cualquier oficina turística a lo largo de la autopista N. 1, la Transcanadian Highway, que atraviesa el Canadá del Atlántico al Pacífico: «¿Dónde podemos encontrar al Sasquatch?» Simple. Nos dan un par de mapas de carreteras y nos señalan la zona en la que además a menudo está indicado «Sasquatch» en rojo y nos desean buena suerte. Nadie pretende burlarse y mucho menos a nuestras espaldas. Ésta es gente seria.-

Así, con «¿Disculpe, se sabe algo del Sasquatch?», uno tras otro llegamos hasta Golden; obviamente listos para avanzar en la búsqueda. Todos fueron prodigios de información y consejos. Al entrar al Sunshine Valley, en el camino entre Hope y Princenton, el guardia de una villa privada se ofreció para acompañarnos con su jeep al punto exacto del bosque donde «el monstruo» había sido visto, siguiendo las huellas en la nieve. La zona correspondía a las indicaciones que nos había dado el primer día John Green, que es el más famoso «cazador de monstruos» del continente norteamericano.

A 14 millas de Hope hacia Princenton, había explicado, hay un gran derrumbe y el camino debe hacer una amplia curva hacia arriba. En lo alto, a 600 metros de cota, en la pared desnuda de la montaña que se cayó hay una gruta, qué puede verse desde una ancha plataforma que hay abajo. En la boca de esta gruta un tal Western F. Smith, de Vancouver, dijo haber visto una «criatura» recubierta de pelo oscuro que caminaba descalza por una piedra. Luego desapareció en el bosque. Eran las 4 de la tarde del 30 de junio, con perfecta visibilidad, y esa «criatura» no podía ser en absoluto un oso.

Allí está el derrumbe enorme. La noche del 9 de enero de 1965, durante la sacudida de un terremoto, la montaña se precipitó imprevistamente al valle desde una altura de 1.900 metros; un cataclismo que hizo saltar más de tres kilómetros de camino con algunos automóviles de paso, y llenó un lago con más de cien millones de toneladas de roca, fango y nieve; y luego la onda sólida volvió a subir la pared de la montaña de en frente. Naturalmente está la gruta, aunque parezca un poco pequeña para un abominable de discreta corpulencia.

Si se deja a la espalda la Cascade Mountains a medida que se avanza hacia la cadena de las Monshee y de las Columbias, cada curva, cada cañón, cada bosque puede parecer el apropiado. Un lago tras otro y espesa vegetación. Las nubes han bajado con el agua y llueve. Nos detenemos en el primer pueblo de Chase donde hay dos negocios llenos de sombreros de western que cubren más que un paraguas y luego en Sorrento sobre el lago Shuswap (Savna en cambio está más atrás, cerca del lago Kamloops). Preguntamos en Correos.

—No, por esta parte no se vio al Sasquatch. Pero si quiere se lo mostramos nosotros. Es el empleado que despacha los formularios de impuestos; todos dicen que es Abominable.

Pero en Sicamous lo vieron de veras. El capitán del barco que hace el servicio a lo largo del Salmón Arm estaba maniobrando en las aguas traicioneras de los Cinnemousin Narrows cuando lo vio tranquilamente en la orilla.

Los teóricos de la investigación psíquica garantizan que el hombre es un ávido consumidor de monstruos; administrador celoso de su propio miedo, el espanto lo fascina; tiene el gusto del íncubo y del misterio. Y además el culto del monstruo puede convertirse en un asunto comercial. Reflexiones agudas, observaciones convincentes. Pero teóricas.

Al seguir las huellas del Sasquatch esparcidas en el Oeste canadiense y norteamericano he experimentado qué se siente al vivir con el monstruo. No es invasor, no es particularmente horrendo, tiene un temperamento no agresivo, autosuficiente y respetuoso de la propiedad ajena, el Sasquatch parece en realidad un monstruo de buena familia. De animalesco, al fin y al cabo, sólo tiene esa piel

inquietante: por eso no se encontrará a nadie que lo considere de verdad una bestia; hasta prudentísimos científicos que oficialmente lo desconocen, lo llaman «criatura», «tipo», «ser».

En todo ser viviente es siempre difícil y a veces imposible distinguir con seguridad una línea de demarcación entre lo que es y lo que no es. Tomemos, por ejemplo, los hongos: nadie estaría dispuesto a poner en duda su *no* pertenencia al reino animal y, sin embargo, los hongos no son complejamente plantas desde el momento que no tienen clorofila y por el contrario, son los únicos del reino vegetal que contienen quitina, sustancia orgánica que justamente en el reino animal es empleada por los insectos y crustáceos para la formación del exoesqueleto.

El Sasquatch está en un limbo análogo, a mitad de camino entre el hombre y el mono. Si se inclina más hacia uno o hacia otro lo veremos en seguida.

Pero admitiendo, naturalmente, que el Sasquatch exista de veras.

Hay algo seguro entre las Montañas Rocosas y el Pacífico: un humanoide no clasificado por la ciencia, un residuo primitivo que ha sobrevivido en algún nicho ecológico a la destrucción de los siglos; algo que deja sus enigmáticas huellas, improntas de pies gigantescos de carácter inconfundiblemente humano. Algo que de un momento a otro podría trastocar toda teoría antropológica y obligar a los científicos a reescribir la Historia de la Humanidad.

I. UNA FAMILIA ABOMINABLE

Cuando la barca tocó de proa la orilla, deslizándose por la maraña de la vegetación, el viejo indio aseguró una cuerda al tronco más cercano y esperó que el cliente se las ingeniara con el saco de dormir, las provisiones y el fusil.

El indio había sido contratado con su barca como guía; nadie que no conociera palmo a palmo ese laberinto de ensenadas de la costa del Toba Inlet podía esperar razonablemente orientarse sin la ayuda de un guía. Las cosas estaban exactamente como hacía un siglo, en la época en que los cazadores de pieles recorrían esta zona para abastecer a los comercios de la Union Bay, la compañía a la cual el Canadá debe la exploración y la conquista de los territorios del noroeste, en buena parte aun inhospitalarios y misteriosos.

El cliente del indio era un guardabosques, un *lumberman* en vacaciones, un tal Albert Ostman que se convertiría en un personaje famoso —«el caso Ostman»— del más apasionante enigma del siglo, la «caza» del abominable hombre de las Montañas Rocosas. Este enigma aún no está completamente resuelto: en el momento en que las últimas dudas caigan es posible que toda la historia de la evolución humana deba revisarse desde el principio pues se habrá alcanzado la prueba de que el *Homo Sapiens* no es el único producto viviente del *Hominide line.* El nombre de Albert Ostman podrá entonces ser recordado como el de un singular pionero, aunque haya sido involuntario, de la ciencia antropológica. Pero por ahora es el protagonista del único (y no seguro) caso de rapto cumplido por una criatura humanoide no clasificada, la única persona en el mundo que durante algunos días fue prisionera de seres extrañamente similares al hombre pero que «oficialmente» no existen.

El acaso Ostman»

El día era discreto, un templado día de verano. Una neblina baja, normal para esa latitud, estaba suspendida sobre el agua de la desembocadura del fiordo y se deslizaba hacia el fondo de la ensenada, unos diez kilómetros hacia adentro. El Toba Inlet es un largo embudo de mar que desde el Estrecho de Georgia forma una profunda incisión hasta las pendientes de las Montañas Costeras de la Columbia Británica, la provincia más occidental de Canadá. Está distante de Vancouver unos 250 kilómetros hacia el norte, pero para llegar a Lund donde termina el camino, hay que tomar dos transbordadores porque la montaña y el bosque caen a pico sobre el mar y sólo existe el barco o el hidroavión para unir las pocas localidades habitadas a lo largó de la costa muy recortada.

Lund es un pueblo de pescadores y justo allí termina el camino N. 101 después de haber atravesado de sur a norte toda California y el estado de Washington siguiendo la costa del océano Pacífico, desde la frontera mexicana hasta la canadiense de la Columbia Británica y aún más arriba para detenerse en la desembocadura del Toba Inlet. En Lund termina todo: camino y vida organizada, más allá sólo hay algún minúsculo asentamiento indio difícil de individualizar. Mar, selva, laberinto de islas y penínsulas nunca habitadas y en su mayor parte ni exploradas, desde cuando el capitán Vancouver descubrió este paso hacia el Norte entre el continente norteamericano y la actual Vancouver Island que es su frontera.

Ostman llegó al pueblo de Lund con un barco de la Unión Steamship y contrató al viejo indio para hacerse llevar en barca internándose por el Toba Inlet. El guardabosque estaba decidido a tomarse finalmente un poco de reposo después de un año de trabajo como *lumberman* y eligió esta zona por haber oído hablar de una mina de oro abandonada.

En el Oeste canadiense estas minas abandonadas son frecuentes: explotadas hasta que el costo de la extracción industrial deja un buen margen de ganancia, las cierran cuando su producción no cubre los gastos, pero un buscador emprendedor con sistemas artesanales aún logra sacar algo del viejo filón, lo que le permite vivir en

libertad fuera del agobiamiento ciudadano y de la polución industrial. El buscador aislado, en realidad, es un personaje bastante normal en estos lugares.

¿Por qué no dar una ojeada a esa vieja mina y el mismo tiempo gozar de unas vacaciones en el bosque?, se preguntó Albert Ostman, un hombrachón de origen escandinavo que en ese momento tenía unos treinta años. Por lo tanto estaba de excelente humor mientras la barca enfilaba tranquila hacia el fondo del fiordo, y se divertía escuchando las historias que el guía indígena le contaba.

«Este viejo indio es un gran conversador», hubiera podido decir infinidad de veces. Empezó con la misteriosa desaparición de alguien, un buscador blanco, que unos años antes había vuelto a excavar en la mina abandonada y había logrado un discreto beneficio. Ese blanco era un gran bebedor y todo el dinero que sacaba de la venta del oro lo gastaba en el saloon. Además cuando se quedaba sin nada no tenía más que volver a la vieja mina y excavar un poco otra vez: pasaba algún tiempo y volvían a verlo aparecer con una bolsita de oro. Hasta la última vez que fue a la mina para reabastecerse y nadie volvió a verlo. La gente de la zona decía que el Sasquatch lo había matado.

«En esa época yo nunca había oído hablar de ese Sasquatch —contaba Albert Ostman—, y por eso pregunte al indígena qué raza de animal era ésa que él llamaba Sasquatch.» «Tiene todo el cuerpo cubierto de pelo pero no son animales —contestó— Son personas, *people.* Gigantes que viven en las montañas. Mi tío vio la huella que había dejado uno de estos Sasquatch: tenía por lo menos sesenta centímetros. Un viejo indio que vio a un Sasquatch dijo que por lo menos tenía dos metros cuarenta de alto.»

Ostman señaló al guía que era un poco difícil creer en la existencia de semejantes gigantes: tal vez hace unos millares de años, pero ahora no. Y el indio dijo:

—Tal vez no son muchos, pero aún existen.

Llegaron al fondo del fiordo alrededor de las 4.30 horas de la tarde y Ostman eligió un lugar en la desembocadura de un torrente para acomodarse. El indio se quedó con él para esperar la marea favorable para irse y comieron juntos. A eso de las 19* horas el

indio se fue después de haber prometido que volvería a recoger al *lumberman* tres semanas después en ese mismo lugar.

Las provisiones que Ostman había comprado en el *general store* de Lund le bastarían y sobrarían. Tenía botes de carne, de judías, un par de kilos de ciruelas secas y dos kilos de harina para buñuelos, seis paquetes de macarrones, galletas, queso, manteca, sal, leche, cerillas además naturalmente de un fusil Winchester 30/30, un saco de dormir, una piqueta de prospector, una sartén y varias latas de tabaco para mascar. En ese lugar maravilloso no le faltaba agua para beber, pues, era rico en manantiales. Ostman estaba listo para empezar sus solitarias vacaciones. Puso en una caja metálica bizcochos y el tipo de alimento que podía tentar a algún animal y la dejó al resguardo de un tronco derribado por el viento; luego guardó el resto dentro del saco para dormir y salió animosamente en busca de la mina.

El visitante nocturno

Durante una semana vagó por el bosque comiendo la carne de un ciervo que le cayó a tiro, una ardilla y un gallo de monte. Dormía al pie de los árboles y se despertaba con las primeras horas del alba. Justamente fue una mañana cuando se dio cuenta de algo extraño: mientras dormía alguien había andado revolviendo en sus cosas; pero sin llevarse nada. Podía haber sido un puercoespín. Pero el descubrimiento lo tuvo inquieto durante todo el día y anduvo con el fusil siempre al alcance de la mano mientras se desplazaba para seguir la veta de ciertos minerales.

«Esa noche puse un cargador entero en el Winchester y guardé el fusil debajo del saco de dormir. En el bolsillo tenía una caja con veinte proyectiles y envuelta en el chaquetón otra con seis proyectiles. Puse los zapatos en el fondo del saco por si el visitante nocturno era un puercoespín, dado que estos animales son muy golosos del cuero.

»Tengo el sueño pesado y cuando me duermo es difícil que algo me despierte. O sea que sólo a la mañana siguiente me di cuenta de que alguien había vaciado completamente la bolsa de las provisiones y había desaparecido la harina y medio paquete de ciruelas secas. Pero —extraño— no habían tocado la sal: extraño porque al puercoespín le gusta mucho la sal. Pensé que debía ser otro animal. Busqué por si se

veían huellas, pero no existían. No podía ser un oso porque no se hubiera contentado con algunas ciruelas y un poco de harina; habría destrozado y probado todo.»

La misteriosa visita se repitió durante tres noches consecutivas. Aunque inquieto, como buen leñador acostumbrado a la aventura de la vida solitaria, prefirió no alejarse de su campamento que estaba reparado del viento y con agua corriente fresca y en cantidad.

«La cuarta noche decidí permanecer despierto a cualquier precio: quería desvelar por fin qué era ese misterio. Cerré bien la bolsa de las provisiones, me acomodé al lado de mi piqueta de manera de poder empuñarla aun estando echado y el fusil lo escondí dentro del saco donde me introduje sacándome sólo los zapatos.»

A pesar de todas las precauciones, la somnolencia lo ganó y cuando Albert Ostman se despertó sobresaltado se dio cuenta de que alguien lo había agarrado y lo estaba levantando «como una bolsa de patatas» con todo el saco y las provisiones, obligado a una posición incomodísima e incapaz de liberarse, obligado a respirar a través de la apertura del saco, por suerte no completamente bloqueada, por una mano enorme cuyos contornos intuía.

«Traté de comprender con qué raza de animal me las tenía que ver, mientras me daba cuenta de que me arrastraban por una ríspida pendiente y que el que me llevaba tenía un poco de fatiga y de tanto en tanto tosía.»

Entumecido y con terribles calambres en las piernas, el pobre Ostman estuvo prisionero en el saco durante cerca de tres horas, arrastrado arriba y abajo por el terreno accidentado del bosque.

«Finalmente se detuvo y me dejó en el suelo. Oí el rumor metálico de mis provisiones de lata que caían al lado de mí. Entonces me llegaron voces, pero las palabras eran incomprensibles. Debían ser varios.»

En ese momento fue cuando el leñador-buscador Albert Ostman pudo ver la cara del Sasquatch; más bien, vio cuatro a la vez: una familia de Sasquatch, el padre (un gigante de por lo menos dos metros cuarenta), la madre (de unos dos metros quince), un hijo y una hija de altura análoga.

«Estaban de pie alrededor de mí que no lograba alzarme porque estaba entumecido y me masajeaba las piernas. No podía distinguirlos bien porque todavía era oscuro, pero veía que eran cuatro. Nunca había sabido de la existencia de criaturas llamadas Sasquatch antes de que me lo dijera el guía indio, y de pronto me daba cuenta de que estaba en medio de ellos.»

— ¡Eh!, ¿qué queréis de mí? —trató de preguntar.

Pero ellos continuaban hablando todos a la vez, como si discutieran. Mientras tanto el cielo se aclaraba y vi en mi reloj que eran las 4.25 horas. Podía empezar a distinguirlos bien. Los dos más jóvenes parecían asustados, pero la mujer adulta tenía aire de no estar satisfecha de lo que el macho adulto había traído a casa. Este macho, por su parte, no hacía más que agitar los brazos acompañándolos con largos discursos como si quisiera explicar qué pensaba.

«Más tarde, con mi brújula, traté de localizar la posición. Me encontraba en una estrecha garganta circundada por montañas más bien altas y con una única posible salida hacia el sudeste, una especie de quebrada con un largo de no más de tres metros con base en forma de «V»; pero el macho adulto se había colocado justo en correspondencia con la salida.»

Prisionero de los Sasquatch

Durante dos días Ostman permaneció alerta para aprovechar cualquier posibilidad de fuga. Cierta idea le rondaba la cabeza y por eso veía con buenos ojos que los cuatro se interesaran con obvia curiosidad por todo lo que había en la bolsa de provisiones y trataba de atraer la curiosidad de ellos sobre el tabaco para mascar que, en efecto, luego jugaría un papel importantísimo. Una tentativa de irse con naturalidad y decisión fue cortada por el macho adulto que no descuidaba la guardia. Ostman, que no se había separado del Winchester, pensó en dispararle al gigante, pero con el temor de desencadenar una reacción previsible en el caso de que no muriera del disparo se había resignado a usar más bien la astucia.

El momento propio llegó una mañana, seis días después del insólito rapto. Ostman por primera vez había encendido fuego y se calentó café suscitando interés y estupor en las cuatro criaturas que luego empezaron a hurgar en las cenizas calientes. Después de

un par de bizcochos con manteca sacó la caja de tabaco para mascar y se sirvió una buena dosis ostentando una inmediata expresión de beatitud. El gigante adulto, no perdía un movimiento, tuvo un segundo de perplejidad, luego tomó la caja que Ostman había puesto en el suelo y con decisión se tragó todo el contenido lamiendo ávidamente las briznas que habían quedado en el fondo. Era evidente que no podía sospechar *que* algo tan exquisito —a juzgar por la mímica del «extranjero»— se llevara a la boca renunciando a tragarla. Pasaron pocos minutos y de improviso pareció que los ojos se le salían de las órbitas; empezó a aullar, dobló las piernas y puso la cabeza entre las rodillas sacudiéndola fuertemente.

En ese momento Ostman tomó el fusil y la bolsa ahora medio vacía y a la carrera llegó a la apertura de la quebrada donde se encontró delante de la mujer adulta, enorme, que había ido a recoger hierbas para la comida de la familia. Entonces disparó. La bala pasó tal vez por arriba de la cabeza.

Nadie lo siguió. Cuando cayó agotado miró alrededor y reconoció, hacia el Sur, el monte Baker que está en territorio norteamericano, en el estado de Washington, pero que con sus 3.277 metros asoma hasta en la British Columbia. Recién al día siguiente, destrozado por la larga marcha angustiosa debido al miedo de que lo volviera a capturar el Sasquatch, pudo sentirse seguro. En el silencio del bosque, finalmente, oyó el rumor familiar del «burro necio» que en la jerga de los leñadores canadienses es una tosca máquina de vapor que se usa en los buques para arrastrar y trabajar los troncos recién cortados. Y en seguida se le unió —consoladora confirmación— el grito de alguien que advertía: *Timbar!* (árbol). Y luego el fragor de un árbol que caía. Era la primera voz «humana» que escuchaba en tanto tiempo: fue como salir de un íncubo.

De esta manera encontró un grupo de *lumbermen* que lo atendieron Le dieron un pasaje con un envío de maderas hasta el depósito del Salmón Branch en Sechelt Inlet y desde allí volvió a Vancouver. A los que lo recogieron en el campamento no les contó nada de la dramática aventura de la que acababa de salir. «Dije simplemente que era un buscador de oro que me había perdido. Si hubiera contado que un Sasquatch me

había raptado seguro me hubieran tomado por un loco.» Un buscador que se pierde, por otra parte, no es algo que produzca asombro por esos lugares.

Si tratamos de seguir en un mapa de la zona el recorrido de Ostman desde el momento en que el guía indio lo deposita en el punto más avanzado del Toba Inlet, queda en claro que nadie, dotado de energía normal, puede superar con medios propios una distancia de ese tipo, sobre todo en un área inaccesible como la que se extiende al sur del fiordo hasta la profunda ensenada del Prince of Wales. Ostman siempre repitió que su raptor lo había llevado en peso por lo menos durante cuatro kilómetros que unidos a los que él había recorrido antes y después de la captura dejaban cierto margen de verosimilitud a su narración.

Pero éste no es el punto principal, como veremos, en el que se basa el razonado escepticismo de los que —antropólogos, investigadores, cazadores de fenómenos— desde 1957 examinan el «caso Ostman».

Caza rara

Recién en 1957 la clamorosa noticia del rapto —aunque relativamente inverosímil— desencadenó la sistemática «caza del Sasquatch» que dura desde hace unos veinte años y en la que han participado estudiosos, científicos y cantidad de improvisados rastreadores atraídos por la aventura. Las mismas autoridades canadienses y norteamericanas se vieron envueltas en esto: varios agentes de la policía caminera, por ejemplo, y sheriffs, se encontraron en el centro de los episodios que tuvieron al Sasquatch de protagonista; en algunas zonas los órganos legislativos, a pedido de la opinión pública, prohibieron explícitamente toda captura cruenta o eventuales muertes de Sasquatch. En el condado de Skamania, en el estado de Washington, el "Sasquatch fue protegido como especie rara, con multas no inferiores al equivalente de medio millón de pesetas para los transgresores. Salvo, naturalmente, la imputación de homicidio en el caso de que se convalide la pertenencia del Sasquatch a la especie humana.

Pero volvamos al «caso Ostman» en el que todo parece extraordinario, a partir del hecho de que el inefable protagonista víctima del rapto esperó más de treinta años, exactamente treinta y tres, para contar su aventura. Y cuando la reveló fue sobre todo

para confirmar, gracias a la propia experiencia, el caso de cierto William Roe, empleado de una empresa de construcciones viales, qué contaba haber tropezado con una criatura de dimensiones gigantescas, cubierta de pelo, que no podía ser un oso como creyó en un primer momento.

El encuentro había ocurrido —precisaba— alrededor de las tres de la tarde, en el mes de octubre, en la pendiente de la Mica Mountain cerca del pueblo de Tête Jaune Cache, a unos 120 kilómetros al oeste de Jasper que está, recordemos, en las Rocosas. También William Roe estaba explorando la zona en busca de una vieja mina abandonada. No podía garantizar que fuese un Sasquatch. Es verdad —insistía— no era un oso ni un animal conocido, y esto lo podía asegurar como experto que durante muchos años había sido cazador de oficio y *trapper*.

Todos hablaban de la aventura de William Roe en la British Columbia. Fue justamente entonces cuando Albert Ostman dejó escapar la frase:

— ¿Vio un Sasquatch? ¿Y yo que fui raptado y mantenido prisionero durante una semana por esa condenada gente?

En adelante no hay encuesta sobre el abominable hombre de las Rocosas que no parta de este leñador jubilado que, retirado en la ciudad de Fort Langley, en el interior de la Columbia Británica se encontró de improviso en el vértice de la publicidad. El primero en ir al lugar tras las señalizaciones de un radiocronista, fue John Green, propietario y director del semanario *AgassiZ-Harrison Aavance*, un periódico que se imprime en la ciudad de Agassiz de mil quinientos habitantes, un centenar de kilómetros al este de Vancouver.

El nombre de John Green está unido a toda historia, avistamiento, publicación, encuesta que hable del Sasquatch. Luego lo conoceremos personalmente. Lo que ahora quiero poner de relieve es el hecho de que Green, apenas oyó el relato del rapto por boca del raptado, tomó a Albert Ostman y lo llevó ante el Juez de paz de la municipalidad de Langley para que pusiera las cosas en claro. Primero: el señor Ostman reconocía que la entrevista transcrita por John Green era la fiel reproducción del relato que él mismo declaraba solemnemente auténtico y veraz. Segundo: el magistrado certificaba la identidad del señor Albert Ostman, lo declaraba «en plena

posesión de sus facultades mentales, persona agradable, con un agudo sentido del humor y una evidente buena fe» en lo que concernía al relato de su aventura. En Canadá estos actos oficiales o «declaraciones juradas» son realmente cosas serias y nadie piensa en poner en duda la palabra de quien los firme y confirme.

De esta manera el misterioso abominable de las Rocosas hizo su ingreso en el mundo legal, y su existencia recibió una confirmación indirecta de oficialidad.

Identikit del monstruo.

El *identikit*, por otra parte, es más que impreciso. Aunque fue dibujado bajo la guía de numerosos y a veces disparatados testimonios, de deducciones antropométricas que tienen en cuenta las improntas fotografiadas y reproducidas en calco, y considerando una breve y, obviamente, famosa secuencia cinematográfica de 1967, el prototipo Sasquatch nunca se alejó de manera sensible de la descripción dada y solemnemente suscrita por Albert Ostman: una criatura de aspecto «humano» excepto en el abundante pelo que le recubre el cuerpo. Un punto en especial en el que todos concuerdan, concierne a su simplicidad tecnológica: está claro que los cuatro sujetos observados por el guardabosque no saben usar ni el más elemental de los utensilios y no conocen el fuego.

El Sasquatch adulto tiene 2 metros 40 centímetros de alto, una fuerte caja torácica y sus músculos forman una gibosidad en la espalda. Hombros macizos y bíceps enormes que se reducen bajando hacia el codo más bien gradualmente. Los antebrazos son más largos que los del hombre pero bien proporcionados. Manos grandes con palmas largas y anchas cavadas como palas. Dedos cortos en proporción con el resto de la mano y uñas como cincel. Los dientes caninos son más largos que los otros pero no hasta el punto de poder definírselos como colmillos.

El Sasquatch más joven puede tener entre 11 y 18 años, unos 2,10 metros de altura y unos 140 kilos. Tórax de un metro y treinta centímetros más o menos y talla de 90 a 95 centímetros. Mandíbulas muy anchas y frente estrecha que desaparece hacia atrás, tanto que la parte posterior del cráneo se presenta con unos 8 o 10 centímetros más de altura con respecto a la anterior. El pelo se alarga sobre la cabeza hasta más de 15

centímetros (por lo tanto como cabellos); más corto en el resto del cuerpo con zonas muy tupidas cada tanto.

Los pelo-cabellos en la cabeza de las dos mujeres Sasquatch son más largos que en los dos machos, pero no caen sobre los ojos porque forman como un pliego natural hacia atrás. La mujer más vieja puede tener cualquier edad entre los 40 y los 70 años, estatura de más de 2,10 metros, peso entre 230 y 270 kilos, caderas muy anchas y paso ondulado. Una constitución ni atrayente, ni particularmente adaptada a la velocidad.

Es probable que la vida solitaria en medio de la selva, en contacto con una naturaleza no domesticada, haya aguzado el espíritu de observación del guardabosques que, por otra parte, es un hombre curioso y listo, que sabe mirar las cosas con cierta distancia, sin dramatizar, señalando los detalles con un eficaz sentido del humor. Exactamente como cuando describe a la mujer adulta del Sasquatch y dice que aunque fea hubiera podido sacar provecho de un sostén y de una faja.

Con respecto al tema —absurdo— de la indumentaria, durante los seis días de prisión el inefable Ostman tuvo tiempo para escrutar cómodamente y valorar con mirada experta a los cuatro, sintiéndose seguro por la comprobación de que no parecían agresivos ni animados por peligrosas intenciones. De esta manera valoró que si el Sasquatch adulto hubiera llevado camisa necesitaría un cuello de 75 centímetros; con respecto a los zapatos habría necesitado al menos un 45 ancho.

En su *identikit* Ostman insiste en las dimensiones del pulgar mucho más largo que los otros dedos y bastante más macizo como para acentuar la función de apoyo al trepar las rocas y terrenos escarpados. La planta de los pies presentan almohadillas callosas como las de los perros y obviamente, no tienen pelo, al igual que las palmas de las manos, los párpados, y la nariz, las únicas zonas pues, no peludas del cuerpo.

En la descripción se nota una laguna: el guardabosque nunca logró ver las orejas de los cuatro gigantes, porque estaban escondidas por los cabellos.

Éste es en sus puntos principales, el relato que Albert Ostman hizo y suscribió ante el Juez de paz. A. M. Naismith de Langely, British Columbia, el 20 de agosto de 1957. Un relato articulado, convincente, de persona responsable. Una historia también demasiado precisa, que no suena a falsa en ningún detalle: justamente por esto resulta

más sospechosa para todos los que la examinaron con la mayor escrupulosidad posible, dándole diez vueltas para descubrir el punto débil que denunciase el truco, la mistificación.

El hecho de que el protagonista de la aventura, que sigue siendo absolutamente única, se haya decidido después de treinta y tres años a contarla no parece ser motivo suficiente para ponerla en duda. El punto débil es otro que veremos más adelante. Además es bastante lógico que pasado el espanto un hombre no privado de sentido crítico fuera reticente a contar una historia como el encuentro con un ser fantástico del tipo del Sasquatch por temor a cubrirse de ridículo. Esto lo confirman muchísimos casos de revelación tardía. El mismo William Roe —al que ya he citado— esperó dos años para contar su encuentro en la Mica Mountain. Afirmar haber visto un Sasquatch es un poco como pretender haberse chocado con un dragón alado. Se trata de la reputación y el temor a perder una genérica credibilidad es una rémora muy fuerte para el que quisiera hablar y no se anima.

Los mismos estudiosos más responsables y los «cazadores profesionales del Sasquatch» manifiestan cierta reserva para hablar de sus investigaciones aunque estén animados por un interés científico más que razonable. Yo mismo debí insistir durante más de un mes antes de obtener del Departamento Antropológico del Museo Provincial de Victoria (Columbia Británica) confirmación concreta de que alguien se ocupaba del «fenómeno Sasquatch» y poco después tuve algunas comunicaciones académicas preparadas por el mismo encargado y por los funcionarios del sector.

Tratemos de ponernos en la situación del que llega a su casa y cuenta a la familia y a los amigos que acaba de encontrar un hombre-mono de media tonelada, peludo, mientras cruzaba la calle: no tiene ni un testigo ni una prueba. Como mínimo lo creerían víctima de una insolación, poco probable por otra parte, en los bosques de la Columbia Británica. Lo mejor, pues, es callarse: y en general es la elección prudente que adoptan centenares de personas que según la valoración de los más escrupulosos historiadores «han visto» el Sasquatch, pero para que no se los tome a broma durante el resto de sus días prefirieron callarse. Exactamente lo que hizo Albert Ostman durante treinta y tres años.

El hecho es que cuando el guardabosques escandinavo-canadiense se decidió a hablar nadie pudo, honestamente, negar la coherencia de su relato y los mismos antropólogos tuvieron que admitir que las particularidades anatómicas de la «familia Sasquatch» descrita por él se expresan en términos absolutamente razonables: no hay dudas de que el gigante «visto» por Ostman es, por lo peludo, un gigante que pertenece a nuestra especie.

Entonces, ¿el Sasquatch existe verdaderamente?

Era lo que estaba tratando de saber cuando fui a vivir a esa región en la que desde hace cien años se verifica el mayor número de avistamientos, los testimonios son más clamorosos y donde el misterio parece más actual, presente, tal vez más próximo a ser finalmente desvelado.

II. SASQUATCH STORY

Todos han oído hablar del yeti himalayo, aunque muy pocos lo han visto. Es raro que en Europa se hable del Sasquatch que en cambio lo vieron muchísimas personas tanto en las Rockies como en otras zonas del noroeste americano. En Italia, además, creo ser el único que ha escrito sobre el tema. Al menos, el nombre del Sasquatch no será nuevo para los lectores del periódico *La Nazione* en el que publiqué un artículo en julio de 1973 y otro en agosto de 1975.

El motivo que hace del yeti el VIP de los humanoides reside en la especial publicidad que gozó desde el ochocientos el abominable asiático, primero gracias a los pioneros del servicio militar y civil indio y luego en virtud de los escaladores de las expediciones al Himalaya. Aunque pueda resultar extraño, la realidad es que la larguísima cadena del Himalaya fue explorada bastante más sistemáticamente que las montañas de la Columbia Británica y del noroeste de los Estados Unidos, justamente porque allí no hay paredes y vetas importantes como para interesar a las expediciones alpinistas, no hay una fauna lo suficientemente variada como para atraer a los cazadores, y el interés de las exploraciones está limitado a la misma posición geográfica en latitudes en gran parte templadas. Otro elemento no desdeñable que ha contribuido al mejor conocimiento de la región Himalaya son los peregrinos y monjes que aún en su contemplación mística son la avanzada de una exploración asidua y de una observación atenta. Por otra parte, el monje trapista que aspire a cierto crédito espiritual difícilmente puede esperar encontrarlo a lo largo de Mountain o del Cariboo, en los abruptos caminos del Garibaldi Provincial Park o en los bosques que rodean el lago Louise.

Del Himalaya a las Rockies

Tanto en las Rocosas como en la Cascade Mountain a caballo entre Canadá y Estados Unidos no encontramos ni sherpa, ni sustitución de los monjes tibetanos, ni exploradores en cordada. Son montañas western, son recorridas por gente del Oeste sólo por necesidad, con los bulldozer para abrir caminos y desmontar bosques sobre todo. Es indudable que el encuentro casi alucinante con el «abominable hombre de las nieves» en el ambiente rarificado del Techo del Mundo tiene un impacto publicitario mucho más eficaz que la visión nocturna de un gigante peludo que desemboca de atrás en una curva a la luz de los faros de un auto por un camino de guardabosques. El relato del jefe de una expedición al Himalaya sobre la visión del yeti parece de por sí un hecho científico. La declaración de un guardabosques o de un obrero vial al cronista de un periódico de provincia es un hecho para la crónica detrás del cual se yergue la sospecha de un whisky de más.

Ahora bien, a pesar de esta ventaja de la que goza el yeti, la primera noticia publicada en occidente sobre el abominable himalayo pareciera ser de 1832 (en un informe de B. H. Hodgson, *British Resident* en la corte de Nepal) cuando diversos periódicos norteamericanos, entre ellos el *Enquirer* de Memphis, el *Times Picayune* de Nueva Orleans y el *Weekly Journal* de Galveston, provocaron hilaridad y cierta alarma excitando a las lectoras con un relato de un *Wilman* avistado por algunos cazadores en Contea Greene en Ar kansas. «Un animal que tenía una indudable semejanza humana; estatura gigantesca, el cuerpo todo cubierto de pelo tupido y la cabeza con largos mechones de cabellos que envolvían cuello y hombros. Sus improntas medían por lo menos 33 centímetros.»

Cuando llegó la primera noticia sobre el yeti ya hacía diecisiete años que en Norteamérica se repetían los avistamientos del Sasquatch, pero nadie se había animado a hablar de esto oficialmente por temor a crearse fama de loco o de tonto. Justamente como le sucedería luego a Albert Ostman y a otros.

En la historia del Sasquatch los atrasos curiosos e inexplicables son muy numerosos. Por ejemplo: a pesar de las noticias que los periódicos habían publicado cada tanto sobre inquietantes encuentros con el «hombre de la selva», los Estados Unidos descubrieron *oficialmente* al Sasquatch, en verdad el Bigfoot, recién en 1958, o sea,

setenta y cuatro años después que el canadiense *Daily Colonist* hubiera publicado un largo servicio, por cierto no ignorado en la vecina Norteamérica. Tanto es así que ya en 1924 justamente en los Estados Unidos se verificó lo que pasaría a los documentos como «el incidente de Ape Canyon»[1], una localidad en el Monte Santa Elena en el estado de Washington. Además, desde antes de 1847 habían llegado de la misma zona noticias de «casos» en los que se habían visto envueltas personas «de absoluta credibilidad».

1 Algunos mineros cuentan haber disparado a «dos enormes criaturas simiescas» que se acercaron a la cantera en la que estaban trabajando. En noches sucesivas su cabaña fue atacada por un número no precisado de esas «criaturas» que arrojaron piedras sobre el techo. Pero como la cabaña no tenía ventanas (y los mineros habían barricada la puerta) nadie pudo ver a los asaltantes. El relato, en su momento, tuvo amplia publicidad en los periódicos (véase, por ejemplo, el «Portland Oregonian» del 13 de julio de 1924).

¿Qué es?

El primer despacho telegráfico sobre el abominable canadiense —que sólo después fue llamado Sasquatch— se encuentra en el periódico *Daily Colonist* de Victoria, Columbia Británica, el 3 de julio de 1882: ésta, al menos, es la fecha del comienzo de la comunicación, pero tal vez es una errata porque el periódico es del 4 de julio de 1884. El artículo, que aparece en primera página con el subtítulo «¿Qué es?», proviene de Yale, una localidad del interior a unos ciento cincuenta kilómetros de Vancouver. Da detalles sobre la captura de «una extraña criatura mitad hombre y mitad bestia». El «incidente» —como se lo definió— sucedió en una zona de las Cascades Mountains en la que luego se verificarían numerosos avistamientos.

«En la inmediata vecindad de la Galería N.° 4, a una veintena de millas arriba del pueblo (de Yale) hay algunas plataformas rocosas que hasta ahora se habían considerado inaccesibles, pero que en la mañana del último lunes fueron escaladas con éxito por dependientes del señor Onderdonk que viajaban en el tren que provenía de Lytton. Los ayudaron el señor Costerton, mensajero de la British Columbia Express Co., y algunas personas de Lytton y de otras localidades al este del lugar. Después de notables esfuerzos y de una difícil y peligrosa subida el grupo logró capturar a un ser que de verdad puede definirse mitad hombre y mitad bestia.

»*Jacko* —así bautizaron al prisionero— es una especie de gorila de un metro veintitrés centímetros de alto y 58 kilos de peso. Tiene cabellos largos, negros y rígidos; se asemeja a un ser humano, pero su cuerpo está completamente cubierto de pelo brillante de unos dos centímetros y medio de largo; sólo las manos —o garras— y los pies carecen de pelo. Tiene los antebrazos mucho más largos que los de un ser humano y su fuerza es extraordinaria. Puede tomar un palo y despedazarlo simplemente torciéndolo o tirando de él con violencia cosa que ningún hombre lograría. Después de su captura se encerró en un absoluto mutismo; sólo de tanto en tanto deja oír un rumor que está a mitad de camino entre el ladrar de un perro y una especie de gruñido. Pareciera que cada día se aficiona más a su custodio, el señor George Tilbury, de Yale, que tiene el proyecto de partir lo más pronto posible hacia Londres, en Inglaterra, para exhibirlo en público.

»El alimento preferido de *Jacko,* ahora, son las bayas; bebe leche fresca con evidente placer. Por consejo del doctor Hannington no se le dio carne cruda porque podría volverlo más salvaje aún.

»Veamos cómo fue capturado ese extraño ser. En Austin, el maquinista del tren al llegar a la altura del talud, en la salida este de la galería N.° 4 notó algo y creyó que tal vez era un hombre dormido justo al lado de la cuneta: veloz como el pensamiento dio la señal de frenar. Y, en efecto, los frenos se accionaron de inmediato. En pocos segundos el tren se detuvo. Entonces la figura se levantó de un salto, emitió un breve rumor como si ladrase y empezó a trepar por la ríspida colina rocosa. El conductor R. J. Craig y el mensajero Costerton seguido por el maletero y el de los frenos, saltaron del tren y como sabían que llevaban veinte minutos de adelanto sobre el horario se lanzaron en su seguimiento.

»Después de cinco minutos el que creían un indígena que había enloquecido, se detuvo en una saliente rocosa de la que no podía ni trepar más ni bajar. En ese momento el problema era atraparlo vivo. Trepando con manos y pies el señor Craig subió una decena de metros más arriba de la «criatura» y tomando una piedra la dejó caer sobre Jacko logrando el efecto deseado o sea el de volverlo al menos durante un tiempo, incapaz de oponer resistencia. Alguien, entonces, llevó una cuerda de la campana de la

locomotora y sacaron a Jacko de la roca. Después de atarlo sólidamente y ponerlo en el vagón del equipaje, se dio la señal de partida y el tren retomó su viaje hacia Yale.

»En la estación había reunida una gran multitud que tuvo la noticia de la captura telefónicamente desde la localidad de Spuzzum Fiat, y todos estaban ansiosos por ver al monstruo. Pero se sintieron desilusionados porque se hizo bajar a Jacko en la Oficina de máquinas y se lo confió a su actual custodio.

»Es natural que se haga la pregunta de cómo la criatura llegó hasta el lugar donde la vio el señor Austin. A juzgar por los arañazos y los golpes que presentaba en la cabeza y en todo el cuerpo y por el hecho que cuando fue capturado parecía atontado, se piensa que Jacko se avecinó al borde del talud y que se cayó desde allí, quedando dolorido o privado de sentido hasta que fue despertado por el fragor del tren en marcha.

»El señor Thomas White, el ingeniero jefe señor Gouin, y también el señor Major que desde hace dos años tiene un pequeño negocio a ochocientos metros del túnel, ya han dicho haber notado varias veces una extraña criatura entre el campo 13 y el campo 17, pero nadie dio crédito al asunto porque pensaron que habían visto un oso o algún perro indio asalvajado.

» ¿Quién podrá resolver el misterio que envuelve a *Jacko*? ¿Pertenecerá a una especie desconocida en esta parte del continente? ¿O es de verdad sólo un indio que ha enloquecido, como pensaron primeramente los del tren?»

Muéstrenme uno y les creeré

El argumento detrás del que se atrincheran los escépticos parece inexpugnable: «¿El Sasquatch? Muéstrenme uno y les creeré.» El relato de la captura de Jacko ha sido confirmado últimamente por un habitante de Yale, un tal August Castle que aunque en la « poca era un niño, recuerda perfectamente los detalles. Pero desgraciadamente ignora el fin que tuvo la extraña criatura» a la que por otra parte no vio personalmente porque sus padres prefirieron ahorrarle el espanto. Algo más pudo sabe el profesor Grover Krantz, antropólogo de la Washington State University, que aportó una notable contribución científica a las investigaciones sobre el fenómeno Sasquatch. Krantz encontró en Clinton, en Cariboo, un guía de raza, Chilco Choate,

sobrino de un juez que se encontraba en Yale en la época. Este juez contaba haber visto a la «criatura» cuando, acompañada por George Tilbury la cargaron con su jaula en un tren directo al Este para llevarla a Inglaterra. No se tuvieron más noticias de ellos y se pensó que Jacko no había podido soportar el viaje y había muerto. Según otra fuente se convirtió en la atracción del «Barnum and Bailey's Circus» por lo que le contaron a John Napier ya director del departamento de biología de los primates en la Smithsonian Institution de Washington D. C. y autor del primer importante libro que desde 1972 influye en toda publicación sobre el tema de las criaturas humanoides.

Jacko, pues, es el primer nombre con el que el abominable hombre de las Rocosas se asoma a la crónica. Es un nombre de circo y además hay una propensión a ver en la «extraña criatura» capturada en Yale a un simio, un *Brittish Columbio. Gorila* como dice exactamente el subtítulo del *Daily Colonist* que encontré en los archivos de los Legislative Buildings de Victoria. Un chimpancé adulto o una gorila hembra: pero como nunca ningún circo denunció la fuga o pérdida de un simio —animal que en esa época aún era más bien raro encontrarlo en cautiverio— es difícil imaginar que un gorila africano se encontrara en el corazón de la Columbia Británica canadiense.

Hipótesis sobre Jacko

Todos los estudiosos concuerdan en pensar que Jacko era en realidad un joven Sasquatch, o sea un ejemplar de esa criatura humanoide todavía no definida científicamente pero cuya presencia está de verdad testimoniada por millares de casos desde las Montañas Rocosas y el noroeste del continente norteamericano hasta las zonas del Himalaya. Este nombre no puede engañar: al mismo yeti lo encontramos como *Rakshas* —que en sánscrito significa «demonio»— en las regiones septentrionales del Nepal, al igual que se llama Bigfoot —o sea patudo— al Sasquatch, donde el Canadá limita con el territorio de los Estados Unidos.

El elenco de nombres con los cuales se conoce al abominable norteamericano podía continuar: *Mountain Devil, Yankton, Evil Genii, Smy-a-Likh, Bushman, Omah* (abreviatura de *Oh-man'-ah)* del lenguaje de la tribu Huppa que vive en las montañas Klamath en California septentrional; *Nakentlia, Gilyuk, Wild Man, Skoocoom, Swalahist. Creek Devil of the Ridges,* o sea «demonio de las vetas».

Mientras que *Jacko* —ya lo hemos dicho— es el nombre con el que él abominable norteamericano entra en la crónica escrita, existe un precedente bastan- más antiguo de figuración mítica del mismo personaje individualizado en la *Dsonoqua* (pronunciar *súnu- qua) o* mujer antropófaga labrada en el tótem de los indios Kwakiutl diseminados por el área de Bella Coola, siempre en la Columbia Británica: es una figura femenina de perfil fuertemente acentuado, labios salidos, semiabiertos, nariz como pico de águila, que estrecha en su regazo a un niño. El correspondiente masculino de esta *Dsonoqua* entre los mismos indios es el *Bukwas,* o sea el hombre salvaje de los bosques: una máscara de expresión feroz, estilizada en la madera según los cánones clásicos de la escultura de los nativos del Oeste norteamericano.

Más aún que el *Bukwas* es la *Dsonoqua* el personaje dominante en las historias indias de los Kwa- kiutls que luego reencontramos en temas análogos entre los indios Salish a lo largo del valle del Fraser, también en la Columbia Británica, y entre las poblaciones nativas de la faz occidental del Estado de Washington.

Origen del mito

No es éste el lugar para analizar los mitos y leyendas del Oeste. Aunque sin alejarnos de nuestro tema nos parece oportuno señalar la difundida convicción de que leyendas y mitos no son del todo ejercicios de la fantasía. Como ejemplo se puede recordar el caso del gorila. El gorila fue «inventado» bastante antes de ser «descubierto»: por lo tanto la que lo descubrió con retraso fue la ciencia. En realidad ya hacía doscientos años que las leyendas y los mitos estaban colmados de esta imagen-prototipo de lo que se consideraba «el monstruo de la época», el horrendo humanoide, agresivo, erótico. Pero está claro que los mitos y leyendas no habían nacido porque sí, no eran sólo producto de la fantasía: el «monstruo» existía en la realidad y muchos lo habían visto; muchos, obviamente salvo los científicos que tendrían que registrar y sancionar oficialmente su existencia en otra dimensión, o desclasificarla de la «categoría monstruos».

Es probable que el gorila monstruo fuera cómodo, psicológicamente en cierta mitología como ingrediente misterioso y como símbolo más que como monstruo de carne, huesos y piel. Esto, naturalmente, entre las poblaciones que habitan o

habitaban en las regiones zoogeográficas de los simios. Pero, ¿y donde no existía este modelo para idealizar en el mito? ¿Cómo es posible excluir que en las zonas privadas de simios en estado salvaje la idea del «monstruo» no se haya desarrollado sobre un modelo mitológico menos simiesco, con algunos caracteres humanos además recalcado, por ejemplo, en el oso, que es un personaje familiar en la zona del Sasquatch?

El Estrecho de Bering que divide América septentrional de Asia sólo tiene un ancho de 92 kilómetros, pero parece aceptado que hace 25.000-30.000 años en este lugar no existía el mar y una lengua de tierra o de hielo unía Alaska actual con Siberia, como gigantesco puente de la Naturaleza. Todo hace pensar que a través de este puente entre dos continentes —una región que con el tiempo sería riquísima en fauna y por lo tanto en caza— el hombre asiático o directamente el neanderthaliano pudo llegar a América del Norte no tanto por espíritu de aventura como en busca de comida.

La «teoría de la Alaska» sobre los primeros habitantes de América recibió interesantes confirmaciones a través de numerosos hallazgos paleontológicos de fósiles de bisonte, de buey almizclero, cabras, renos y mamuts peludos de claro origen euroasiático. Si pudieron pasar los animales, el hombre no tuvo ni necesidad de aventurarse en pequeñas embarcaciones de cuero para superar el eventual brazo de mar que, además, no presentaría dificultad ya que el paso también podría efectuarse en dos veces, con etapa en las islas de la Gran y Pequeña Diomede que se encuentran en medio del Estrecho de Bering.

Es pues, probable que los primeros inmigrantes de América hayan llegado de Asia secos y sin siquiera helarse los pies, porque hay motivos válidos para pensar que el puente de unión no estaba helado —como afirma alguno— sino que era terrestre como consecuencia de un descenso del mar. Durante el Pleistoceno o Época Glacial, en realidad, los hielos inmovilizaron en la Tierra enormes masas de agua y de esta manera hicieron bajar el nivel de los océanos, con el consiguiente surgimiento del corredor-terraplén entre Asia y Alaska. La profundidad del Estrecho de Bering es sólo de una cuarentena de metros.

Puente terrestre, pues, y no puente de hielo, por que las escasas precipitaciones de lluvia y nieve que aún hoy se producen en la zona (entre los 125 y los 250 milímetros al año) siempre protegieron a Alaska de los grandes hielos que en cambio cubrieron gran parte de Canadá y de las regiones septentrionales de los actuales Estados Unidos. Este puente terrestre, ahora sumergido de nuevo en el Estrecho de Bering debía ser una extensión de hierba tupida y alta como puede verse en Alaska: un alimento providencial a lo largo del trayecto de los animales que se trasladaban desde Siberia hacia el Este. El hombre los habría seguido más tarde, durante la última fase del Plioceno y la primera fase del Reciente, hace entre 10.000 y 20.000 años. Hoy parece acertado considerar que no fue una emigración en masa sino una serie de «pulsiones» diluidas en un largo período de tiempo. Y es probable que los *newcomers* hayan encontrado en América condiciones no muy diferentes de las que habían dejado en Asia al seguir a los animales a través del «puente de Bering»: ambiente similar y animales familiares.

El primer americano

El primer americano pues, podría haber sido un hombre del tipo Neanderthal: la hipótesis es fascinante. Zoo geográficamente hablando, por otra parte, no hay nada que prohíba atribuir al actual Sasquatch ser descendiente del hombre de Neanderthal. Sólo que al Sasquatch se le niega —categóricamente al menos por ahora— cualquier fundamentada «clasificación» humana no obstante la gran semejanza de sus pies con los del hombre, y esto no es poca cosa. Hasta ahora el Sasquatch es sólo un cuerpo de simio sobre dos piernas humanoides: esto en lo que respecta a la ciencia. Para la leyenda y para el mito, obviamente es bastante más que una simple variante del antiguo centauro, torso humano con cuerpo de caballo.

El origen de la idea-Sasquatch tal vez podría individualizarse (nadie lo ha hecho) en las raíces de la mitología de los amerindios llegados de Alaska «vía Estrecho de Bering». Y no puede excluirse la posibilidad de una clave común no sólo para la interpretación de la relación yeti-Sasquatch sino también para aclarar el enigma del *Fei-fei,* un primate asiático que se cataloga entre los monstruos de las montañas. El *Fei-fei* se asemeja —obsérvense las coincidencias— tanto con el hombre como con el

orangután, es muy veloz en la carrera, tiene los labios muy salidos y la pésima fama de devorar a los hombres.

Encuentro con el Alma

Puede decirse que el mundo occidental empieza recién ahora a señalar la eventual relación entre los sujetos existentes de una y otra parte del Estrecho de y que podrían pertenecer a dos ramas de la misma línea homínida separados a causa de la desaparición del puente de unión entre los dos continentes. La hipótesis encuentra bases razonables en los estudios que se hacen en la Unión Soviética con gran dedicación —y en nivel académico— sobre todo sobre el Alma, la criatura que más veces se ha observado en la región caucásica pero difundida en un área territorial extremadamente vasta, desde el Pamir a través de toda Asia Central, Mongolia hasta Siberia oriental y el mar de Okhotsh que no está lejos además, del Estrecho de Bering.

El primer encuentro oficial de la «cultura» moderna con el salvaje Alma vale la pena citarse. Ocurrió en 1914 en una localidad no precisada (voluntariamente, por motivos militares) del Cáucaso. De un lado el homínido peludo; del otro, el coronel médico del ejército soviético Vazgen Sergeyevich Karapetian que luego hizo este relato en la revista «Tekhnika Molodyozhi» («Tecnología para jóvenes»):

«El hombre que vi es como si todavía estuviera aquí de pie ante mis ojos. Investigué sobre él por encargo de las autoridades locales: había que saber si el extraño individuo era un saboteador enemigo disfrazado. En realidad se trataba de una criatura del todo salvaje, casi completamente recubierta de pelo marrón oscuro similar a un pelambre de oso, sin bigotes ni barba, con un leve pelo en la cara. El hombre estaba de pie, erecto, los brazos colgantes en posición de reposo. Era más alto que el término medio, unos 180 centímetros; aspecto atlético, pecho poderoso hacia afuera. La mirada parecía absolutamente vacía, la expresión animalesca.

»No aceptó ni comida ni bebida. No dijo una palabra, limitándose a sonidos inarticulados.

»Le tendí la mano y le dije:

»— ¡Salud! —pero no me contestó.

»Después de la indagación volví a mi unidad y no he tenido otra noticia sobre la suerte de la extraña criatura.»

Parece una vieja estampa de la época de los pioneros: una extensión nevada y un grupo de militares hundidos en sus capotes informes. Un poco separado, adelante, el oficial con su larga piel, casi un distintivo del grado. Tiene enfrente una especie de atleta peludo también, pero con su piel natural. En el silencio cristalino de la estepa el coronel del Ejército Rojo, Sergeyevich Karapetian estira la mano derecha con gesto solemne y firme. Debajo de los bigotes blancos por el aliento helado al contacto con el aire glacial se nota un breve movimiento, pero la voz se la lleva el viento: es por cierto un saludo y un ofrecimiento de paz, como en los encuentros taciturnos del pionero del Oeste con un jefe indio. Tal vez él dijo «¡Hug! » que en el lenguaje codificado de los nativos expresa el concepto de abrazo, amistad. Pero el puente sobre el Estrecho de Bering ya ha desaparecido desde hace millares de años y del lenguaje internacional de los salvajes no ha quedado ni el recuerdo.

EL Sasquatch en el diván

He señalado el interés que podría tener un estudio en profundidad sobre el origen de la idea-Sasquatch. Es difícil que el «cazador de monstruos» pueda preocuparse por el lado psicológico del fenómeno: en realidad he preferido no tocar el tema con John Green, René Dahinden ni con Peter Byrne. En cambio fui a ver al doctor Grant Keddie en el departamento de arqueología del Museo de la Columbia Británica en Victoria. Puede decirse que Keddie es semejante a Don Abbott curador del mismo departamento, siempre en Victoria. Y Don Abbott —recordémoslo, volveremos a hablar de él ampliamente— fue el primer hombre de ciencia que afrontó, con la aprobación de la oficialidad, el fenómeno Sasquatch «en el campo» investigando en persona un «caso» de particular interés y obtuvo él mismo algunas muestras de improntas atribuidas a la «criatura» cuya existencia hasta ese momento —y en verdad también después— era negada por sus colegas y sus superiores.

La originalidad de la aproximación de Grant Keddie al Sasquatch está justamente en el estudio psicológico y filosófico del fenómeno: es como si se hubiera invitado al

Sasquatch a extenderse en el diván del psicoanalista para una confrontación con la mitología india.

Keddie parte de la consideración de cómo la mitología india deja en la imprecisión la distinción entre hombre y animal y no traza la línea de separación precisa que encontramos en la tradición cristiana. Como decir que las poblaciones nativas siempre tuvieron su Sasquatch y, de hecho, con un nombre u otro está presente desde hace siglos en sus tradiciones o en su mitología: se ha convertido en un «caso» recién cuando los blancos «recién llegados» a las selvas del North West se apoderaron de él. Además sería interesante saber *por qué* y *cómo* esta enigmática criatura está inserta en la cultura, o sea en la vida, de esos primeros depositarios de la idea, y a lo mejor realidad, representada por el hombre-animal que hoy se señala con el nombre de Sasquatch o Bigfoot.

El enigma del totem

Hasta ahora nadie ha examinado de manera sistemática las historias sobre el Sasquatch transmitidas entre las poblaciones nativas de la costa del Pacífico. Los indios —ya se sabe— no tienen lengua escrita y los mismos totem que son la expresión más genuina de su cultura expresiva no están hechos para ser leídos y mucho menos por los «extranjeros». Nadie, ni aun los más sagaces y preparados especialistas, está en condiciones de interpretar completamente el significado de las figuras-símbolos esculpidas en un totem y que a los profanos pueden parecer iguales cuando, en realidad, nunca se repiten de manera idéntica: el pájaro del trueno, la ballena tigre, el oso, el águila, el halcón, el cuervo, la rana, el salmón, la cabra, el castor, la serpiente con dos cabezas. En realidad no existe un totem igual a otro. De la combinación de estas figuras animales con los símbolos medio humanos y medio bestias que representan los espíritus, nace un discurso que se desarrolla a lo largo de un hilo narrativo comprensible sólo para el artista tallista-escultor y para el que lo encargó que puede haber ordenado el totem por pura ambición, o sea, para auto celebrarse y hacerse importante o bien como *status symbol* de la propia familia, o tal vez como *memorial-pole* en testimonio de estima por un jefe indio difunto.

Al igual que para el lenguaje enigmático de los *totem poles,* frente a la historia india del Sasquatch hay que proceder con mucha cautela si no queremos crear erróneas premisas sobre las que se corre el riesgo de construir luego teorías arriesgadas y privadas de valor. La verdad es que no estamos ni seguros —o sea sobre la base de pruebas documentadas— que los varios nombres usados por los nativos para indicar seres o criaturas del «tipo Sasquatch» se refieran todos al mismo fenómeno. Son nombres inventados o acuñados no sólo por indios de diferentes lenguas sino también por indígenas del mismo tronco lingüístico que usan dialectos profundamente diferentes. La situación se complica con ulterioridad por el hecho que la información etnográfica no se transmite con la precisión necesaria para una indagación profunda y es extremadamente difícil identificar con seguridad un nombre que indique siempre el mismo objeto-criatura con las características Sasquatch.

En líneas generales, sin embargo, es acertado que la mayor parte de las tribus indígenas de la costa —los salish, los nootka, los bella coola, los tsimshian y kwakiutl— creyeron, en cierto momento, que existieron (y creen que existen todavía) criaturas similares al hombre, pero enormes, dispersas en los bosques y en las montañas. Desgraciadamente las características de estas criaturas varían continuamente en los relatos y en las descripciones. Si los relatos se basan en nociones reales —aunque no necesariamente crónicas— o si son fruto de la imaginación no es el único problema por resolver. Ya sería mucho, limitándonos al mito, si conociéramos la función que cumplió en las culturas indias tradicionales y descubrir o que puede resultar atendible sobre algunas sociedades actuales en las crónicas relatadas por *no* indígenas.

A pesar de que en la sociedad industrializada de hoy el comportamiento cotidiano a menudo esté condicionado por la creencia en Dios y en los fenómenos vinculados a la fe religiosa, es difícil darse cuenta del condicionamiento que lo sobrenatural ejerce en algunas culturas indias. Los mismos cazadores indígenas aunque conocían bien los animales de la selva en su medio natural les atribuían cualidades y poderes tales como para identificarlos, en nuestra perspectiva con criaturas imaginarias. En las clasificaciones indias, por ejemplo, se hace una clara distinción entre el coyote en la vida cotidiana y el Coyote héroe sobrenatural de la mitología nativa.

Génesis de una idea

Podrían darse muchas explicaciones de por qué la idea de la existencia de una criatura tipo Sasquatch se desarrolló en algunas culturas indígenas del norte de América. La explicación más simple y menos «cultural» es que haya sido un «hallazgo» práctico para condicionar el comportamiento infantil: el Sasquatch sería como el «coco» o el «hombre del saco» transferido a una sociedad de los bosques.

Otra explicación —ya más elaborada— es aquella según la cual ciertas criaturas como el Sasquatch ofrecerían a los indios la posibilidad de reconocerse psicológicamente como entidades separadas de la Naturaleza aunque formando parte de la misma. La hipótesis ha sido sugerida por el conocimiento de los principios religiosos en la base de muchas culturas indias y por la necesidad del hombre de autodefinirse como criatura: la invención del Sasquatch habría surgido de la exigencia de crear una dicotomía del hombre en oposición al hombre en estado salvaje.

No es una novedad, por otra parte, que en muchas culturas existe, a veces en estado latente, la convicción de que cuando el hombre permanece aislado de la sociedad y de sus semejantes muy pronto le crecen pelos de animal en todo el cuerpo, pierde la capacidad de expresarse con palabras y poco a poco asume otras características no humanas. El Sasquatch representaría, exactamente, este papel del hombre en el estado salvaje o bien «no tocado por la cultura». En el mismo contexto, la Orca antropófaga presente en algunas tradiciones de la costa noroccidental canadiense, podría representar la mujer en estado salvaje, versión diversificada de la *Dsonoqua* que encontramos representada en los tótem de los kwakiutls.

La Orca-Dsonoqua es exactamente lo opuesto de su correspondiente humana: en vez de dar la vida a los niños y nutrirlos, los mata y los devora.

Ya que en los orígenes los mitos de la costa del Pacífico no hacen ninguna distinción entre hombre y Naturaleza, es interesante imaginar la génesis de la idea de una criatura similar al hombre a través de la cual sea posible una definición del hombre.

El hombre llamado occidental, por otra parte, no necesita esta dicotomía Sasquatch-hombre ya que sus religiones tradicionales definen claramente al *ser humano* como algo creado *separadamente* del resto de la Naturaleza por obra de una fuerza externa.

Por otra parte, ni aun el hombre occidental ha podido renunciar a una dicotomía, entre Dios y Diablo, aunque no sea para definir al ser humano sino para distinguir los nombres buenos de los malos. Y aunque el Diablo esté dotado de poderes sobrehumanos a menudo se lo representa iconográficamente como un ser subhumano cubierto por pelos de animal.

No hay duda de que la motivación psicológica del doctor Grant Keddie podría llevarnos lejos, y también agradablemente, pero tenemos la impresión de no acercarnos en absoluto a las pruebas de la existencia ni a las de la no existencia de una criatura como el Sasquatch. En el plano práctico, la Extensión Curator del departamento arqueológico del museo de la Columbia Británica admite que desde el punto de vista evolutivo y ecológico la existencia del Sasquatch *no es imposible.* Es necesario darse cuenta, por otra parte, que existen numerosas explicaciones de carácter social para justificar el papel de un Sasquatch únicamente mitológico en las culturas de los amerindios.

Génesis de un nombre

El nombre «Sasquatch» es de origen indio como casi todos los otros, algunos de los cuales están aún más ampliamente difundidos que «Sasquatch» entre las poblaciones nativas de la Columbia Británica. Pero fúe adoptado «oficialmente» por los blancos — lo mismo que sucedió para «Bigfoot» en California septentrional— porque los periódicos llamaron así al humanoide canadiense y empezaron a publicar regularmente las noticias que le concernían, desde comienzo de los años veinte en adelante. «Sasquatch», en realidad, es una «destilación» anglicanizada de varios nombres indios para definir al gigante peludo —*Seeahtik*, *Wauk-wauk*, *Te Sami'etl Soquwaim*, *Saskahevis*— y empezó a difundirse entre las tribus chehalis del valle del Fraser sobre todo en la zona alrededor de los pueblos de Harrison y Agassiz donde, a juzgar por los frecuentes avistamientos producidos desde comienzos de siglo, la densidad de Sasquatch parece más elevada.

Y exactamente en esta zona vivía Albert Ostman que, sin embargo, encontrará al Sasquatch a varios centenares de kilómetros de su casa, bastante más al Norte, más allá de lagos profundos y montañas de vegetación tupida, más allá de los glaciares del

monte Garibaldi. Este monte fue llamado así no por un italiano nostálgico o patriótico sino por un capitán de la Roy al Navy impresionado por la majestad de la montaña que domina el Howe Sound cuva desembocadura estaba explorando (en 1860) a bordo de la nave hidrográfica *H.* Ai. S. *Plumber.* «Una montaña digna de las empresas del gran patriota, soldado y estadista italiano», observó el capitán George Henry Richards, y así la bautizó en el mapa todavía mudo que iba dibujando a la vez que lo constelaba de nombres.

La avanzada del Bay

Fort Langely es una ciudad histórica, pero no por mérito de Albert Ostman y del Sasquatch. «Bienvenidos a Fort Langley, primera capital de la Columbia Británica» dice un cartel a la entrada del camino principal. Se refiere a la proclamación de la Crown Colony en 1858. El fuerte (reconstruido después de un incendio) está en la orilla izquierda del Fraser. El original pertenecía a la Hudson Bay Company cuando con sus puestos de avanzada comercial era el impulso más emprendedor hacia el noroeste para la conquista efectiva del continente norteamericano.

A Fort Langley, pues, fue donde llegamos un día de lluvia para empezar una encuesta que debía llevarme a los lugares frecuentados por la «abominable criatura» y hacerme encontrar los últimos protagonistas de una experiencia que sigue perturbando y fascinando al propio tiempo porque está alimentada de manera incesante por episodios siempre renovados y todavía inexplicables.

Quise empezar con Albert Ostman. Pero acababa de morir. Por otra parte, tenía entonces ochenta y seis años y no puede decirse que lo hubiera matado el miedo de haber sido raptado por el Sasquatch.

Hasta hace tres años ni yo me habría ocupado del Sasquatch. Las noticias sobre el yeti del Himalaya y las improntas fotografiadas en la nieve, aún recientemente, en Nepal, siempre me habían dejado indiferente. Al igual que el presunto *scalpo* de yeti expuesto en el British Museum de Londres sólo me había sugerido la idea de una pobre cabra antílope, ya bastante rara, descuerada por hábiles artesanos para complacer el fervor folklórico-religioso de los monjes tibetanos de Khumjuma los que atribuyen a este sustituto fantasioso de yeti, una función ritual en las danzas dramáticas.

A mí personalmente, los mitos, las leyendas y el folklore alusivo siempre me han molestado, y más aún aburrido. Me parecen mucho más divertidos los modernos monstruos anglosajones y el mesurado interés con el que distinguidísimos estudiosos *sportmen* se turnan en los barrancos del Invernesshire a lo largo de la orilla septentrional del Loch Ness escrutando con teleobjetivos y anteojos, las aguas oscuras, en espera de aunque sea una fugaz aparición de Nessie.

En medio de la indiferencia olímpica de las poblaciones de la zona, que lógicamente deberían sentirse ni tenazadas de manera directa por el monstruo, que sabemos que es anfibio, estos flemáticos *monster- watchers* se encuentran cada verano de atalaya, cocinándose al indiferente sol escocés y pagando sus buenas libras esterlinas de «cuota social» para poder ser de la partida.

«Híc *sunt Sasquatch*»

Para el Sasquatch aún no se llegó a tanto, pero nunca puede saberse. En las últimas ediciones del mapa de la Columbia Británica, impreso por cuenta del Gobierno de Victoria y distribuido gratuitamente en todas las oficinas de turismo, hay una sorprendente indicación con respecto a la zona de Harrison Hot Springs, entre la ciudad termal y el lago Harrison: está escrito «sasquatch» en rojo. Y es la primera vez, creo, que un abominable entra en la toponimia aunque sea con una cómplice guiñada del *Tourist Bureau.*

Los cazadores de Sasquatch, de todos modos, los «profesionales» tienen nombre y apellido. Se llaman René Dahinden, John Green, Jim McClarin, Peter Byr- no, sólo para citar los más notorios y más activos: gente seria y dedicada que no va en busca de celebridad ni de golpes sensacionalistas que puedan comercializarse. Son hombres con una misión, que no temen exponerse a las fáciles ironías y al ridículo. Detrás de ellos viene, prudentemente, un pequeño ejército de académicos, biólogos, antropólogos, autoridades de la ciencia de los primates; pero sólo muy pocos consienten en empeñar su reputación respondiendo directamente a la pregunta de si el Sasquatch es una idea o un animal, un ser vivo. Y si realmente existe, ¿cuál es su grado de parentesco con el *Homo sapiens*?

A la primera pregunta respondió sin equívocos el profesor John Napier director del departamento de biología de los primates en la Smithsonian Institution de Washington D.C., y ahora del Birkbeck College de la Universidad de Londres: «Estoy convencido de que el Sasquatch existe.» Y aún más: «Hay algo en el noroeste del continente norteamericano que todavía debemos explicar y ese algo deja improntas similares a las humanas.» No es una respuesta a la segunda pregunta pero sí una indicación para el «cazador» que siguiendo esas huellas desafía la incredulidad y el sarcasmo de los escépticos que sin embargo no están en condiciones de explicar el origen de las improntas.

Estas improntas son la única prueba material de ese «algo». Por otra parte, razonablemente, no pueden ser un truco ni una mistificación ya que no puede pensarse que desde hace más de un siglo un gracioso y sus descendientes se diviertan sembrándolas en decenas de millas en los puntos más impracticables de una aérea de más de 320.000 km^2 aunque sea sólo considerando el noroeste del continente americano.

Mi primer acercamiento al Sasquatch fue casual y exactamente turístico, mientras hablaba con Elvira Quarin que es la encargada de relaciones públicas del Visitors & Convention Bureau en Vancouver. No recuerdo a propósito de qué Elvira me citó al Sasquatch. Como de entrada no entendí me escribió el nombre en un folleto que he conservado. Un mes después dejaba Vancouver sin haber vuelto a pensar en el abominable hombre de las Rocosas. Pero en la librería del aeropuerto me cayó bajo los ojos un opúsculo titulado *On thc Track of the Sasquatch.* Lo compré, naturalmente, y nunca hubiera imaginado que de ahí en tres años volvería por cuarta vez a la Columbia Británica para encontrar a John Green, el autor del opúsculo, y para ponerme yo también tras las huellas del Sasquatch. Por suerte los pasajeros del «747» de la British Airways que se embarcaron conmigo en Londres no conocían el motivo por el cual me tragaba esos 7.500 kilómetros a través del Atlántico y todo el continente norteamericano, por lo tanto el vuelo fue tranquilo y agradable. Tampoco sabían nada los amigos de la Oficina de Relaciones Públicas de la Fiat de Florencia y de Turín que hicieron que me encontrara en Canadá con un 131, el primer Fiat 131 desembarcado en Norteamérica: en verdad quedaron un poco perplejos por mi pedido de las

cubiertas más trabajadas que tuvieran, pues iba hacia el verano. En realidad pensaban que no me aventuraría tanto sobre la nieve como a lo largo de los mortíferos *trails* de los mineros y de los guardabosques, los únicos que se adentran en las zonas más inhóspitas y obviamente únicamente habitadas por los abominables.

Hábitat para el monstruo

Es una convicción universalmente aceptada que la montaña es un ingrediente esencial para imaginar el monstruo entendido en la más clásica de las acepciones del término *monstrum*. La montaña y el bosque. La llanura, por el contrario, parece debilitar el mito: «El monstruo de bosque bajo o de llanura», reconoce el mismo John Napier, «parece menos monstruoso, más "humano" que el monstruo de montaña».

Una confirmación de esta teoría —que es mucho menos absurda y grotesca de lo que pudiera pensarse— la da el *Sedapa* (Orango-Pendek) una especie de protopigmeo del temperamento de duendecillo desdeñoso que aparece en los relatos de Borneo y Sumatra. Este monstruo de llanura es en realidad un monstruo con una estatura comprendida entre los 76 centímetros y el metro y medio; casi un hombre, digamos. Una especie de abominable insólito que a través de una asombrosa selección genética se adaptó psicosomáticamente al ambiente y a la mayor vecindad con las comunidades civiles, más o menos como ocurre con los pastores que terminan por asemejarse a sus ovejas a fuerza de estar juntos.

En cuanto al hábitat, el Sasquatch tiene todos los requisitos exigidos para un monstruo auténtico, aunque sea humanoide: le falta sólo la agresividad sexual que notoriamente tiene un papel de primer plano en los mitos y en las leyendas de los monstruos tradicionales. Justamente sobre este importantísimo elemento se afirman todos los que rechazan cualquier posible identificación o acercamiento del Sasquatch con el gorila y el oso, los dos más bien fogosos y con genitales exhibidos impúdicamente, más bien de manera jactanciosa. Por el contrario, el Sasquatch macho según testimonios concordantes, tiene los órganos sexuales «modestos y trabajosamente distinguibles». Pero ya volveremos sobre este tema.

Las últimas informaciones sobre Albert Ostman lo daban como todavía vivo y lozano en una casa de reposo para ancianos en Fort Langley. Desconocido en Correos, traté

de encontrarlo a través de la propietaria de una lavandería a la que me dirigí no sé por qué. Tal vez elegí mal el momento, porque en la cocina detrás de la lavandería estaban por comer y tuve la impresión de que a la mujer, una tal Jenny Lewis, no le agradaba hablar de Ostman y de toda la cuestión en presencia del marido. Pero ya estaba hecho y después de haber sido despedido de manera más bien brusca sólo me quedó un terrible olor de pésima comida unido a la única información, desgraciadamente definitiva, de que el viejo Albert acababa de morir.

Pero no puede decirse que el secreto de su rapto se lo haya llevado para siempre a la tumba porque tantas veces había repetido los detalles de la historia —por otra parte sin cambiar una coma— que en este momento podía creérsela en firme él mismo aunque todo hubiera sido una broma.

Una invención por otra parte bien arquitecturada; una especie de delito perfecto que desde 1957 somete a una dura prueba a los escépticos más tenaces y a los estudiosos más escrupulosos que como ya he señalado, en el relato encontraron un solo defecto, un delecto de apariencia tan insignificante que da de por sí una idea de la agudeza de las investigaciones que permitieron identificarlo. La única respuesta razonable fue adelantada por un científico y se remite a Napier, biólogo de los primates, del que señalo la clamorosa frase puesta como conclusión de su libro *Big- foot*: «Estoy convencido de que el Sasquatch existe.»

Dieta del Sasquatch

La objeción del profesor Napier es gastronómica. Considera que a los cuatro Sasquatch descritos por Ostman no les podía bastar una dieta vegetariana tan pobre como la que ofrecen las plantas que el guardabosques habría visto recoger a la giganta adulta: para unas criaturas de esas moles —cuyo peso colectivo según el mismo testimonio se puede considerar de 900 kilos para los cinco gorilas— se necesitaría por cierto algo más sustancioso que lo que puede ofrecer una selva de siemprevivas como es la de la zona en la cual los Sasquatch de Ostman se ubicaban, con relativamente pocas bayas y frutos comestibles sólo de estación. La misma zona, por otra parte, aporta alimento adecuado a los osos, animales que por cierto no se alimentan de

hierbas, y que también comen peces, insectos y roedores. ¿Quién nos dice que el Sasquatch no haga lo mismo?

El hecho de que Ostman, durante su permanencia con la familia de los abominables, no los haya visto comer carne no es una prueba definitiva de que no la coman. Tal vez justamente la presencia del huésped prisionero y la necesidad de vigilarlo impedía al macho adulto alejarse para ir de caza de carne fresca o en busca de peces. O tal vez, directamente, era el mismo Ostman el bocado exquisito, la escalopa concentrada de proteínas destinadas a levantar la dieta calórica de los cuatro seudovegetarianos. O sea que escapándose antes de la comida dominical, puede ser que haya puesto en crisis la despensa afortunadamente provista por el jefe de familia.

¿Escapado de los caníbales?

La suposición canibalesca, sin embargo, es sólo una suposición y el mismo Napier parece proponerla más como notación grotesca, porque si no debilitaría su refutación gastronómica.

Pero Albert Ostman moriría de viejo y justo en esta pequeña ciudad en la margen occidental de la zona que, después de su aventura —aunque no del todo a consecuencia de ella— se convertiría en el «centro cultural» y en la base de la caza del Sasquatch. Aun después de muerto, el viejo guardabosques sigue siendo un enigma que no deja de apasionar a los psicólogos que se han planteado el problema de saber en cuánto la consciencia de volverse viejo pudo influir en ese hombre solo, insatisfecho con su existencia demasiado chata, sin sobresaltos, que de improviso se encontró en condiciones de saltar a la notoriedad.

Su mujer y su única hija habían muerto poco después de su llegada al Canadá desde Suiza. Tal vez —sugiere algún psicoanalista— en el rol del solitario Ostman unido a una fantasiosa familia Sasquatch podría verse la trasposición nostálgica de un deseo de intimidad, el reemplazo subliminal de una condición perdida.

Pero la especulación, a esta altura, parece exceder los límites del propósito razonable, que quisiera ser también el mío, de devolver el Sasquatch a los confines de la realidad.

De Fort Langley a Mission City, desde Chilliwack hasta Agassiz y Harrison Hot Springs: podía encontrar al Sasquatch en cada vuelta del Fraser que se extiende majestuoso hacia el delta en el estrecho de Georgia, al sur de Vancouver. Las veces que se lo vio, las huellas dejadas en el suelo por gigantescos pies humanoides ya no se cuentan y el «Sasquatch File» que trae el índice actualizado halla dificultades para sostenerse y para controlar las señalizaciones.

Cerca de Mission City la señora Seraphine Jasper ve en pleno día una criatura altísima, cubierta de pelo oscuro. Se encuentra en un campo cruzando la calle que pasa delante de la casa. El Sasquatch vaga por él mientras las vacas que pastan se le acercan y lo miran sin el menor asombro. Pero la señora Jasper no soporta lo que ve y aterrorizada se atrinchera detrás de su puerta.

En Chilliwack, Joe Gregg, conductor de autobús de las «Pacific Stage Lines» cuenta qué le ocurrió al volver de Vancouver que dista un centenar de kilómetros de su casa: «Era de noche y lloviznaba. Algunos soldados que tenían que llegar a la base del ejército cercana a Chilliwack me pidieron ir en mi autobús. Después de dejarlos en el campo me dirigía hacia casa cuando entre Vedder Cossing y Yarrow apareció algo que en principio me pareció un hombre altísimo con un abrigo de piel, inmóvil al lado del camino. Pero cuando las luces de los faros lo iluminaron vi que tenía los brazos larguísimos y pies enormes, al menos dos metros diez de estatura y era muy ágil. No podía ser un hombre. Iluminé y él se volvió hacia mí. Los ojos le brillaron de manera fosforescente como los de los animales. Atravesó el camino mientras yo frenaba muy bruscamente. Dio un salto de un par de metros sobre el borde rocoso y desapareció en la oscuridad. Lo pude observar a una distancia de unos quince metros y pienso que pesaba por lo menos doscientos kilos. Al día siguiente volví al lugar para ver si había huellas de pies, pero la lluvia debió borrarlas. Estaba oscuro y llovía pero estoy seguro de haberlo visto. Me confié a un par de amigos y ellos me dijeron que dejara de beber.»

También para esto, Joe Gregg esperó cinco años antes de contar «oficialmente» su aventura a dos de los más empeñosos «cazadores de Sasquatch» de la Columbia

Británica: René Dahinden, un emprendedor investigador de origen suizo, y John Green, periodista y escritor, al que yo estaba ansioso de encontrar.

III. ESTA CASA ESTA ABIERTA

John Green, *Sasquatch hunter*, e historiador del abominable norteamericano tiene una biografía tranquilizadora. Quiero decir que no es un aventurero en busca de la fama fácil y clamorosa. Titulado en la Universidad de la Columbia Británica y diplomado en periodismo, trabajó para los periódicos de Toronto, Victoria y Vancouver antes de comprar el semanario *Agassiz-Harrison Advance* y de encontrarse envuelto para siempre en el problema del Sasquatch. En realidad cuando se trasladó a Harrison Hot Springs en 1954 para tomar posesión del periódico no imaginaba que de verdad se arrojaba a los brazos del Sasquatch.

Sin embargo ese nombre indio no le resultaba nuevo. Recordaba haberlo oído de niño cuando habían empezado a circular también entre los blancos, extraños relatos sobre la misteriosa criatura que parecía que andaba alrededor de la reserva de la tribu chehalis. Se lo había contado un tal J. W. Burns que desde hacía muchos años enseñaba en esa reserva sobre el río Harrison cerca de la ciudad de Harrison Hot Springs.

Fue más bien Burns, el que hizo conocer el Sasquatch al gran público, aunque acreditándole un marcado significado sobrenatural con la etiqueta además de «Leyenda india» bajo la cual la historia se ofrecía al creciente interés de los lectores de los periódicos.

Pero sólo después de llegar a Harrison Hot Springs, John Green se dio cuenta de que se encontraba en la «cueva» del Sasquatch exactamente en la zona indicada por la historia india.

Esto sucedía en 1954. El señor Burns se había ido hacía algún tiempo y de sus relatos que proporcionaron cierta notoriedad a la zona sólo quedaban los testimonios de un

pequeño albergue con el nombre programático de «Sasquatch Inn» sobre la calle número 7 cerca del río Harrison.

Para John Green el Sasquatch seguía siendo una curiosa leyenda india ambientada en los bosques que veía desde la ventana de su casa. Y lo mismo siguió siendo durante un par de años en los que el propietario-director del pequeño periódico local tuvo manera de hacerse conocer y estimar hasta ser elegido síndico de Harrison Hot Springs, ciudad termal de 586 almas (3.000 en toda el área), dos fuentes minerales que surgen a setenta grados de la montaña vecina, una hermosa playa abierta sobre el Lago Harrison.

La aventura es su destino

Cierto día Green vio llegar a su oficina a un joven de unos veinticinco años que le comunicaba que pensaba explorar las montañas de la zona en busca del Sasquatch. Se llamaba René Dahinden, nacido en Lucerna, Suiza, y emigrado al Canadá después de algunas venturosas peregrinaciones europeas a pie, en bicicleta y en un bote neumático, dueño de administrar al día su propia existencia ya que no tiene familia y llegó al mundo por equivocación, es decir, ilegítimo, criado en un orfelinato. De la ciudad de Quebec empezó a trasladarse a medida que se le ofrecía un trabajo y así llegó a la factoría de un tal Willick a un centenar de kilómetros de Calgary, en la provincia de Alberta, a los pies de las Montañas Rocosas. Es muy probable que si ese señor Willick no hubiera trabajado durante la guerra por algún tiempo en la costa del Pacífico, a esta hora Dahinden no estaría siguiendo desde hace veinte años a un exasperante humanoide que se convirtió en la fijación de su vida.

Había pasado apenas un mes desde que el joven emigrado llegó a la factoría de Willick. Una noche escuchó por el boletín de la radio la noticia de la expedición al Himalaya organizada por el *Daily Mail* de Londres por lo que finalmente se dio una explicación al enigma del yeti. «Esto es lo que me gustaría: salir a la caza de una criatura misteriosa», exclamó René. «No es necesario que vayas tan lejos; también los hay en la Columbia Británica», le dijo Willick. Y explicó lo que había oído cuando estaba en Western Coast.

La idea ya estaba infiltrada en su cerebro: empezó el seguimiento.

Dahinden dejó la factoría de Alberta y se trasladó a la Columbia Británica donde encontró un trabajo en un aserradero en Williams Lake, en Cariboo. En el curso de algunas visitas a Vancouver se zambulló de cabeza en los museos, las bibliotecas públicas y los archivos de los periódicos en busca de noticias, de indicios; recoge datos, los compara. El tono del material es poco alentador, pero Dahinden parece alimentado por un fuego sagrado y ve que hay demasiados elementos para desmentir a los que consideran al Sasquatch sólo como una leyenda india.

En ese momento —verano de 1956— René decide ir a ver a John Green que, además de encontrarse en el centro de la zona-Sasquatch, ha publicado en el semanario de Agassiz varios artículos que, por otra parte, se limitan a referir avistamientos y noticias de las huellas, usando la máxima prudencia para no dar a impresión de que el autor cree de verdad en la existencia de un abominable hombre de las nieves canadiense o norteamericano. En realidad John Green trata de desalentar a Dahinden ahora ya lanzado, le aconseja dejar a los indios sus historias de monstruos y volver a su trabajo normal.

Son palabras que se lleva el viento, como puede comprenderse. John Green y René Dahinden estaban destinados en realidad a dar vida, juntos, al más fascinante safari de nuestro siglo, o sea a la caza, tal vez incruenta, de la inquietante criatura que podría dar una respuesta a los interrogantes sobre la existencia de otra forma de vida en nuestro planeta.

Proyecto western

Un año después de ese primer coloquio Green-Da- hinden el Sasquatch aparecía en la orden del día del Consejo comunal de Harrison Hot Springs.

Era en 1957 y la Columbia Británica se preparaba para la celebración de su centenario que se cumplía en 1958. Los administradores de la ciudad tenían a su disposición seiscientos dólares para un *permanent project* que recordase la fecha, pero es natural que con esa cantidad de dinero pocas son las obras «permanentes» que se pueden plantear. Así fue como alguien sugirió usar la suma en un monumento al Sasquatch y algún otro que se financiara una verdadera «caza del Sasquatch».

El Oeste nunca renuncia a sorprender; en efecto, el Consejo comunal aprobó por aclamación el proyecto del «monstruo-safari». ¿Cómo se llamaba ése que el año pasado quería a toda costa ponerse a corretear por montes y bosques en la zona de caza del Sasquatch? ¿René Dahinden? Bien: que lo llamaran de inmediato y lo pusieran al frente de la expedición.

La noticia de la poco ortodoxa celebración patriótica de esa pequeña ciudad entre las montañas llegó como una bomba hilarante a las redacciones de los periódicos canadienses y luego a las de los norteamericanos desplazando de la primera plana la visita de la princesa Margarita. Nunca se le había dado tanta publicidad a una minúscula e ignorada localidad turístico-termal sin que ésta hubiera movido un dedo para lograrla.

Harrison Hot Springs fue invadida de inmediato por periodistas, fotógrafos, radiocronistas. Las corresponsalías de la «base-Sasquatch» dieron la vuelta al mundo, e insistentes preguntas de particulares llegaron desde la India, Suecia, Nueva Zelanda. Llegaron escuadras de aspirantes a cazadores para unirse a la expedición y hubo también varias muchachas de indiscutible belleza y atractivo que se ofrecieron como «cebo», obviamente por amor a la ciencia. Una de estas desinteresadas heroínas, una chica de Ontario, sin tener la intención, dio argumento para un divertido suelto del columnista Eric Nicol en *Province* de Vancouver:

Problemas con el cebo

«Llámenme cobarde, si quieren, pero no logro aceptar la idea de poner a una hermosa muchacha como cebo para atraer al Sasquatch fuera de las montañas de Pitt Lake. Como probablemente saben, el Comité del Centenario de la Columbia Británica tendría la intrépida intención de capturar a uno de estos gigantes peludos para exhibirlo en público durante las celebraciones de 1958. El Sasquatch representaría a la Columbia Británica "antes de la llegada de la navaja automática".

No quiero decir que utilizar a una hermosa muchacha como cebo no funcionaría para capturar al Sasquatch. Por el contrario; los Sasquatch son monstruos lascivos y sus curriculum están llenos de raptos de muchachas indias que devueltas después de un año de prueba dan a luz vivísimos monstruitos. No hay dudas que colocando una

hermosa muchacha en una de las colinas de alrededor de Harrison y derramando una estela de lavanda Yardley nos encontraremos con una cola de Sasquatch que llegaría desde allí hasta la mitad del camino a Princeton. Pero es probable que en su lugar también podrían colocarse escuadras de cazadores del Centenario, con redes, cuerdas y fusiles; y de los que no me fío es de ellos.

Después de todo, esa espesa jungla detrás del Lago Harrison puede jugarle bromas pesadas a un hombre blanco y si los Sasquatch se dan cuenta de que hay algo más que una ofrenda erótica, no dudarán en recurir a su viejo truco de mantenerse escondidos y de empezar a tirar piedras.

Supongamos que hay dos cazadores, Macomber y Flinch en una plataforma arbórea vigilando a la muchacha en su confortable trampa armada en una pendiente más abajo. Hace una semana que están de guardia; el tiempo es lindo y cálido y la muchacha se extiende voluptuosamente en el prado con un bolero más bien sumario.

Desperezándose con ostentación, el señor Flinch se levanta y empieza a bajar de la plataforma.

— ¿Adonde piensas ir? —lo apostrofa bruscamente el señor Macomber.

—Es hora de mojar el cebo —se burla Flinch—.

—Voy hasta el agua.

¡Pero si hace apenas una hora le diste de beber! —Replica Macomber, cuyos ojos enrojecidos por las seis noches de insomnio y ligeramente estrábicos por haber tenido que vigilar a Flinch, lanzan chispas amenazadoras—: Y además cada vez que vuelves del agua hueles a whisky.

—Azufre, viejo; huelo a azufre: esta zona está molestamente llena de fuentes saludables, y todas calientes.

Después de estas palabras la cara mefistofélica de Flinch desaparece debajo de la plataforma.

— ¡Eh, espera, Flinch! —Agrega Macomber levantándose sobre el codo—. Hay otra cosa que noté. Cada vez que vas al agua el Sasquatch empieza a tirar piedras contra este árbol. La otra vez casi me agujereó la cabeza.

—Esconde la cabeza —grita Flinch saltahdo a tierra.

El señor Flinch desaparece en la selva. Poco después una gran piedra cae en la fronda del árbol aplastando a Macomber. De abajo surge una risa salvaje y espeluznante. Mientras la muchacha salta sobre sus pies hay un rápido movimiento detrás de ella y un brazo peludo la aferra a ultranza.

— ¡Señor Flinch no me apriete de esta manera! —dice la muchacha.

Un segundo después es arrastrada a la espesura. Se produce un gran silencio. Una figura yace inmóvil en la plataforma y en el límite del prado, un brazo replegado de manera antinatural se extiende hacia una botella de vidrio oscuro.

Bueno, como ya dije, no le quiero arruinar la diversión a nadie, pero pienso que es mi deber señalar al Comité de Harrison para el Centenario, que el juego de Sasquatch es un poco pesado, aun para una desprejuiciada muchacha de hoy. En lugar de usar jóvenes cebos propongo leer con más atención los avisos económicos de los periódicos. Nadie ha dicho que en alguna monstruosa liquidación no se pueda cazar un gigantesco Sasquatch a bajo precio».

Olor de hombre blanco

El cáustico comentario de Eric Nicol se convirtió en un clásico del *humor* western-británico y puede indicar la atención que, de improviso, atraía el fenómeno Sasquatch, por mito, leyenda, alucinación o criatura humanoide que fuese. Es verdad que el clima general era bromista y cada vez se hizo más difícil distinguir entre las reacciones serias y las chistosas. Esta carta, por ejemplo, cuando llegó a un consejero comunal de Harrison Hot Springs suscitó una razonable perplejidad, pero no por el lenguaje rudimentario en el que estaba escrita, dado que aún hoy los indios de la Columbia Británica tienen dificultades en encontrar un acuerdo entre su idioma nativo y el inglés:

«Querido señor Trout:

Tú hombre blanco tal vez no crees en el Sasquatch, pero tú no saber muchas cosas. Quince años hace mi viejo papá herido grave por hombre Sasquatch encontrado a una milla de Katz. Hombres blancos decir que mi papá estaba borracho cuando rompió brazo; pero los indios no reír. Sólo los blancos cuando no saber nada reír como tontos.

Antes que nada mi papá era un buen católico y beber poquísimo licor que decir era veneno del hombre blanco. Él contar que estaba con mamá en recoger arándanos cuando dejó a los otros para descansar un poco. Mirar sólo árboles y cielo. Después hombre grande dos metros llegó de las rocas, lo tira al suelo, le golpea la cabeza, el costado y el brazo. Le pega fuerte y da gruñidos. Papá grita. Llegar otros y Sasquatch corre veloz. Ellos ver Sasquátch correr y papá con sangre en la cabeza.

Abuela Charlie pone en su lugar los huesos del brazo. Dice que ese ser un pequeño Sasquatch enano y tal vez otro Sasquatch lo trata mal y él trata mal a pequeño viejo indio como mi papá. Abuela dice que gran hombre bueno Sasquatch quiere sólo tomar a pequeña mujer india para hacer el amor con ella.

Después, viejo papá siempre miedo bosques, nunca volvió a ningún lugar, sólo estar en casa. En primavera atraviesa río con vieja barca, nunca va en medio de los árboles, tal vez cautivo pequeño Sasquatch escondido allí. Pelo en todas partes y pelo de gamo. Pienso que tal vez papá toma cerveza y olvida Sasquatch; todavía está bien, nada trabajar pero todavía bien. El brazo siempre estropeado hasta que murió hace dos años.

Hombre blanco conocer tantas cosas bellas, ser muy inteligente, tener grandes automóviles, grandes casas, pero no entender todo. Tal vez Sasquatch no le gustó el olor del hombre blanco. Abuela Charlie dice que hombre blanco huele como viejo hombre muerto y espanta al Sasquatch. Hombre blanco tal vez ve y captura Sasquatch si irse al bosque y llevar indio. Hace andar indio adelante con salmón o ciervo. Deja su árbol luego toma. Porque Sasquatch comer mucho, siempre quiere comer.

Espero que tú entender. Así sabes indio dijo verdad. Buena suerte.

Mary Joe».

Aparte de la cáustica apreciación racista hacia el «olor del hombre blanco» que podría tomarse como una confirmación de una posible broma epistolar, la carta de Mary Joe refleja muy genuinamente la opinión muy difundida entre las poblaciones nativas de la Columbia Británica en lo que concierne al hombre abominable.

Para volver a la proyectada expedición capitaneada por René Dahinden diremos que el Gobierno Provincial reprobó muy apresuradamente la idea. Pero el Sasquatch ya había tenido tal publicidad, a pesar de las ironías, que aun las personas menos inclinadas a dejarse influenciar por las fantasías empezaron a pensar seriamente que tal vez de veras había «algo» que debía aclararse y que, al final de cuentas, no podía negarse la evidencia física de todas esas huellas que ningún mito, por cierto, podía dejar.

Por otra parte, René Dahinden ya estaba instalado en el lugar y después de conquistar al remiso John Green para la causa de los *Sasquatch hunters,* se había hecho contratar en el periódico. De esta manera el *Agassiz-Harrison* se convertía en el cuartel general, el campo base de la caza del abominable hombre de las Rocosas.

IV. CAZADORES DE MONSTRUOS

John Green vive en una pequeña villa de madera un poco más arriba del prado que cruza Echo Street, una calle tranquila paralela a la que bordea el lago. Si alguien imaginase a un cazador de safaris africanos, estaría lejos de la realidad si pensara en un tipo exaltado y suficiente. Altísimo, habla en voz queda, con amabilidad. En el cuarto de estar donde nos recibe, no hay nada que traicione la presencia —aunque no sea física— del Sasquatch. El sancta sanctorum está más allá; seremos admitidos en él después, tal vez cuando de la conversación preliminar surja la seriedad de nuestras intenciones.

Su lenguaje es más el de un investigador que el de un explorador; prudente en las afirmaciones y en convalidar tanto el punto de vista de los más escépticos como los relatos de los que afirman haberse encontrado cara a cara con el abominable. Su observación, antes que nada, quiere ser imparcial: el que cree en la existencia del Sasquatch no es necesariamente un mitómano que sufre alucinaciones.

—Desde que me ocupo de este fenómeno —dice Green— nunca encontré a nadie que se haya dedicado a la caza del Sasquatch, o simplemente que cuente haberlo visto, porque cree en los gigantes peludos. Sólo que hay personas más inclinadas que otras, por naturaleza, a experimentar interés por cosas extrañas o aparentemente no explicables con el canon normal de la ciencia o de la razón. Y no es justo considerar incauto o crédulo al que dedica tiempo y dinero en ir a verificar con sus propios ojos, las huellas misteriosas que alguien encontró o en interrogar al que afirma haber visto una criatura —humanoide o no— que la ciencia se muestra reacia a aceptar.

Y ésta es claramente la posición del mismo Green, en especial durante los años pasados corriendo detrás de cualquier indicio que llegaba a conocer. Ahora pareciera

replegado en una caza esencial, desde que decidió dedicarse al archivo del Sasquatch transformando su propia casa en centro de recolección de datos de toda posible información, señal o indicio que concierna al fenómeno.

Esta central, por el momento, no ocupa más que una pieza a la que se llega a través de la cocina. Nos disculpamos con la señora Green sorprendida delante de las hornallas y tratamos de leer en su rostro qué piensa del Sasquatch.

Finalmente las improntas

Por fin podemos ver, tocar, esas famosas improntas del «monstruo» moldeadas en yeso en los lugares de los hallazgos más espectaculares. Blanquísimas y alineadas en un estante parecen moldes de pan sin levadura antes de la cocción: en realidad constituyen la única prueba física sobre la que se basa todo el entarimado del «fenómeno Sasquatch».

El fichero es ya imponente y cada ficha recoge todos los datos posibles para la reconstrucción y la valoración de un suceso: nombre del testigo, dirección, lugar del «incidente» y fecha, breve síntesis del episodio y descripción de la zona. En dos grandes mapas de la Columbia Británica y de los estados norteamericanos del noroeste se han localizado simbólicamente los «hechos» para una visión comparativa y panorámica inmediata. Desde hace tiempo se habla de un proyecto para procesar por computación todo el material disponible sobre el Sasquatch y ya hay una oferta de financiación por parte de una sociedad cinematográfica de Salt Lake City, en Utah, especializada en films sobre animales salvajes, la American National Enterprises. Pero será muy difícil hacer entrar al Sasquatch en una computadora, mientras confíe sin una aguda valoración, en los datos aportados por ese ejército de investigadores diletantes que forman la mayoría, incontrolable y privada de una oportuna preparación. Está claro que para una computación útil se debe partir de aquí, de este fichero escrupuloso y actualizadísimo de John Green.

«No soy el hombre del que se puede esperar que vuelva a su casa con un Sasquatch vivo o muerto», dice el ex síndico de Harrison Hot Springs. Porque prefirió el papel histórico dejando que los diferentes Dahinden corran de una montaña a otra, de una

cueva en la nieve a un mísero río para fotografiar improntas, interrogar testigos, recoger heces-muestra.

Esas heces de Sasquatch constituyen todo un capítulo en sí y se relacionan con la primera expedición de búsqueda organizada, la *Pacific Northwest Expe- dition.* El millonario filántropo texano Tom Slick que la financió (en 1959-61) acababa de volver de tres empresas análogas al Himalaya en busca del yeti. Empresas fallidas, en el sentido que no sólo no se acercaron ni mínimamente al fin buscado, o sea cercar y capturar al yeti, sino que ni agregaron una prueba que confirmase la experiencia del abominable hombre de las nieves, trayendo como resultado para la magra satisfacción de los zoólogos y de los antropólogos, una garra momificada de leopardo de las nieves, un dedo tal vez humanoide igualmente momificado, y un par de huellas carentes de significado útil.

También la *Pacific Northwest Expedition* que debió haber sido la voz decisiva para resolver el enigma- Sasquatch, resultó un fracaso. Estaba dirigida por un extraño tipo de embalsamador, Bob Titmus, asistído por René Dahinden (contratado a 350 dólares por mes más los gastos) y por un tal Iván Marx, cazador profesional de osos y leones de montañas, acompañado por su mujer Peggy que hacía de cocinera de la expedición. Los motivos del fracaso se atribuyeron a defectos de organización, pero es muy probable que la extraña reunión de personas con intereses a menudo contrastantes haya tenido un peso decisivo en la «victoria» del Sasquatch sobre sus cazadores. Los roces se manifestaron en seguida aunque sólo después de las presuntas «heces» del abominable contribuyeron a hacer insuperables los contrastes.

Caza del abominable

Bob Titmus había obtenido del millonario que financiaba la expedición, un contrato privilegiado gracias al cual si el Sasquatch se encontraba en determinada zona el embalsamador recibiría un veinte por ciento más. Esto se debía a que en la zona indicada había descubierto una gran cantidad de excrementos que, siempre según él, podían haber sido dejados por la abominable criatura cuyos hábitos intestinales, por otra parte, hasta ese momento habían sido dejados de lado.

El millonario texano estaba electrizado por la idea de la caza del Sasquatch y parecía «olfatear» el éxito que lo compensaría al menos moralmente, de ese río de dólares que tiraba en la empresa. Pero el asunto de las «heces» del monstruo no convencía a Dahinden, ya harto de la facilidad con la que Slick aceptaba como bueno cualquier cuento que le contaran. Y de esta manera, mientras el taxidermista describía por enésima vez su descubrimiento estercolero al millonario encantado —un imponente cúmulo de excrementos debajo de las ramas de un árbol en los que habían quedado pegados algunos mechones de pelo— René saltó:

— ¡Mierda de caballo!

Aunque la intención no era malévola, o sea que no quería ser una drástica apreciación sobre todo el asunto, sino que adelantó alguna duda sugiriendo una reclasificación del hallazgo, Titmus se sintió profundamente ofendido y desde ese momento las relaciones ya tensas entre los dos se dañaron irreparablemente y de esta manera contribuyeron al fracaso general de la operación.

Antes de abandonar para siempre esta *querella* excrementicia, tengo la obligación de precisar que una congruente muestra de supuestas «heces» de Sasquatch fue enviada por vía aérea a Washington para ser analizada por la Smithsonian Institution. Respuesta: heces de oso. Dahinden, al final de cuentas, no se había equivocado mucho.

La controversia surgida sobre la conducta de la *Pacific Northwest Expedition*, provocó también alguna desavenencia entre el mismo Dahinden y John Green. A causa de su disparidad de ideas sobre métodos para enfocar el «fenómeno», los dos aliados de Harrison Hot Springs se separaron más o menos un año más tarde.

John Green es un cazador de monstruos que se preocupa sobre todo por mantener los pies sobre el terreno concreto de las pruebas. Su prudencia, tal vez, puede ser una ducha fría para los entusiastas como René Dahinden, pero lo ha salvado de la calificación de visionario y en la ciudad goza de mucha estima. Cuando le pregunto por él al director del albergue (levantado sobre el techo hay un enorme Sasquatch modelado en madera) me doy cuenta que crezco de inmediato en su consideración por el solo hecho de que voy a ver a Green a su casa.

Es una hermosa mañana de julio; un viento algodonado sopla limpio desde el lago y los raros pueblerinos parecen empeñados en gozar la única distracción constituida por el paseo por la vereda alta que sigue la curva de la playa desierta. Colgados fuera del negocio de *souvenirs* aparecen los diseños caricaturescos del Sasquatch y en la vitrina está pegada la calcomanía «Harrison Hot Springs-Sasquatch» como sugerencia turística para los automovilistas que gustan exhibir los testimonios de su viaje admitiendo implícitamente la escasa credibilidad de que gozan ante amigos y conocidos. En lugar de la consabida invitación «*Keep clean your city*» (mantén limpia tu ciudad), un cartel en las papeleras plantea un dilema de gusto infantil, pero con carácter: «Usa la papelera o el Sasquatch te raptará.» Al final de la costanera del lago, cerrando la calle como una vuelta obligada en el paseo de la gente del pueblo, está el parque del Harrison Hotel, el más elegante del lugar en el que hace años se ambientó un cuento-de-día-de-inocentes: una bellísima cliente del albergue raptada por un Sasquatch surgido de los montes vecinos. Autor de la broma, el propietario-director del semanario *Agassiz- Harrison Advance,* exactamente él, John Green, cuando aún no sospechaba que luego se vería envuelto como protagonista en la caza del abominable de América del Norte.

«No es mi pariente»

«En todo lo que aprendí sobre el comportamiento del Sasquatch no hay un solo elemento de parentesco con los humanos que vaya más allá de la manera de caminar: el Sasquatch no tiene un lenguaje, no usa utensilios y no posee otros medios de supervivencia que el propio físico. Tal vez un día pueda probarse que estas criaturas son las más inteligentes de entre los animales, pero nada me hace prever que esta conclusión deba darse por descontada. Y no hay la mínima prueba de que el Sasquatch sea algo más que un animal.»

John Green no niega, pues, la existencia del Sasquatch: rechaza aceptar el parentesco más o menos lejano, y tal vez por esto no se preocupa por los escrúpulos de los que se horrorizan si se sostiene la necesidad científica de obtener en carne y hueso, posiblemente un cadáver para seccionar, no uno sino al menos una docena de Sasquatch.

A este respecto, algunos se oponen a la caza cruenta del Sasquatch por la posibilidad del peligro de exterminio de una especie en extinción. Sólo en el norte de América hay decenas de millares de kilómetros cuadrados de tierra que escapan a todo control y donde quizás algunos Sasquatch viven sin ser molestados.

Si se admite la existencia del Sasquatch, independientemente de sus características humanoides, no sé por qué la «especie» estaría en peligro si pudo superar indemne siglos de estado semisalvaje en condiciones de autosuficiencia: se han visto los machos, se han visto las hembras y también sujetos jóvenes e inmaduros que es legítimo suponer que son el producto de una natural pareja de los adultos. Además hay relatos de escenas de familia que parecen extraídas de una edificante novela de la jungla y que dan otra dimensión a ciertos temores, del todo teóricos, sobre la dificultad de aprovisionamiento de alimento, desmintiendo que el Sasquatch tenga que ser necesariamente vegetariano.

Uno de estos episodios que darla envidia a un film de inspiración disneyniana sucedió a fines de octubre de 1967 en las montañas detrás de Estacada, un pequeño pueblo de Oregón, a unos ochenta kilómetros al sudoeste de Dallas. El leñador Gleen Thomas, que estaba trabajando con su sierra eléctrica en el bosque, se tomó una breve pausa para descansar y dio unos pasos por un camino en medio de los árboles. Era un día más bien frío y allí, a 1.500 m una ligera niebla helada se filtraba entre las ramas. Respirando profundamente ese aire balsámico se alejó tal vez un kilómetro y desembocó en un claro al fondo del cual se veían los restos de un derrumbamiento de unos años antes. Justo en ese lugar vio a tres extraños seres, peludos pero en su conjunto casi humanos, que se movían entre los bloques del derrumbe.

Picnic en Estacada

Eran dos adultos —un macho y una hembra— y uno más joven: macizo, ágil, «completamente desnudo si se excluye el abundante pelo y los cabellos», contó Gleen Thomas que se quedó clavado en el lugar observándolos desde una distancia de apenas treinta metros.

Parecían muy atareados: silenciosamente y con rapidez movían grandes piedras unas tras otras, las tanteaban y las apilaban con cuidado y seguían sacando otras y

tanteándolas. Finalmente Thomas se dio cuenta de que estaban «cazando» pequeños roedores —marmotas y ardillas— que ya habían entrado en letargo para el invierno. Apenas lograban uno, aún atontado, se lo comían con la piel y todo, simplemente empezando por la cabeza o a lo sumo «rompiéndole» en un par de pedazos. Sistemática y velozmente.

Aparte de toda consideración etiológica sobre la escena familiar, la técnica venatoria de los Sasquatch de Gleen Thomas concuerda exactamente con la descrita para el yeti por Ralph Izzard en el libro *The Abominable Snowman Adventure* que cuenta la expedición himalaya de 1953. La pila de piedras de la que habla el leñador fueron examinadas un tiempo después, en el lugar indicado, cerca de Estacada, por John Green que comprobó que en absoluto podían haberse formado como consecuencia de un evento natural (derrumbamiento u otro) sino que alguien debió acomodarlas en montón unas sobre las otras; por cierto no un oso y por otra parte, tampoco un hombre cualquiera, que no se habría tomado tanto trabajo por nada, dado que de esas pilas había por docenas.

Los bloques eran de proporciones tales que ninguna persona normal habría podido levantarlas, pero los tres Sasquatch las manejaban con gran naturalidad, con las manos como palas y sin usar el pulgar, contrariamente a lo que sucede con el hombre. Este detalle —juntamente con la revelación de los gustos carnívoros de esos seres que hasta entonces se consideraban vegetarianos— aumenta el interés suscitado por el «caso Estacada». También el científico soviético Boris Porshnev, señalando las características de los *Alma* —las criaturas humanoides esparcidas del Cáucaso a los Urales, hasta Siberia y toda el Asia Central— señala que el dedo pulgar se opone muy limitadamente a los otros, de manera que la mano aferra más como una pala envolvente que como una pinza.

Antes de dejar los bosques de Estacada quisiera recordar que uno de los argumentos preferidos de los científicos (véase John Napier) para poner en dudas la supervivencia de criaturas en estado salvaje como los supuestos Sasquatch, se basa justamente en la pobreza de la dieta vegetal dada por un habitat como el que prevalece en las zonas noroccidentales del continente norteamericano. Pero los Sasquatch cazadores de

marmotas y ardillas parecieran indicar que el abominable come, sí vegetales, pero como acompañamiento o, a lo máximo, a falta de algo mejor.

Un censo

Una vez admitida la existencia del Sasquatch es bastante lógico preguntarse cuántos estarán esparcidos por las montañas y bosques del noroeste de los Estados Unidos y del Canadá. Aun calculando sólo en unos 321.000 kilómetros cuadrados su territorio de relativa mayor difusión, juzgando por los que han sido vistos, se puede evaluar una población mínima de un millar de individuos. Pero el caso del *wallaby* australiano que vive en estado libre en dos regiones poco habitadas de Gran Bretaña puede sugerir algunas útiles consideraciones con respecto a los avistamientos tomados como base para una cuenta atendible.

El *wallaby* es prácticamente un extraño en Inglaterra, pero por cierto no es desconocido por los científicos. Inglaterra, por otra parte, es un pequeño país comparado con el Oeste americano. Y la población de los *wallabies* no es numerosa. Además casi nadie, excluidos los zoólogos y la gente del lugar, sabe de la presencia del *wallaby*. Esto, es obvio, depende también de una especie de conjura de silencio que obliga a los científicos a hablar lo menos posible no revelando la ubicación de las reservas-*wallaby* para proteger a estos animales del exterminio internacional o no. Tal vez cuando su número aumente hasta el punto de desbordar los actuales confines secretos, el misterio-*wallaby* se revelará, con la esperanza de que en ese momento la interferencia de los humanos provoque daños menos graves.

¿Quién está seguro, por ejemplo, que aún sobre el Sasquatch la ciencia no sepa mucho más de lo que está dispuesta a admitir por motivos análogos a los que aconsejan el secreto sobre otras especies raras?

Para tratarse de una eventual conjura de silencio ya sería mucho poder establecer con razonable aproximación una relación que considerando un área dada indicase cuántos individuos «no vistos» pero presentes, corresponden a cada individuo visto. La idea es menos fantasiosa de lo que podría parecer, si consideramos el experimento de la *Game Commission* del Estado norteamericano de Michigan que quiso demostrar con los hechos que los cazadores se equivocaban al lamentarse del despoblamiento de la selva

y acusar a las autoridades de no hacer lo suficiente para reequilibrar el standard ecológico.

En 1953 la Comisión de Caza cerró dos kilómetros cuadrados de bosque con una red y puso dentro 39 ciervos. Durante tres años grupos compuestos de tres a diez cazadores podían estar allí por períodos de dieciocho días cada uno dentro del recinto, tratando de matar un ciervo. Pero muy pronto debieron convencerse de que a pesar de la concentración de esa caza, acercarse a un ciervo para dispararle era más difícil que lo que podía creerse.

Animales invisibles

Una hermosa mañana de 1954 seis cazadores entraron intrépidamente en el lugar. Durante la noche cayó una ligera nevada y las condiciones del terreno eran ideales para rastrear la caza siguiendo las huellas. Los seis tenían la seguridad de que dentro del lugar había ese número dado de ciervos, la mayoría de los cuales nunca había visto un cazador ni un fusil. Pero necesitaron cuatro días antes de que pudieran avistar un par de cornamentas y cincuenta y dos horas de caza antes de poder disparar en ese safari organizado sin limitaciones, dado que podían seguir la caza, esperarla en el lugar, hacerla aparecer con descargas colectivas.

La demostración puede ser válida para cualquier criatura que viva en estado libre y que prefiera permanecer escondida para no exponerse al peligro de destrucción. Si relacionamos el número de ciervos y el área en el que estaban concentrados con la población —razonablemente limitada— de los Sasquatch en los 321.000 kilómetros cuadrados de espacio a su completa disposición, podemos tener una idea de las reales posibilidades que existen de encontrarse de narices con un abominable no deseoso de confraternizar. Más bien habría que maravillarse de que en esas condiciones los avistamientos sean tan numerosos.

El indio salvaje

En 1872 los últimos indios yahi que habían combatido al hombre blanco se retiraron a un pequeño valle al pie del Monte Lassen, en California; y desaparecieron. Vivieron allí durante doce años sin que nadie los viese, hasta que la falta de alimento a causa de las particulares condiciones ambientales los obligaron a hacer alguna fugaz correría

por los alrededores. A pesar de esto, en diez años fueron vistos una sola vez. En 1894 los últimos cinco supervivientes se establecieron en dos lenguas de tierra de unos cinco kilómetros de largo y unos ochocientos metros de ancho: nadie se dio cuenta de su presencia durante quince años hasta que algún buscador de oro apareció de casualidad en medio de su campamento.

El último indio que sobrevivió dejó la zona en 1911 después de haber permanecido durante treinta y nueve años como un hombre de la Edad de Piedra al margen del mundo civilizado sin que ese »mundo civilizado se enterase de él y de su gente a pesar de que tuvieran un emplazamiento fijo en el que normalmente encendían fuego para uso doméstico y para cremar cadáveres y que por lo tanto debían haber atraído la atención. El Sasquatch, por el contrario, no tiene un refugio permanente porque no está obligado a vivir en un área limitada y no conoce el uso del fuego: y sin embargo lo han visto muchísimos.

Cuando ese último superviviente indio —un genuino salvaje de los bosques al que se le dio el nombre de Ishi— fue llevado a la ciudad de Oroville, en California, los antropólogos se encogían de hombros embarazados: tal vez habrían preferido que no hubiera vivido todo ese tiempo a unos ochenta kilómetros del teléfono más cercano, no sólo fuera de las estadísticas sino sobre todo a despecho de las convicciones científicas que se consideraban seguras.

Más simio que hombre

Ante el interrogante de si el Sasquatch es una idea o un animal, un cliché cultural o una criatura viviente, John Green no tiene dudas: el Sasquatch existe. Sólo que no es una criatura humana ni cuasi humana. Si se excluye la posición erecta sobre dos articulaciones inferiores características del hombre, al abominable norteamericano es un muestrario de requisitos animalísticos: aunque mucho más alto que el hombre es excesivamente pesado con respecto a la estatura. El pelo que lo recubre por completo no tiene un crecimiento continuo y regular, exactamente como sucede con los animales. Los hechos no son humanos y hasta este momento no existe ninguna prueba de su desarrollo mental.

La conclusión está a favor de un Sasquatch-simio, probablemente un descendiente directo del Gigantopiteco que vivió hace 500.000 años en China Central, pero con cuatro fundamentales diferencias que lo distinguen de los otros simios:

1) Es omnívoro, mientras que el chimpancé, por ejemplo, llega a matar para procurarse carne fresca.

2) Es nocturno, contrariamente a todos los otros simios.

3) Es un fuerte nadador y éste es otro de los motivos de su difusión en un área vasta. Los simios en cambio no se encuentran a gusto en los cursos de agua muy anchos.

4) Es un bípedo completo, mientras que todos los simios son más o menos cuadrúpedos.

Luego hay un quinto punto que concuerda y no concuerda con las conclusiones de John Green, y es el evidente empeño con que el Sasquatch, deliberadamente, evita todo contacto con los humanos. Y esto en el fondo, es lo que sucedió con nosotros que nos habíamos dirigido a un *Sasquatch hunter* de fama para buscar al abominable hombre de las Rocosas y nos dimos cuenta de haber evocado sólo la imagen improbable de un vulgar simio. Pero que —y esto John Green olvidó decirlo— no tiene cola.

Peter Byrne: del tigre al Omah

En el pelotón de los cazadores de Sasquatch, John Green parece haber abdicado últimamente su posición de líder activo. Desde que se dedica a investigador residente o casi, el razonable archivista apartado de las polémicas es como un presidente honorario marginado de los exuberantes directores generales que en este caso pueden llamarse René Dahinden y tal vez, más aún, Peter Byrne.

Peter Byrne, 49 años y cabellos canos, un metro ochenta de altura, acento de Eton, naturalista, tanto plantador de té en la India, como explorador himalayo y durante quince años cazador profesional de tigres de Nepal. Está obsesionado por el Sasquatch, pero prefiere llamarlo *Omah* traduciendo fonéticamente el nombre con el

que los indios huppa de California septentrional y de Oregón llaman a la fugitiva criatura.

Byrne es el cazador de tradición colonial anglosajona, paciente, tenaz, incansable, siempre alerta; gran bebedor de whisky. Su base operativa está en The Dalles, una pequeña ciudad de Oregón sobre el río Columbia, casi en el confín meridional del Estado de Washington: uno de los puntos neurálgicos para la caza del Sasquatch, una especie de ombligo de una de las zonas más frecuentadas por el abominable. Desde allí controla un área de centenares de miles de kilómetros cuadrados: a cada señalización que puede llegarle por teléfono, por radioteléfono o de boca en boca a través del telégrafo del bosque, salta en un avión, un helicóptero, o a bordo de un barco fluvial o en su auto o hasta se precipita a pie al lugar del avistamiento para controlar, interrogar a los testigos, fotografiar detalles, improntas, indicios. Normalmente vive en una roulotte de un millón y medio de pesetas equipada como si tuviera que partir de un momento a otro para una expedición polar de meses: ropa para temperatura glacial, alimentos congelados y deshidratados, hachas, picos, largavistas, una depuradora de agua de lluvia, filmadoras con zoom, radio receptora-trasmisora, instrumentos para la observación nocturna, sacos de montaña, reserva de carburantes y armas que pueden parecer fusiles pero que en realidad son lanza tranquilizantes.

Captura indolora

Este asunto de los tranquilizantes representa el punto crítico del desacuerdo entre el cazador Byrne y los pocos antropólogos dispuestos a admitir la existencia de una criatura «no clasificada» comúnmente llamada Sasquatch, Bigfoot o bien Omah.

«No estoy de acuerdo con Peter Byrne —afirma el profesor Grover Krantz de la Washington State University, que vive y trabaja en Pullman en el Estado de Washington, pero que es un veterano no de gabinete en la búsqueda del Sasquatch—. No estoy de acuerdo con Peter Byrne cuando cree que tiene que vérselas con un ser dotado de inteligencia, un pariente del *Homo sapiens* y que matarlo equivaldría a cometer un homicidio. Él prefiere drogarlo e inmovilizarlo. Yo, en cambio, lo mataría sin vacilaciones.»

A esta altura es interesante señalar cómo John Green se ha encuadrado perfectamente en la ciencia oficial, aunque no tenga la costumbre de salir armado. El profesor Krantz, en cambio, nunca se separa de su «Magnum made in Swedwn» cuando va por bosques que podrían reservar un interesante encuentro.

«Desde el momento que no sabemos absolutamente nada sobre el metabolismo de esta criatura —explica el profesor Krantz—, un proyectil tranquilizante podría matarla después de una breve agonía o volverla furiosa y muy peligrosa. Aparte de esto, un Bigfoot muerto puede aportar a la ciencia mucha más inforcio que uno vivo. Peter Byrne era famoso por sus expediciones de caza mayor cuando vivía en la India y comprendo que forma parte de la ética del cazador profesional cuidar la caza todo lo posible.»

Aunque algunos, un poco malignos, ven en la posición incensurable del estudioso un real miedo físico frente al imprevisible Sasquatch también es verdad que el antropólogo norteamericano nunca ofreció dudas sobre su convicción de que el Bigfoot no era en absoluto una criatura humana y que por lo tanto no debía existir ninguna rémora moral para matarlo. Su teoría es que se trata de un simio bípedo, probablemente un cruzamiento de simio antropoide y descendiente del hombre de Neanderthal. Pero no todos los antropólogos aceptan este parentesco, sobre todo porque lo consideran ofensivo con respecto al hombre de Neanderthal ya tecnológicamente avanzado por relación al *Gigantopithecus,* el *Paranthropus* y también con respecto al *Homo erectus* hasta el punto de poder dar su figura si absurdamente lo imagináramos vestido con ropa moderna y ubicado en una situación actual. El Neanderthal puede ser aceptado como antepasado de los *Alma,* en los que se encuentran poquísimas características simiescas, pero no como progenitor del yeti del Himalaya y mucho menos del abominable de América del Norte.

Grover Krantz: ciencia no ortodoxa

Frente a la posición rigurosamente escéptica de la ciencia oficial, el profesor Grover Krantz pasa por un visionario o poco menos, ciertamente por un imprudente que les afloja mucho a los «cazadores de monstruos». Sus relaciones con Peter Byrne son más que cordiales, pero como antropólogo debe vivir y trabajar en un ambiente que

considera con cierto sarcasmo su interés por el Sasquatch, el hecho de que no se haya cuidado de nadie para hablar sobre improntas encontradas en el fango de alguna remota localidad, que coleccione esos grandes calcos de pies y se pierda haciendo deducciones sobre el peso, la altura, la andadura, de algo que oficialmente no existe.

Sin embargo, todos saben, por ejemplo, que el gorila como especie, entró en los textos científicos recién hace 129 años y nadie puede haber olvidado que el alemán Von Beringe sacudió a los zoólogos llevándoles un gorila de montaña absolutamente desconocido hasta ese momento aunque viviera y prosperara tranquilamente en terrenos volcánicos de más de 3.600 metros. Y su presencia era señalada desde hacía por lo menos dos siglos.

El *Coelacanthus-Latimeria* es un pez fósil que la ciencia consideraba extinguido desde hacía setenta millones de años: en 1938 fue capturado un ejemplar vivo frente a Madagascar y luego se supo que otros habían sido capturados antes.

Lo mismo ocurrió con el panda gigante que se consideraba extinguido desde hacía tiempo.

¿Y el *Komodo dragón*? El *Komodo dragón* es el mayor reptil que se conoce: fue descubierto y clasificado recién en 1912.

La jirafa es un animal increíble, una especie de broma de la fantasía: y los zoólogos se negaban a admitir su existencia hasta que alguien se la llevó para que la tocaran.

Aunque el profesor Krantz esté dispuesto a tomar sistemáticamente en cuenta y con mente abierta, el material sobre el Sasquatch, esto no significa que las entrevistas le halaguen. Me lo confirmó en una carta personal diciéndome: *I neither seek pablicity ñor avoid it on the Bigjoot business*», «no voy en busca de publicidad y mucho menos sobre el asunto del Big- foot». En cuanto a las improntas ya precisé haber tomado materialmente una sola que, por otra parte, nunca hice fotografiar.

Es pues comprensible que Grover Krantz sea el único académico con el que Peter Byrne no se enfrente a muerte, aunque no esté de acuerdo sobre la «licencia para matar» al Sasquatch. Los otros que se niegan hasta a tomar en consideración y discutir las eventuales pruebas físicas y los hechos controlables —dice— prefieren

probablemente que nunca se capture un ejemplar de Bigfoot para no tener que reconsiderar con embarazo sus convicciones y sus teorías que costaron años de estudio.

El actual N.° 1 de los *Sasquatch hunters* es un hombre al que no le gustan las reticencias o las admisiones a medias. Por eso en seguida pone las cosas en claro: «Si no estás prevenido respecto de un bípedo humanoide que no figura en los textos científicos, puedo hablar contigo. De otra manera no me hagas perder el tiempo. Ya fui definido como loco por muchos llamados expertos y no quiero saber nada más.» Pero es evidente que alguien le otorga suficiente confianza como para financiar sus búsquedas; por ejemplo la Sociedad Internacional para la Conservación de la Fauna *(International Wilalife Conservation Society)* de Washington D.C., y la Academia de Ciencia Aplicada *(Academy of Applied Science)* de Boston.

Entre todos los que se ocupan del «enigma Sasquatch» no teóricamente sino siguiéndolo «en el terreno», Peter Byrne es en realidad el que puede reivindicar la mayor experiencia aunque nunca —como los otros por otra parte— haya visto al Sasquatch. Si lo hubiera visto, una dosis de «Amital» hubiera puesto fin a una parte del enigma. Como tampoco nunca vio al yeti al que persiguió participando en tres expediciones himalayas entre 1953 y 1970. Pero al menos entonces volvió a casa con un dedo del abominable hombre de las nieves, aunque sea después de haberlo robado en un monasterio.

El dedo del yeti

La historia del dedo del yeti, mejor que cualquier otra descripción sirve para ilustrar a Byrne como personaje. El aventurero irlandés era ya famoso cuando se unió a la primera expedición patrocinada por el petrolero texano, el millonario Tom B. Slick. Su foto apareció en la primera página de los periódicos cuando en Nepal mató a un elefante hindú de tres metros con cincuenta (récord mundial) y un tigre que se había comido a 4 nativos. Los negocios andaban viento en popa y su organización de caza guiada del tigre, enloquecía a los señores ingleses que llegaban en vuelo directamente desde Londres dispuestos a gastar el equivalente de trescientas mil pesetas por tres semanas bajo la tienda en la jungla.

Mientras estaba explorando el altiplano de Bhutan durante la primera expedición, Slick entró en contacto con algunos monjes que —aseguraban— tenían en la despensa el cadáver disecado de un yeti. Fulminado por la revelación, Byrne trató de conquistar la confianza de esos religiosos y aprovechando una distracción cortó, rápido, un dedo a la excepcional momia. Se le presentó entonces el problema más bien urgente de hacerlo salir del país y de Asia antes de que los monjes se dieran cuenta de la amputación. Pero como *audaces fortuna juvat,* la solución surgió algún tiempo después, de un encuentro casual en un albergue de Nueva Delhi con el actor Jimmy Stewart que aceptó contrabandear el dedo hasta Londres donde fue examinado y por lo tanto clasificado como perteneciente a «un primate de una especie desconocida».

Peter Byrne dejó Nepal en 1971 llamado por las noticias cada vez más apremiantes sobre lo que pensó era la versión americana del yeti. Desde entonces ha recorrido más de 200.000 kilómetros en auto a través de los Estados del oeste de América del Norte, ha escalado decenas de montañas acampando en el hielo y pasando días enteros con los ojos pegados al largavistas, interrogó a centenares de personas y examinó todas las posibles pruebas. Durante ocho días anduvo a la deriva en la niebla en un pequeño barco con el que estaba atravesando solo el estrecho de las Islas Queen Charlotte, al norte de Vancouver Island, para buscar la confirmación de la habilidad natatoria del Sasquatch luego de un excepcional avistamiento por esos lugares. Salvado por la Guardia Costera en una ensenada salvaje después de haber agotado desde hacía cinco el alimento, pudo sin embargo asegurar que es posible encontrar alimento suficiente aun donde los científicos afirman que no hay nada que asegure la supervivencia humana.

Yeti contra Sasquatch

Rico en experiencias, ahora Peter Byrne puede trazar autorizadamente su *identikit* comparativo yeti-Sasquatch basado en testimonios de decenas de personas absolutamente atendibles y controlables, entre ellos un geólogo, dos médicos, un sacerdote misionero, un marino, un constructor de diques, un capitán de mar, un director de coro parroquial; o sea, gente muy diferente por temperamento y actitud.

Un cotejo en el cual el abominable asiático hace el papel de un pigmeo al lado del gigante norteamericano.

Pero continúan siendo discursos, así como la especulación sobre el peso, las medidas y todo el resto. Lo importante, ahora más que nunca, es capturar un ejemplar para poner delante de los escépticos y de los académicos que se tapan ojos y orejas. Byrne confía en la electrónica: es una idea fascinante. Se trata de colocar en las zonas de búsqueda una red de sensores térmicos del tipo usado por los servicios forestales norteamericanos para descubrir los incendios en los bosques. Estos aparatos, instalados en el suelo, señalan cada variación de temperatura, aunque sea muy pequeña. Por lo tanto, podrían reaccionar instantáneamente también al calor corpóreo de un Sasquatch que pasase cerca, señalando electrónicamente la posición y permitiendo a un helicóptero siempre alerta, llegar a tiempo para sacar fotografías desde lo alto y orientar la búsqueda de tierra.

Entretanto, Peter Byrne sigue de guardia en su roulotte en espera de una alarma que puede llegar de las Rocosas como de la Costa, de una de las islas del Estrecho de Georgia o de un pueblo de nombre desconocido pero que mañana podría entrar para siempre en los libros de ciencia: la radio receptora-transmisora, los binóculos, los teleobjetivos. Y, más al alcance de la mano que cualquier otra cosa, el fusil cargado con tranquilizantes.

V. EL AÑO DEL SASQUATCH

Además están los cazadores de domingo, los diletantes animados sobre todo por el deseo de capturar un Sasquatch vivo haciéndolo caer en una trampa, que no se plantean el problema legal y moral que implicaría la muerte de una caza aún no muy bien definida. Se han experimentado desde los panes rellenos hasta la tostada con queso, hasta los huevos fritos, delicias esparcidas por todas partes por el bosque, en los setos, bajo los árboles o bien a la vista en invitadoras bandejas de colores vivos acomodadas en umbrosas hendiduras muy adecuadas para el picnic. Expedientes ingeniosos e ingenuos, grotescos y complicados. Y en cualquier lugar que haya una trampa y un cebo cercano también hay en acecho una máquina fotográfica pronta a disparar cuando el Sasquatch, comiendo, tire del hilo que une al obturador.

En algunos períodos de safaris permanentes, cuando el arisco habitante de los bosques ha dejado una huella particularmente interesante y fresca de su presencia, hay que estar muy atento en no terminar en una de esas trampas, para no poner en funcionamiento baterías de máquinas fotográficas colgadas de las ramas, escondidas en viejos troncos, mezcladas con las hojas. Y hay algunos que no dudan, si consideran la situación muy divertida, en sacar la película calladamente para utilizarla luego con fines menos peregrinos.

Fotografiado

En realidad cuando el Sasquatch ha sido fotografiado siempre se trató de un caso que sorprendió al fotógrafo sin estar preparado. Como el de Bellingham (Washington) que mientras andaba por el bosque en los alrededores del Club Lake topó con un Sasquatch que salía de unas matas: inmediatamente tomó una foto en colores, pero con la excitación del momento no tuvo tiempo de regular el foco, y dio como resultado

una imagen confusa con vagos contornos simiescos. Esto sucedió en el verano de 1970, al este de Darrington. En el mismo año, el 19 de octubre, el texano Alien Plaster, de Fort Worth, sacó una foto con flash a un «gigante blanco» agachado en un campo cercano a Lake Worth, en Texas. Resultado: como de costumbre, sólo una silueta indescifrable.

Más afortunado fue Robert James Jr. de Tuolumne City y Leroy Larwick de Twaine Hartem los dos californianos, que mientras volaban a baja altura con su avión al norte de Yosemite Park percibieron a una extraña criatura con una piel marrón. Bajaron aún más para hacer una fotografía en la que también salieron las huellas en la nieve (era el 6 de enero de 1968).

Otras fotos aéreas en colores las sacaron el 28 de febrero de 1963 Lennart Strand y Alden Hoover, también californianos, vecinos de Sonora. Cuando aterrizaron estaban muy electrizados y contaron que habían hecho dos pasadas a vuelo rasante para observar mejor una «criatura de color marrón canela, mitad gorila y mitad oso»; estatura evaluada en unos tres metros; pero las fotos resultaron demasiado confusas para ser útiles para una perfecta identificación.

El 7 de diciembre de 1965 el periódico *The San Francisco Chronicle* publicaba una extraña noticia:

«Un rollo de fotografías un poco confusas de algo que debería ser el monstruo mitad hombre y mitad animal localizado en el bosque noroeste, fue descubierto ayer en un negocio de artículos fotográficos de San Francisco. Si estas fotos fueran auténticas serían las únicas que se hayan sacado de la gigantesca criatura similar a un simio cuyos gritos horrorizantes han aterrado a decenas de excursionistas desde la Sierra de California hasta los bosques del estado de Washington.

Esas fotos las llevó a revelar hace más de cinco años un hombre anciano que tenía el aspecto de un leñador. Este hombre contó una historia increíble:

Parece que fue seguido por un monstruo peludo en los bosques de Three Sisters, en Oregón central. Dijo que se llamaba Zack Hamilton. Pero no volvió a buscar las fotos reveladas.

Dick Russell, vicedirector del negocio Brooks Cameras (en Kearny Street N.° 45) dijo que un artículo publicado en el «Chronicle» de la semana pasada a propósito de la actual caza al hombre-simio le hizo recordar el extraño relato de ese viejo leñador y las fotos que nunca había ido a buscar.

Russell precisó que esas fotografías le cayeron bajo la vista hace unos tres años y que se le había puesto carne de gallina cuando se dio cuenta que eran las que el viejo dijo que había sacado en el *brush.* "Nunca vi nada similar", comentó más bien impactado».

A escopetazos.

Al grupo de cazadores-fotógrafos es presumible que corresponda un pequeño ejército de cazadores-cazadores, o gente que no se movería de casa expresamente para ir a buscar un Sasquatch pero que estaría dispuesta a utilizar el fusil si se topase con una bestia peluda con intenciones no muy claras. Existen, en realidad, algunas noticias de Sasquatch tomado a escopetazos pero en casi toda su verosimilitud no ha sido nunca satisfactoriamente explicada.

El historiador Bruce McKelvie relata uno de estos episodios en el que habla de un amigo que habría matado un Sasquatch en la Columbia Británica a comienzos de 1900.

En la misma época un tal Cliff Kopas, propietario de un negocio de Bella Coola —un pueblo al norte de la Columbia Británica— supo que un indio de Kiti- mat Village había disparado contra un Sasquatch: la criatura cayó a tierra, pero cuando el indio volvió con algunos amigos que iban a ayudarlo a transportar el Sasquatch, no lo encontró.

El 10 de junio de 1970, mientras algunos jóvenes se bañaban en un estanque en las afueras de Yakima, en el estado de Washington, se dieron cuenta de que «una altísima y maciza criatura» los estaba observando desde arriba de una roca. Uno aferró el fusil que tenía en la orilla y disparó: era un calibre 22, pero la «criatura» no se movió ni un milímetro. Fueron ellos los que escaparon asustados y mojados.

Es evidente que el Sasquatch no es una presa fácil. Pero si de veras es un blanco —y no una idea— el riesgo de que antes o después suceda una «desgracia» no se menosprecia. En efecto:

Ordenanza n.° 69-01

«El Consejo del condado de Skamania, en el estado de Washington, dispone y ordena lo que sigue:

Admitida la existencia de pruebas que indican la posible presencia en el condado de Skamania de un mamífero nocturno del orden de los primates diferentemente descrito como criatura similar a un simio o a una subespecie de *Homo sapiens.*

Tomando en cuenta que tanto los relatos, las huellas como los supuestos avistamientos parecen confirmar esta posibilidad,

Tomada nota además que esta criatura es común y generalmente conocida con los nombres de *Sasquatch, Yeti, Bigfoot o Simio peludo,*

Aceptado que la publicidad consiguiente a estos reales o supuestos avistamientos provocó una afluencia de científicos, investigadores y cazadores ocasionales, muchos equipados con armas letales,

Y ya que la ausencia de leyes específicas que regulan la captura y muerte de ejemplares como el especificado alienta el uso fácil e irresponsable de armas de fuego y de otros instrumentos mortales y constituye una clara y constante amenaza para la seguridad y el bienestar de las personas que viven o se trasladan dentro de los confines de la Comarca de Skamania y también para las susodichas criaturas,

Considerando todo esto se decide que cualquier muerte premeditada, voluntaria o no justificada de tales criaturas, sea considerada una contravención punible con una multa de hasta 10.000 (diez mil) dólares y (o) con la reclusión en la prisión del condado por un período de hasta cinco años.

Se establece además que la situación constituye un estado de emergencia y por lo tanto la presente ordenanza es inmediatamente operante.

Decidido y suscrito el 1 de abril de 1969 por el Consejo del condado de Skamania, presidente Conrad Lundy Jr. — Aprobado: Robert K. Leick, ministerio público.»

A nadie se le ocurre que este singular documento pueda ser una broma de inocentes. Y efectivamente no lo era y reflejaba, por el contrario, el estado de ánimo de las poblaciones del Oeste de América del Norte a comienzos de 1969 año que se recordaría como el *Biggest year* del Sasquatch (1967 había sido su *Big year).*

Es verdad que —como observó alguien— los consejeros de Skamania amenazaban con esas severísimas sanciones para proteger algo que, en rigor, podía no existir directamente, pero también es ver dad que la ordenanza debía estar determinada por una situación de hecho que la justificaba. Ahora bien, ¿qué había sucedido para llevar a las autoridades del condado a hacerles desafiar el ridículo?

Sucesos en Skamania

Skamania County se encuentra en una región montañosa y más bien inaccesible del Estado de Washington. La zona es muy rica en cavernas naturales, en parte de naturaleza volcánica, indicada ya por los primeros habitantes con el nombre de «Cavernas de los simios» así como también «Garganta de los simios» (Ape Canyon) se llama una localidad boscosa cercana a las pendientes del Monte Santa Elena. Los cinco o seis mil habitantes del condado viven en las dos ciudades de Stevenson y North Bonneville sobre el río Columbia que separa el Estado de Washington del de Oregón. Un punto minúsculo en el mapa del Oeste norteamericano, una comunidad ignorada entre los montes de las cadenas Costeras y Cascadas. Tan es así que alguien insinuó la sospecha de que la valorización del providencial Sasquatch sirviera como promoción para llamar la atención y atraer el turismo.

La historia, sin embargo, empezó con un madrugón, cuando un tal Don Cox salió de su casa en auto para ir a pescar salmones al río Columbia y vio la calle obstruida por algo que en la neblina primero creyó un árbol y luego, al acercarse con las luces largas, reconoció como «una forma humana revestida de piel pero con cabeza de simio». La «cosa» atravesó la calle, saltó ágilmente en un terreno más bien ríspido y desapareció entre la vegetación.

Impresionado, lógicamente, Don Cox se precipitó a North Bonneville donde trató de reanimarse con un café caliente en el bar que acababa de abrir, mientras la camarera avisaba a la oficina del sheriff. La encuesta se confió al vicesheriff John Masón que encontró en el lugar huellas no definibles del salto.

Publicado en el semanario local —el *Pioneer*— el «incidente» ocurrido al pescador matinal fue reproducido por otros periódicos y esto bastó para desencadenar la búsqueda en la zona.

Había empezado la gran aventura de Skamania.

Cuatro días después, a unos treinta kilómetros del lugar de avistamiento de Cox, John Durrell y su mujer encontraron en la nieve de un campo cercano a su casa, algunas improntas de las que el sheriff Bill Closner sacó un molde en yeso de unos buenos 55 centímetros.

No pasó una semana —era en marzo— y se encontraron otras improntas gigantescas en la nieve cerca de Stevenson. Y además la señora Ellen Satterhwaite que volvía a su casa de noche, por un camino de campo, vio delante de su automóvil, «el torso peludo y las garras de una gigantesca criatura» pero no logró verle la cabeza porque en ese momento viajaba con las luces cortas.

Palabra de sheriff

El *Pioneer* de Skamania ahora tiraba ediciones extraordinarias. En la primera página apareció una fotografía del sheriff Bill Closner y de su ayudante que examinaban las copias de las monstruosas improntas: «Pienso que con esto pondremos fin a las risas», decía el epígrafe, que traía una declaración del mismo sheriff.

«Incidentes» y avistamientos continuaron, similares unos a otros, pero numerosos. La «extraña criatura» aparecía ahora cerca de las casas y un campesino contó que su perro guardián, un animal famoso y temido en el vecindario por su agresividad, vivía ahora detrás de la casa y temblaba como un conejo cuando en la noche se oían aullidos agudos que provenían de las colinas circundantes.

El de 1968-69 fue un invierno particularmente frío y muchos pensaron que lo que había expulsado al Sasquatch de las montañas había sido el frío, alejándolo de sus

zonas habituales empujado por el hambre. Puede ser una teoría verosímil. Lo cierto es que la propagación creciente del fenómeno Sasquatch empezó en los primeros meses de 1969 y continuó durante todo el año. Más que un imprevisto impulso social que pudiera haber asaltado al abominable norteamericano haciéndole dejar de lado la celosa esquivez manifestada hasta entonces, más razonable sería pensar en una imprevista psicosis del monstruo aguzada por un mecanismo inconsciente pero análogo a la progresión geométrica, por las mismas noticias de avistamientos y huellas encontradas en el suelo.

El control de estas noticias que se superponían, provenientes de las zonas más lejanas y no sólo del West, sino también de las praderas canadienses, de la provincia de Alberta, del sur como Missuri y Arkansas, hasta el extremo norte de Alaska, se hizo cada vez más arduo. Por eso se da por descontado que más de un episodio pueda haber sido exagerado o directamente dado por verdades aunque fuera con cierta aproximación. Al respecto debe recordarse un caso singular: singular antes que nada porque contradice toda teoría sobre el comportamiento del Sasquatch basada en la experiencia de centenares de testimonios; en particular porque atribuye al abominable algo abominable más de lo justo sexualmente hablando; tanto que hace rechazar la historia como poco creíble. Pero no se puede dejar de referirla a título de crónica y como ejemplo de exasperación publicitaria. Éstos son los hechos.

Violentada por él monstruo

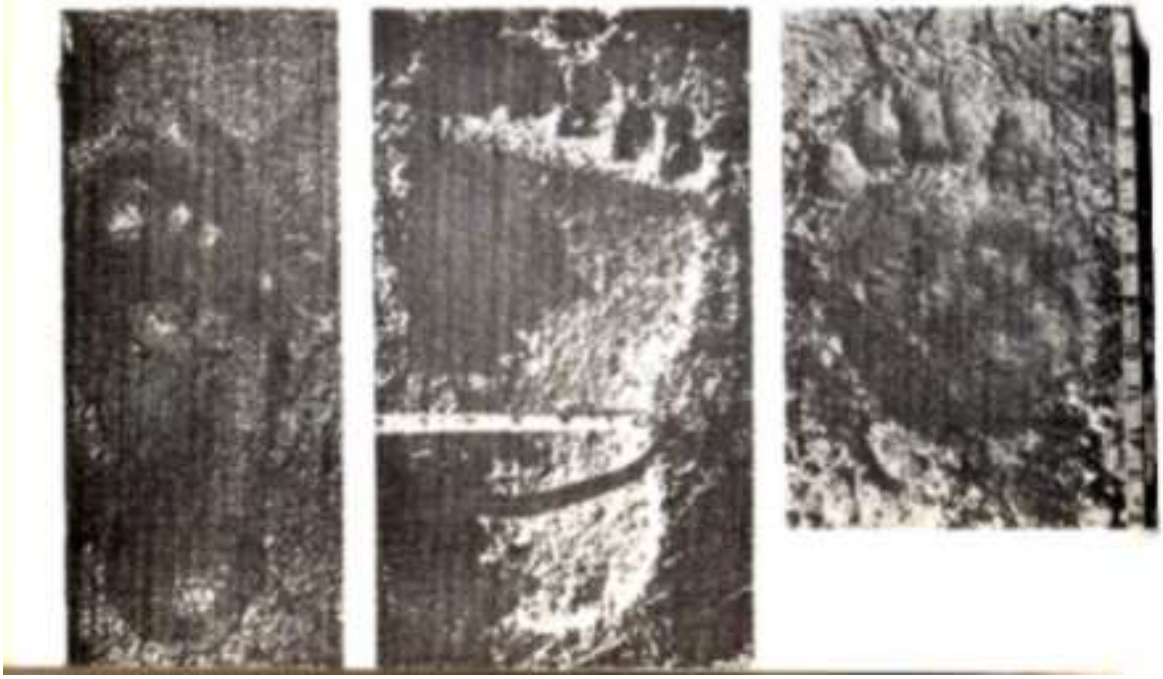
El 30 de junio de 1969 el «National Bulletin» salía con esta clamorosa declaración en primera página: «FUI VIOLADA POR EL ABOMINABLE HOMBRE DE LAS NIEVES». Un título que provocaba sensación y que, evidentemente, no hubiera hecho el mismo efecto si el violador se hubiera llamado Sasquatch o Bigfoot: hombre abominable ya es toda una cuestión. De todas maneras.

Una joven solitaria, una tal Helen Westring, estaba tranquilamente cazando en el bosque de Bemidij, en Minnesota, cuando topó con este «abominable hombre de las nieves» los rasgos del cual no se apartan del *identikit* tradicional, excepción hecha de los ojos rojos rodeados de pelos blancos, en este caso elemento inédito.

El abominable hombre de las Rocosas tiene un precedente en la representación mítica de la "Dsonoqua" o mujer caníbal esculpida en los totems de los indios kwakiutl a lo largo de las costas del Pacífico. Aquí vemos una interpretación en Alert Bay.

"EL leñador Albert Ostman contó bajo juramento haber sido raptado por un Sasquatch y mantenido prisionero durante seis días"

De izquierda a derecha: impronta de hombre, de Sasquatch y de osos, fotografiadas a escala . Las diferencias son evidentes



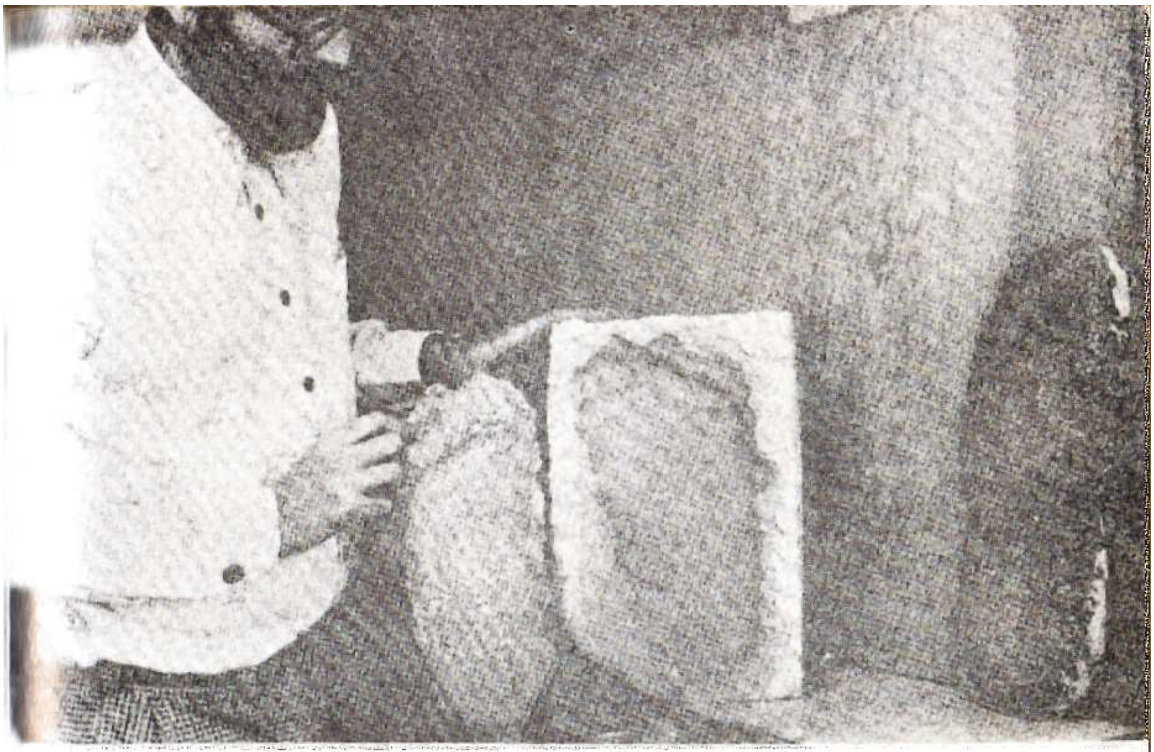
Pie humano (zapato número 45) comparado con un pie Sasquatch reproducido en un calco (43 cm).

Cómo encontrar un Sasquatch: "Tengan los ojos abiertos", aconseja un opúsculo turístico de Harrison Hot Springs, la pequeña ciudad termal que está en el centro de una de las zonas más frecuentadas por el abominable canadiense.

John Green, el más notorio de los cazadores de Sasquatch con algunos moldes de improntas del abominable. A sus espaldas puede entreverse un mapa del noroeste de América del Norte en el que se van marcando los avistamientos.

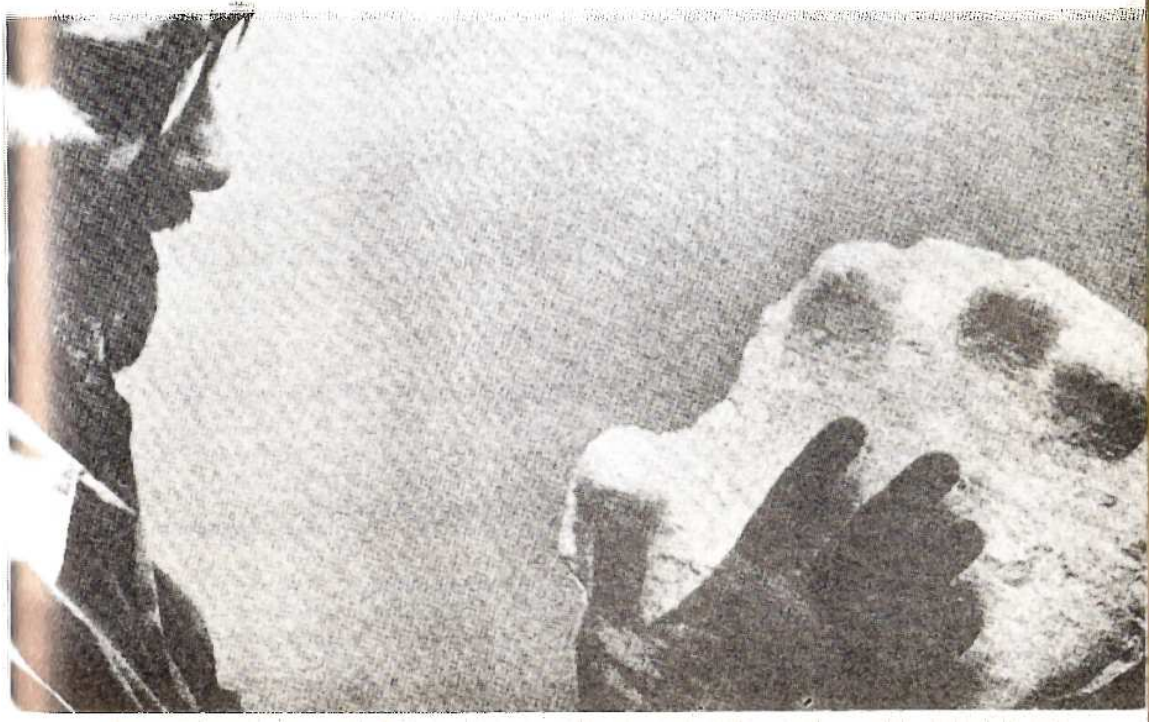
Peter Byrne, cazador profesional de monstruos ha sobrevivido a tres expediciones en el Himalaya en busca del yeti; tiene su cuartel general en The Dalles en el estado de Oregón. Se propone capturar el Sasquatch disparándole tranquilizantes.

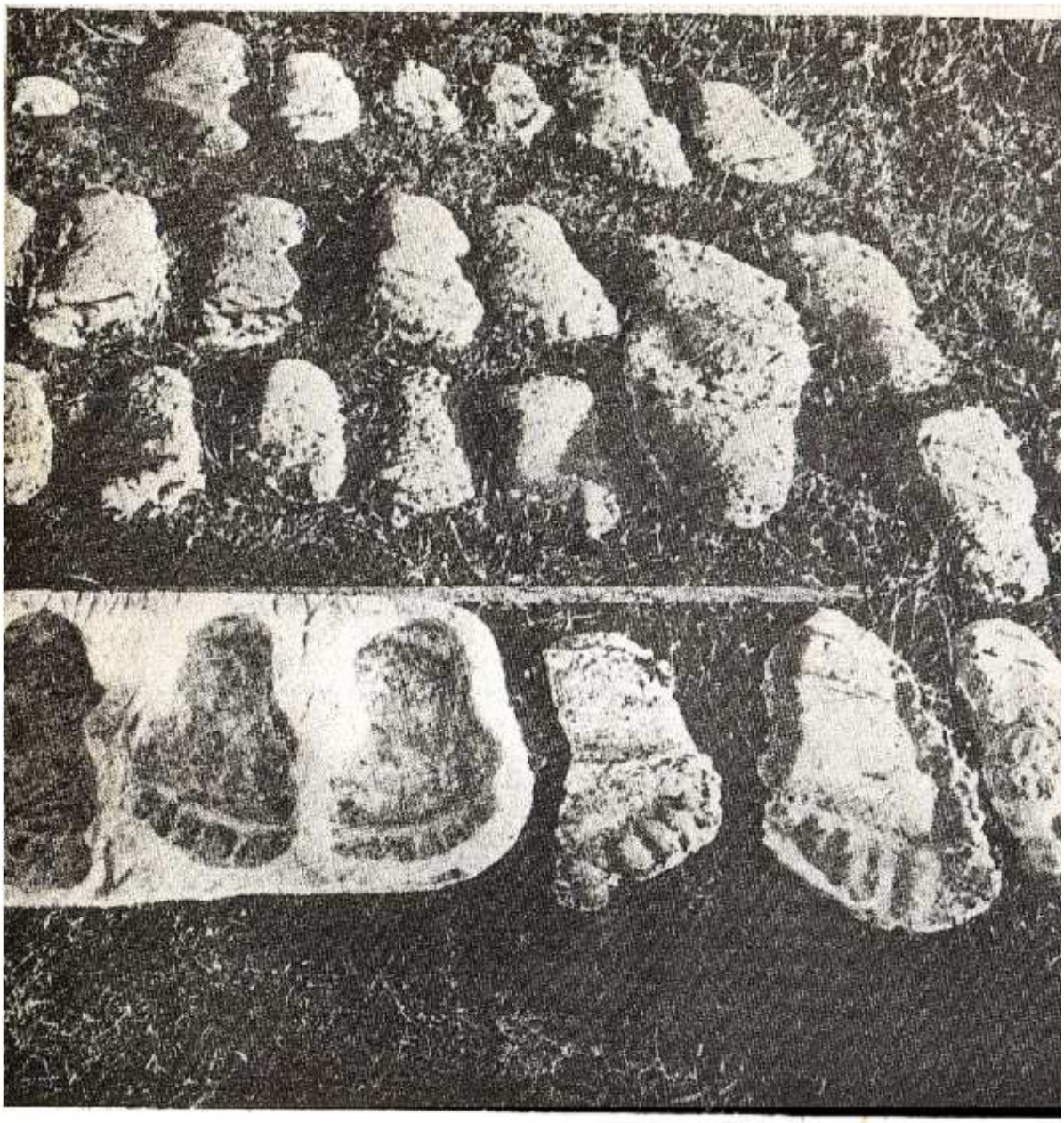
René Dahinden forma parte de las primeras patrullas que desde hace años rastrean al Sasquatch a través del Far West canadiense-norteamericano. El gigantesco abominable que tiene de la mano es una escultura en madera hecha por otro "cazador", Jim McClarin, para la ciudad de Willow Creek (California).



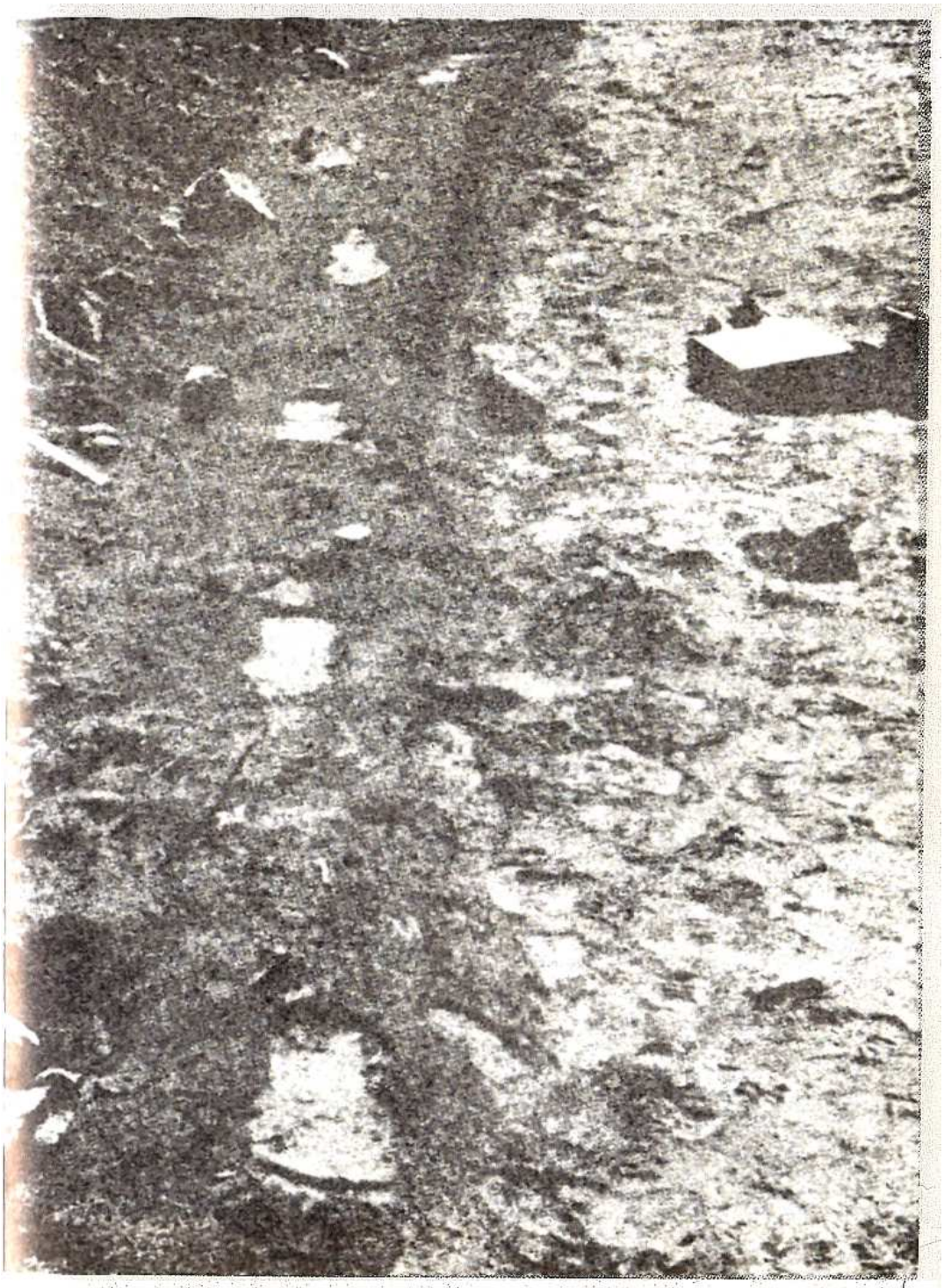
El doctor Grant Keddie arqueólogo del museo de la Columbia Británica en Victoria, muestra dos diferentes medidas de improntas descubiertas en California.

El doctor Grover Krantz, antropólogo de la Washington State University, compara su mano con un molde de la huella atribuida al Sasquatch.





Serie de improntas en yeso secadas por John Green. Las medidas están comprendidas entre los 28 cm. y los 40,5. La pequeña, arriba a la izquierda, es de oso.



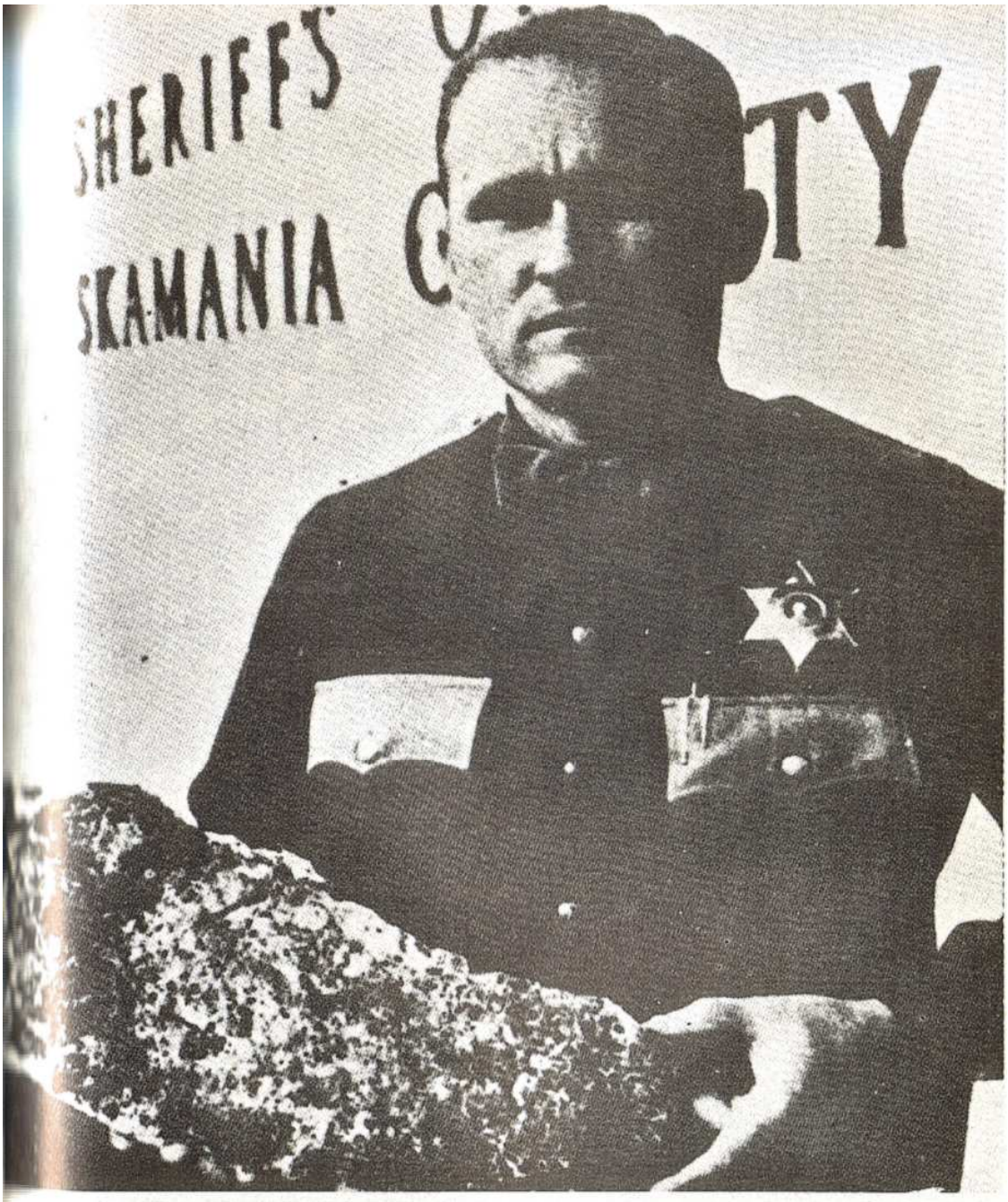
Secuencia fotográfica en la Blue Creek Mountain (California) durante un excepcional hallazgo de improntas el 31 de agosto de 1967:

Las enormes huellas de la criatura desconocida son evidentes en el polvo al lado del camino como fueron encontradas por Bud Ryerson, un constructor de Eureka.

Primer plano de una impronta de las más convincentes: mide 33 cm. y muestra claramente la marca redonda del dedo, la ausencia de arco plantal y la presión más acentuada en relación con el talón. Nótese la huella de la doble almohadilla en la base del dedo grande, probablemente a causa de una división del metatarso en función del notable peso corpóreo que debe soportar. A pesar de la aparente semejanza con un pie humano agrandado, un examen más atento de la impronta denuncia bastantes diferencias: y justamente gracias a estos detalles se puede llegar a la imagen y a la estructura física —peso y estatura— de la criatura que la dejó, mediante un estudio analítico de las modificaciones que el peso puede determinar en un pie de forma humana.

El antropólogo canadiense don Abbott empieza el tratamiento de una impronta "fijándola" con cola en spray.

Don Abbott aísla el terreno alrededor de la impronta después de haberlo reforzado con cola y yute.



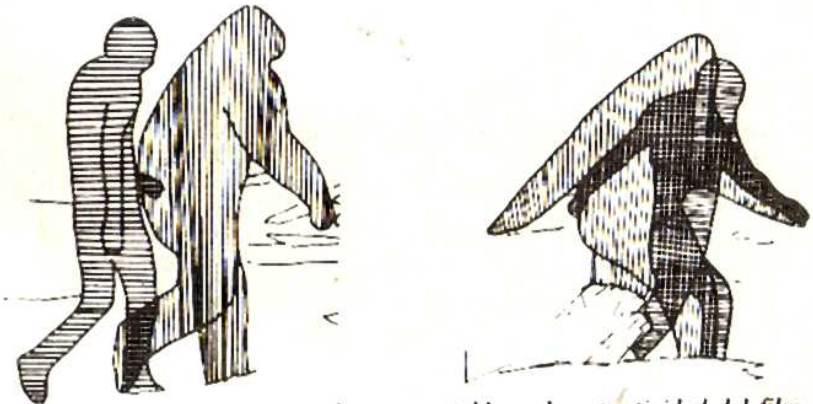
El sheriff Bill Closner del condado de Skamania (estado de Washington) dirigió una encuesta sobre ciertas criaturas humanoides aparecidas en la zona y personalmente sacó los moldes de improntas gigantescas encontradas en los lugares de los avistamientos. El calco que tiene en la mano mide más de 55 cm de largo y en su punto máximo tiene un ancho de 19 cm.

La huella del abominable (pagina anterior) finalmente está lista para ser levantada con el bloque de tierra de alrededor. Será examinada en el laboratorio. (fotografías cedidas por el B. C. Provincial Museum de Victoria Canada)

En esta casilla de madera en el campo de Ruby Creek (Columbia Británica) no vive nadie desde 1941, cuando la familia Chapman huyó aterrorizada después de la visita de una criatura peluda de caracteres humanoides: es uno de los casos más singulares del fenómeno Sasquatch.

Una imagen del clamoroso truco que engañó a algunos notorios científicos. La fotografía obtenida por el zoólogo Bernard Heuvelmans, representa a la "misteriosa criatura" que según el norteamericano Frank Hansen había sido encontrada en un bloque de hielo flotando a la deriva a la altura de Siberia, y resulta poco descifrable a causa del espesor del hielo.

Un fotograma sacado del film de Roger Patterson obtenido en 1967 en Bluff Creek (California).



Entre los numerosos controles para establecer la autenticidad del film de Roger Patterson uno en particular fue hecho por John Green. Al volver, algún tiempo después, al lugar, en Bluff Creek aun encontró visibles las huellas del humanoide y usando algunas diapositivas extraidas del mismo film pudo localizar el punto exacto de las tomas. Green descubrió que Patterson debió haber filmado casi toda la secuencia arrodillado o en cuclillas y por lo tanto reconstruyó y filmó de nuevo la misma escena con un objetivo idéntico utilizando a Jim McClarin (otro cazador de Sasquatch) como contrafigura del abominable.

Estos dos dibujos (publicados por el mismo Green en On the track of the Sasquatch*) han sido hechos en transparencia sobre las diapositivas correspondientes sacadas de dos filmes con el fin de determinar la altura de la criatura. McClarin mide un metro noventa (con los zapatos) y pesa casi 82 kilos: es evidente que el Sasquatch del film debía medir más de 2,10 m y pesar muchísimo.*

Sin muchos cumplidos, el malintencionado aferró a la joven y empezó a sacarle la ropa «como quien pela un plátano». La examinó atentamente mostrando un especial interés por «la zona entre mis piernas» —textual declaración de la víctima— y finalmente, mostrando un absoluto desprecio por las buenas reglas de la galantería, la tumbó entre las hojas. Luego con una cierta impaciencia rabiosa mezclada con un lánguido abandono —admitiéndose que a los abominables se les puedan atribuir sentimientos de ese tipo— «hizo lo suyo bufando y gruñendo».

Por suerte —digamos así— la hermosa Helen había perdido el sentido casi en seguida. Lo recuperó justo y tan rápido como para aferrar el fusil y dispararle a la inmunda criatura, exactamente en el ojo derecho, un punto presumiblemente fatal para un monstruo.

Así, según la historia, terminó el abominable hombre de las nieves, precipitado en su merecida tumba de hielo —comentó irónicamente John Napier— «a manos de una simple muchacha norteamericana que vengó su propio honor en los bosques de Minnesota». Fue la primera y única vez que un Sasquatch osó estirar sus manazas sobre una mujer, al menos con propósitos abominables análogos a los usados por el ti-pejo de Minnesota.

Hay que decir que nunca nadie tomó en seria consideración la historia contada por Helen Westring y lanzada sensacionalmente por el periódico que la publicó^ Incongruencias científicas aparte, justamente el aspecto sexual de la aventura —aquel al que se confiaba todo el efecto del *scoop* periodístico— fue el que hizo sospechar, porque ahora parece confirmado el «bajo nivel» erótico del Sasquatch-Bigfoot. La violencia carnal, en suma, no formaría parte de su temperamento, como tampoco la agresividad hacia los humanos. También es posible que el rechazo de la escabrosa experiencia de Helen haya madurado antes que nada en un subconsciente profundamente puritano; el hecho es que el episodio quedó relegado entre los referidos en un contexto que examina las diferentes historias espurias que, ¡atención!, provienen casi siempre de Minnesota.

No quiere decir que todos reaccionen de la misma manera ante cosas generalmente consideradas increíbles o absurdas. Todos los elementos disponibles hacen pensar que

el abominable hombre de las nieves no está particularmente perturbado por los problemas del sexo, pero nada demuestra su insensibilidad al respecto. Los cazadores de monstruos, por cierto, no pueden permitirse descuidar ni la más remota posibilidad de captura aunque los medios a utilizar puedan parecer desleales o, como mínimo, poco elegantes. Así fue como alguien tuvo la idea de atraer al Sasquatch estimulándole el olfato, con el olor de mujer. Con sublime desprejuicio, Bob Titmus —el taxidermista que ya conocimos durante la expedición financiada por el millonario Slick— empezó a hacer acopio de compresas higiénicas, usadas, naturalmente.

Como podemos imaginar, el proyecto-cebo tuvo ribetes grotescos, con esa especie de Drácula furtivo que hacía fulminantes irrupciones en los baños públicos de mujeres, detrás de las estaciones de servicio, a lo largo de las autopistas, espiando los lugares de las posibles presas inocentes. Luego ordenaba los cebos, mientras estaban frescos, colgándolos de los árboles de la zona sospechosa, con la convicción de que el Sasquatch fuera lo suficientemente «refinado» de tomar la atrayente propuesta sin sospechar que era una trampa. Pero la estratagema erótica nunca tuvo éxito.

VI. ES MUJER EL ABOMINABLE HOMBRE DE LAS ROCOSAS

A esta altura debemos estar atentos para no repetir el error de los que continúan ocupándose del fenómeno Sasquatch desde un punto de vista unisex, o sino para acreditar la idea de un Sasquatch necesariamente masculino. La misma etiqueta de «abominable hombre de las nieves» puede desviar la atención sobre una abominable «mujer de las nieves». La imaginación popular, al igual que la mitología, en general no otorga más que un sexo a los monstruos, y éste es el sexo masculino. La confirmación puede encontrarse en el mismo caso de Loch Ness.

En realidad los avistamientos de Sasquatch femeninos no han sido tan frecuentes como los de los masculinos, pero tanto de la estadística de John Napier como de la de John Green (que empieza desde 1869) se puede establecer una media de alrededor de 2 mujeres *seguras* sobre 100 adultos observados. En otros casos, y son la mayoría, el sexo no se especifica, dadas también las condiciones emotivas del que se encuentra inesperadamente con algo inquietante y por cierto no está para perderse en detalles. Ya es demasiado si alguno, como Albert Ostman, puede dar ciertas informaciones lo suficientemente precisas sobre la hembra adulta que, entre los otros, tenía —son sus palabras— «caderas anchas y un caminar ondulante de oca». William Roe, por otra parte (testimonio del caso de Mica Mountain, véase este nombre), insiste en la modestísima prominencia de las caderas de «su» hembra: el contraste entre las dos versiones es tal vez más aparente que sustancial si se supone que la hembra de Roe fuera joven y por lo tanto aún inmadura para la procreación. Pero, entonces, ¿cómo explicar el pecho abundante que dice Roe haber notado?

Las diferencias y contradicciones en los testimonios por sí solas no pueden invalidar los hechos, si se piensa que la mayoría de las veces ni aun un trivial accidente callejero encuentra concordancia en los testimonios.

El sexo del yeti

Con respecto al yeti es aún peor, ya que de todos los avistamientos del abominable himalayo sólo uno (el de 1942) precisa el sexo femenino por deducción, según la altura menor de uno de los individuos encontrados en pareja en las montañas entre Bután y Sik- kim. Es apenas una señalización y además en el contexto dudoso de un resumen publicado por Svalomir Rawicz con el título *The Long Walk*, en el que el autor cuenta su fuga y la de sus compañeros, de un campo de concentración para prisioneros de guerra en Siberia y las peripecias a través de la zona himalaya para alcanzar la libertad en la India. Un relato que por muchos motivos es considerado más un trabajo de fantasía que otra cosa.

Según Napier la falta de detalles sobre el sexo del yeti podría atribuirse en gran parte a la reticencia de los sherpas en sus versiones oficiales. Justamente porque se trasladan más que nadie y por lo tanto tienen posibilidades mayores de observación, los sherpas son la fuente de información más rica sobre usos y costumbres del abominable himalayo. En privado —pareciera— su autocontrol (o la autocensura) es menor y no hay relato alrededor del fuego del campamento que no comprenda el detalle casi invariable de la hembra yeti que para correr con más agilidad se tira por sobre el hombro los senos que le cuelgan. Este detalle de los senos que cuelgan es también bastante común en los relatos de los indios kwakiutl, a la mitología de los cuales pertenece la *Dsonoqua.*

Una reticencia muy similar, por otra parte, en lo que concierne a los órganos del sexo la encontramos también en los testimonios de los avistamientos de Sasquatch. Para forzar a William Roe a detallar lo que tal vez consideraba escabroso, John Green le pidió que le hicera un dibujo de «su» mujer Sasquatch en lugar de describirla con palabras, pero él prefirió delegarlo en la hija (al final de cuentas era algo de mujeres) que lo hizo «al dictado».

Reticencia, de todas maneras, que concierne no sólo al sexo femenino sino también al masculino, si se piensa que en alrededor de 700 avistamientos desde el ochocientos hasta ahora sólo una vez —que yo sepa— se dieron detalles precisos y justamente fue Albert Ostman el que los dio cuando bajo juramento declaró que había tenido seis días de tiempo para observar a dos machos Sasquatch de cerca. Ostman informó que el Sasquatch adulto tenía un *penis very smaíl and discrete and harly discernible.*

Volviendo al Sasquatch hembra, sería oportuno recordar que la primera representación del abominable de las Rocosas es extrañamente femenina, la *Dsonoqua,* individualizada entre las figuras totémicas de los indios que aún tienen su asentamiento en las costas de la Columbia Británica. Y concierne a un indio, precisamente, el «caso» más singular de entre los que tienen como protagonista a una hembra Sasquatch.

Charlie Víctor vivía en la Reserva Skwah cerca de Chilliwack, o sea en la misma zona que John Green. el chófer de la «Pacific Stage Lines» que en noviembre de 1962 mientras volvía del trabajo encontró a un Sasquatch. El «incidente» del «viejo Charlie» es de 1914, pero cuando la revista «Mac Lean's» en abril de 1929 le dedicó dos páginas ilustradas, pocos estaban dispuestos a darle crédito, tanto que la única huella del caso está en *File* de John Green. Aunque no fuera según los cánones de la lengua no escrita, los nativos transforman cada vez, según sea la inspiración personal, la crónica en fantasía y viceversa haciendo más difícil la separación de la fábula de la realidad.

El indio y la hembra Sasquatch

Charlie Víctor era conocido como uno de los fusiles más veloces de la Columbia Británica: esto antes del «incidente» que lo señaló para toda su vida futura. Su memoria sin embargo, permaneció lúcida, la mirada viva y la expresión serena y un poco irónica. Charlie era un simpático viejo indio con una gran cantidad de recuerdos aventureros bajo ese sombrero a lo Lobbia que no abandonaba ni para dormir.

«Había salido de caza a los montes cercanos a Hat- zic llevando el perro. Cuando llegué a la meseta en medio de la que crecen algunos cedros grandes, el perro se detuvo debajo de uno de esos árboles y sin motivo, al menos para mí, se puso a ladrar

y a gruñir. Miré para ver qué lo agitaba y vi un cubil grande en el tronco a la altura de un par de metros de la tierra. El perro, mientras tanto, tomaba impulso y trataba de llegar hasta el agujero mientras raspaba la corteza. Parecía pedirme que lo ayudara. Lo levanté hasta la madriguera y se metió adentro.

Pasó un segundo y oí un lamento sofocado. «¡Qué bien! Mi animal ha atrapado a un pequeño oso», pensé contento. Con el fusil preparado llamé entonces al perro incitándolo a que empujara al oso hacia afuera. Y de la madriguera salió algo que tuve la impresión era un oso. No me puse a reflexionar y en seguida disparé. Cayó con un golpe sordo.

«¡Ojalá me muriera! ¡Lo he matado! », Pensé en seguida, dándome cuenta de que le había disparado a un niño blanco. Estaba completamente desnudo y podía tener entre 12 y 14 años de edad. Estaba extendido en la hierba y sangraba. Como si estuviera muerto. Pero cuando me acerqué lanzó un grito; parecía una llamada, como si pidiese ayuda. Desde lejos, desde el otro lado de la montaña, le contestó otro grito similar, como un eco. La voz se acercaba cada vez más mientras el muchacho seguía repitiendo su llamada, probablemente para indicar la dirección.

No había pasado ni media hora cuando del bosque que costeaba el claro salió un ser increíble. Tomé el fusil pero no hubiera tenido el valor de disparar. Sólo quería estar listo para defenderme en caso de necesidad. Esa criatura era totalmente peluda y se dirigía hacia mí sin la mínima duda y sin miedo. La podía ver muy bien. Era una hembra. Tenía el rostro casi negro y los cabellos largos y lacios que le llegaban hasta abajo de la cintura. Medía más o menos un metro ochenta, pero el tórax y los hombros eran mucho más anchos que los de una criatura humana.

En mi vida había encontrado muchos tipos selváticos cuando andaba por el monte, pero ninguno como esta criatura que de verdad me daba miedo. Cuando era joven, más de una vez, y no es para vanagloriarme, me encontré ante la necesidad de estrangular un oso con mis manos, o él o yo, pero estoy seguro de que si ese ser peludo me hubiera puesto la mano encima no me habría quedado un hueso sano.

Le echó una ojeada rápida al muchacho inmóvil en el suelo y su expresión se volvió feroz cuando se dio cuenta de que perdía sangre y se lamentaba con una voz

debilitada. Entonces se volvió hacia mí como si quisiera saltarme encima y hablando en el dialecto de los indios douglas dijo: —Has herido a mi amigo.

Yo soy a medias un douglas y por eso traté de explicarle en el mismo dialecto que lo había confundido con un oso:

—Lo lamento —repetía—, lo lamento. Pero ella no contestó e inició una especie de danza salvaje alrededor del muchacho acompañándose con una cantinela en voz alta y aguda, durante un par de minutos. Desde lejos, una voz con la misma tonalidad, contestaba desde el bosque.

Esa criatura peluda tenía en la mano algo que se asemejaba a una serpiente de un par de metros. Luego lo pensé y me convencí de que debían ser los intestinos de algún animal que había matado. Fuera lo que fuese, de todas maneras, lo golpeaba continuamente contra la tierra, con rabia.

Luego levantó al muchacho, con una sola mano, como si fuese un muñeco de cera.

Ahora bien, cada vez que cuento esto que me sucedió, nadie quiere creerlo. Y sin embargo, es exactamente lo que me sucedió.

En sus ojos había desconfianza y amenaza al mismo tiempo; una expresión terrible, inolvidable. Por segunda vez volvió a hablarme y lo que me dijo me aterrorizó. Me apuntó con esa especie de serpiente y me dijo como si hablase entre dientes:

—Siwash, nunca volverás a matar un oso en tu vida.»

El viejo Charlie, a esta altura, era sacudido por una conmoción. Bajaba la cabeza y se quedaba pensativo. A sus pies estaba el fiel perro que había afrontado petulante osos en los bosques de alrededor de Hatzic: ahora estaba allí, tembloroso, ya no tenía ni fuerzas para mover la cola, no se apartaba de los pies del viejo Charlie.

«Me pareció como si me hubieran vaciado por dentro sacándome el corazón, el hígado y todo lo demás. Sentí que el fusil se me caía de las manos. Cuando me di cuenta ya estaba en el suelo y supe que no podía inclinarme y recogerlo. Pero esa criatura salvaje ni me rozó.

Sucedió hace quince años y ahora estoy aquí y no puedo moverme. Esa mujer salvaje tiene algo que ver con esto.»

Una imprevista parálisis afectó al viejo indio y lo tenía clavado desde hacía años entre los brazos de una banqueta de cedro. De vez en cuando llegaba alguien que venía a propósito desde Vancouver para oírlo contar su aventura con la mujer Sasquatch, y cada vez volvía a sentir la misma emoción, el mismo terror.

«Los indios —explicaba— siempre supieron que entre estas montañas viven hombres salvajes, pero yo nunca los había visto antes. Esa criatura que me habló debía saber por fuerza cómo tratar a los indios porque hablaba el dialecto douglas. El muchacho era diferente. Seguro no pertenecía al pueblo de los Sasquatch porque era completamente blanco y ella lo llamó "mi amigo". Tal vez lo había sacado o robado de algún pueblo o de alguna casa aislada.»

Una vez más mujer

En diciembre de 1968 se produjo un avistamiento bastante singular de Sasquatch hembra. Singular y probablemente único, dado que concierne a dos mujeres vistas juntas. Estaban tranquilamente dormidas en la nieve, una al lado de la otra, en Clackmas Valley, que se encuentra en el Estado norteamericano de Oregón. Lo contó el leñador Millie Kiggins de Estacada, que pudo mirar durante un par de horas a las dos «brutas dormidas en el bosque». Pero desgraciadamente los leñadores no llevan máquinas fotográficas cuando van a trabajar.

Poco tiempo antes, en junio del mismo año, se veía a otra hembra en Idaho (EE.UU.) que confina al norte con la Columbia Británica en correspondencia con una zona montañosa preludio de las Rocosas canadienses. Un guardián nocturno contó que la había encontrado dentro de un viejo molino al norte de Oro fino: medía más de un metro ochenta y estaba toda recubierta de pelo negro y brillante excepto en la cara, las manos y la zona de los pezones que parecían emerger del pecho muy amplio. La piel visible era rosàcea, los ojos grandes y rojizos, la mirada feroz. Tenía una estructura maciza y los brazos muy largos. Caminaba erguida, bastante armoniosamente, y había dejado un «olor terrible».

Un olor terrible

Ese terrible olor era algo diferente del reconocido olor animal. Pareciera ser el mismo que se encuentra en los *Alma* masculinos y femeninos, los humanoides señalados en las zonas del Cáucaso y del Pamir, que se diferencian tanto del yeti como del Sasquatch por una mayor prevalencia de caracteres propios del hombre salvaje. Para el Sasquatch, en particular, ese terrible olor que hace temblar de miedo a los más agresivos perros de caza o los vuelve histéricos, parece casi una característica obligada: un Sasquatch que no oliese, más bien, resultaría sospechoso.

Es un olor descrito como «muy fuerte y persistente». Un tal Lawrence Hopkins, habitante de Klemtu en la Columbia Británica, contó que mientras estaba sentado a orillas, del mar esperando a algunos amigos que debían recogerlo en un barco, de improviso sintió en el aire un terrible olor que lo hizo darse vuelta justo para ver a una bestia, «pero una verdadera bestia», que salía de las matas, atravesaba la playa y se largaba nadando hasta alcanzar un islote.

Una mujer, vecina de Wilsonville en Oregón, había ido al fondo de su campo por unos extraños rumores. Llegó a la división de alambre y se inclinó para pasar por debajo cuando se sintió aferrada como si fuera una pluma y arrojada más allá del límite. El marido que acudió al grito aterrorizado de la mujer, la encontró en medio de una mata de cardos, unos cuatro metros más allá de la división. Le contó que sólo había visto una mano humana enorme, peluda, menos en la palma, y un brazo todo cubierto de espeso pelo oscuro. A pesar del miedo que casi le había hecho perder el sentido, se sintió impactada por un olor terrible, un olor salvaje. El marido pudo comprobar que la casaca de lana de la mujer tenía un olor muy fuerte que no se fue hasta el día siguiente. Esto sucedió el 29 de agosto de 1970.

Abominable respetuoso

Olor bestial aparte, el caso de la mujer de Wilsonville se presta a una breve observación. En líneas generales, en todas las historias del Sasquatch el contacto físico con los humanos es raro y dudoso tanto más porque siempre corresponde a mujeres y los «casos» que se citan hacen sospechar un poco sobre la emotividad y aun sobre cierta reacción histérica de los sujetos.

Y también es más especial que frente a un «monstruo» al que se le atribuyen aspectos inquietantes, temperamento salvaje, fuerza sobrehumana y todos los caracteres accesorios que en el mito, la leyenda y el folklore hacen de una criatura un monstruo, es extraño, decía, la preocupación por crearle una fama al final de cuentas bonachona. Contrariamente al monstruo de la leyenda que siempre es sanguinario, monstruo-monstruo, o sea (piénsese en la fama canibalesca del prototipo *Dsonoqua),* el Sasquatch de la crónica tiene la reputación de gigante —horrible, asocial, todo lo maloliente que se quiera— fundamentalmente bueno, «humanizado». Las ocasiones de matar o de dar una sacudida a más de un cazador de monstruos demasiado osado, por cierto no le han faltado, pero no traicionó su fama de bruto bueno, de monstruo que se ocupa de sus cosas, de sostenedor animal del vivir y dejar vivir.

En su largo curriculum abominable los episodios de violencia a los humanos se cuentan realmente con pocos dedos, y en absoluto son probados; sin embargo, las víctimas de ciertos incidentes —gente desaparecida en los montes o encontrada muerta en el bosque— no pueden cargarse con seguridad sobre la conciencia no necesariamente peluda del Sasquatch.

El abominable abominable

El primer informe anti-Sasquatch, pero de oídas, es de 1847. En el diario del pintor viajante Paul Kane, titulado *Wanderings of an Artist* (publicado en 1925), se lee el día 26 de marzo:

«Cuando llegamos a las bocas del río Kattlepoutal, a veintiséis millas de Fort Vancouver (Estado de Washington), me detuve para realizar un dibujo del volcán, el monte St. Helen, a una distancia creo de 30 a 40 millas. La montaña nunca ha sido explorada ni por blancos ni por indios. Estos últimos afirman más bien que la zona está habitada por criaturas de una especie diferente de la nuestra, son caníbales y los indios parecen aterrorizados por ellos.

Esta convicción deriva de una vieja historia que se cuenta sobre alguien que fue a la montaña junto con un amigo y que pudo huir al mísero destino del otro que había sido comido por esos *skoocooms* o genios del mal. Hizo correr la voz de que ofrecía una

buena recompensa a cualquier indio que aceptase acompañarlo a la montaña, pero no encontró ni uno que tuviese suficiente coraje para intentar la aventura.»

Puede resultar curioso observar cómo exactamente en el mismo monte St. Helen los avistamientos y los hallazgos de huellas desde entonces han sido muy numerosos; y siguen siéndolo. Hasta algunos boy-scouts han sido testigos más o menos aterrorizados.

Unos años después del diario del artista-explorador Paul Kane, Theodore Roosevelt en el libro *Wilderness Hunter* contaba de que un cazador de pieles, un tal Baumann, mientras se encontraba con un compañero en un valle a lo largo del Salmón River entre las montañas en el límite de Montana e Idaho había escapado a la ferocidad de «un animal con dos garras». Al compañero lo había matado mientras se encontraba solo en el campamento. Baumann se había alejado para controlar las trampas y cuando volvió el cadáver todavía estaba caliente y con el hueso del cuello en pedazos: alrededor de la garganta había cuatro marcas profundas de colmillos.

Unos años antes también habían matado a otro cazador y lo habían comido parcialmente en la misma zona: sus restos los encontró un prospector de minas.

Luego estaba la misteriosa historia de los dos hermanos Macleod encontrados con la cabeza separada, en Nahanny Valley, curiosamente conocida como «Valle sin cabeza»». Sucedió cerca del Great Slave Lake, en los territorios noroeste de Canadá, una zona que siempre tuvo fama de «mundo perdido», porque los que se aventuraban allí desaparecían, por lo general, para siempre. La muerte de los dos hermanos naturalmente fue atribuida al Sasquatch, aunque en aquella época el abominable ya tuviera conquistada la fama de monstruo no violento.

En 1963 la revista «Sports Afield» refirió que cierto «Chief Stickman», indio de un pueblo en el lago Tyone en la zona de Nelchina Plateau al norte de Anchorage, en Alaska, «había sido raptado y presumiblemente comido por el *Gilyuk*, un gigante arisco que odia a los humanos». Esto, al menos según las informaciones de Russell Annabel. Del rapto nadie había sido testigo, pero los indios sabían desde hacía tiempo de la existencia de este monstruo y habían reconocido «sin sombra de duda» sus huellas.

Pero la verdad es que las historias de desapariciones misteriosas son más bien frecuentes en las inmensas soledades del Oeste y sería injusto atribuirle al Sasquatch todo lo que sucede de extraño entre las Montañas Rocosas y el Pacífico.

Una cabaña en la selva

Una noche volvía de los glaciares Athabasca después de un día de investigación sobre un gato de las nieves y no logré encontrar dónde dormir en Jasper. Jasper es la estación invernal de moda de las Montañas Rocosas. No tan snob como otras, por cierto, menos sofisticada: pero los pocos más de mil metros de las montañas que las rodean son genuinos, no muy domesticados. Hay muchos albergues pero llegaría después de las cinco de la tarde y encontraría lugar sólo en el más caro que podía ofrecer, por otra parte, cierto confort, que siempre vale la pena probar. ¡Cómo no dormir en una *log cabin*, una de esas cabañas de troncos de árbol que han quedado a lo largo de los caminos del Oeste canadiense del tiempo de los buscadores de oro y de los cazadores de pieles!

Ninguna otra casa diseñada, construida y arreglada luego pudo reencontrar la atmósfera íntima y confortable de una *log cabin*, el sentido de seguridad antigua que da verse rodeado por esas paredes macizas perfumadas de cedro o de pino rojo. Los «servicios» ya no son por supuesto los espartanos de los pioneros; ahora hay foso séptico: basta echarle un polvo químico una vez al mes para incentivar y mantener despierto el apetito de las bacterias y ellas se ocupan de destruir todo. La idea, sin embargo, sigue siendo la de la habitación esencial de los conquistadores del Oeste. En el Jasper Park Lodge, que tiene los cuartos acondicionados exactamente como cabaña de troncos, el desayuno lo sirve un camarero en bicicleta que evoluciona a gran velocidad de una cabina otra con la bandeja en equilibrio y sosteniendo con una mano el manillar cortado por la mitad.

Pero en Jasper no había lugar para dormir. Quisiera agregar que nunca conocí una persona que hubiera encontrado dónde dormir en Jasper, y es testigo mi amigo el escocés Bruce Renton que cuenta que vagó toda una noche en la vana búsqueda de una cama —en albergue, motel, guest house, resort— y eso que no es un globetrotter

sin recursos, sino un viajero a cargo de las relaciones de la British Airways y de la Scocht Whisky Association.

La nevisca, por otra parte, amenazaba con bloquearme más allá de Yellowhead Pass a la vez que tenía una cita con un cazador de pieles en Tete Jaune Cache, a un centenar de kilómetros más al oeste, que debía acompañarme a ver el lugar en el que William Roe había topado con la hembra Sasquatch en Mica Mountain. Por eso preferí seguir en seguida por la N. 16, la Yellowhead Highway, después de asegurarme de que tenía el depósito lleno, considerando que en las zonas montañosas del interior de Canadá la distancia entre una estación y otra a menudo crea la angustia de quedarse sin gasolina y con la mirada clavada en la señal roja del tanque.

La Yellowhead Highway, al final de cuentas, no es más que el camino —ensanchado, aplanado, asfaltado y todo lo que se quiera— a lo largo del cual hace poco más de un siglo y medio el explorador y cazador de pieles David Thompson se aventuró en busca de la fuente del río Columbia atravesando las Rocosas en el lugar exactamente donde se encuentra Jasper. La cita es interesante porque David Thompson nos dejó el primer testimonio cuidadoso sobre las huellas del Sasquatch. El 5 de enero de 1811 anotaba en su diario de viaje:

«Estamos ahora por adentrarnos en las pendientes de las Montañas Rocosas a lo largo del río Athabasca. Extrañamente se cree que el "mamut" vive justo en esta zona. Se lo pregunté a varios indios pero ninguno me pudo asegurar haberlo visto personalmente. Pero encontré que los nativos creen firmemente en la existencia de esos seres y no se logra introducid ninguna duda en tal seguridad. Les he hecho notar que un animal de ese tipo, enorme y pesado, con sus pies debería dejar improntas indelebles y huellas de su paso. Éstos están dispuestos a admitirlo, pero dicen que nunca vieron ninguna huella y por lo tanto no pueden mostrármelas.»

Y el 7 de enero:

«Continuando nuestro viaje, en la tarde encontramos la huella de un gran animal. La nieve, encima del hielo, tenía un espesor de unos quince centímetros. Medí esa impronta: presenta la forma de cuatro grandes dedos, cada uno de diez centímetros, que terminan con una corta garra. La marca debajo del pulgar se hunde 7

centímetros más que en los otros dedos, mientras que la impronta de la parte posterior del pie no es muy profunda. El largo de toda la impronta es de 35 centímetros y medio, el ancho de 20 centímetros abundantes. El animal se dirigía del norte hacia el sur y había pasado hacía unas seis horas. No estábamos en condiciones de ir en su busca. Mis hombres y los indios sostienen que se trata de un gran "mamut"; yo me siento más inclinado a creer que es un viejo oso. Sin embargo, las garras cortas, la almohadilla debajo del pulgar y el tamaño de la huella no corresponden a las características de un viejo macho excepcionalmente grande y con las garras gastadas. Según los indios no es posible que se trate de un oso.»

Thompson no precisa qué entendían por «mamut» los indios, pero muy bien podía tratarse de esa controvertida criatura que hoy llamamos Sasquatch: no eran improntas de cuadrúpedos (y el explorador parece excluirlo); el oso, por otra parte, tiene cinco dedos cortos y no cuatro largos, y él debía saberlo muy bien dada su experiencia de cazador de pieles.

Bajando 1.150 metros del Yellowhead Pass el tiempo se había aclarado y las luces del cielo eran las de una linda tarde punzante de un primero de julio en la montaña. Hacia el norte las nubes cubrían medio monte Robson, que es el punto más elevado de las Rocosas canadienses. A cierta altura de la ruta, sobre la derecha, había una cabaña de madera que se llama «The Cache», o sea el escondite, porque en ese lugar los buscadores de oro, los cazadores de pieles y los prospectores de minerales ponían sus reservas de alimento para salvarlas de los animales, las pieles ya conseguidas, los equipos y los instrumentos para protegerlos de la intemperie. Estos escondrijos podían ser hoyos disimulados en el terreno, en el hielo, en la nieve o bien plataformas entre las ramas de los árboles.

La toponimia del Oeste canadiense ha conservado el nombre de «Cache» en diferentes localidades, aunque hoy los escondrijos de una época se hayan convertido en negocios que venden de todo, desde pan hasta azadas y picos, fusiles, gasolina, hasta pueden hacer reservas para los vuelos de la «CP Air» y la «Air Canada». Son pueblos como Tête Jaune Cache o importantes encrucijadas de carreteras como Cache Creek.

Justo bajo el Monte Robson, pues, estaba este «The Cache», un pequeño negocio delante del cual sale un sendero que puede reservar la sorpresa, como nos sucedió, de un encuentro con un oso que lo atraviesa tranquilo veinte metros delante del auto de uno. Son tres kilómetros por el medio del bosque. Por medio de un puente temblequeante se cruza el río Fraser que ha alimentado más de un siglo de aventuras de los buscadores de oro y que en este lugar, al comienzo del camino es pequeño y turbulento que lo llevará hasta el Pacífico.

Mount Robson Ranch

En el fondo del sendero está el rancho de Miss Alice Wright, más de 250 hectáreas de bosque con un claro en el medio, donde Miss Alice vive con sus perros. El Mount Robson Ranch no es un rancho de los de lujo, los de vacaciones: Miss Alice no lo soportaría, porque ella forma parte de veras de la raza de los pioneros. Llegó de casualidad hace más de cuarenta años cuando sólo un ramal del ferrocarril transcanadiense atravesaba las Rocosas septentrionales y había quedado como un campo de base de los que trabajaron en la realización del «sueño nacional», o sea de la unión ferroviaria de los dos océanos desde la costa canadiense sobre el Atlántico a la del Pacífico. La vía pasa a un par de kilómetros del rancho, pero nunca existió una verdadera estación: hay sólo un pequeño cartel de madera que dice Mount Robson y si alguien necesita el tren hace como antes, va a la vía y le hace señas al maquinista cuando la locomotora desemboca a toda velocidad de atrás de la curva del monte.

Si uno supera el silencioso examen de Miss Alice que mira de manera severa puede ocurrir que duerma en una de sus *log cabin* originales, construidas en la época de la Transcanadiense con los árboles cortados y preparados en el lugar. Troncos regulares que combinan perfectamente aislando de la intemperie y protegiendo de los osos; y por dentro, tablas de cedro lisas al tacto como la seda, de color rosado.

Mi mujer hizo una fritada de queso en la única estufa que portentosamente en un minuto calentó el ambiente, y bajo el techo en declive parecían desprenderse de las vigas los perfumes de todos los fritos de los pioneros que nos habían precedido. Para beber hay un arroyuelo a un cuarto de milla. El agua baja casi vertical de la montaña

y si alguien que no sea del lugar tuviera escrúpulos una escudilla colgada de un árbol asegura que es *driking water,* agua potable.

Una noche llena de rumores del bosque alrededor de un viejo lecho de hierro; ventanas sin cortinas; el crepúsculo que precede al alba es como una pausa, un cambio de guardia entre los animales nocturnos y los diurnos, antes del despertar de millones de pájaros.

Misteriosas desapariciones

Si aquí no existe el Sasquatch es índice de que dé, veras lo han inventado los indios para burlarse de los blancos. Miss Alice es muy prudente sobre el tema. ¿Nunca lo vieron? Sí, efectivamente lo distinguieron hace poco tiempo en el Mount Robson, cerca del sendero que sube hacia Berg Lake Chalet. Más que «apariciones» son desapariciones, por este lado. Es verdad, desapariciones atribuidas al Sasquatch. Miss Alice no habla de buena gana del tema. La gente es desconsiderada e imprudente, va a la montaña sin guía y sin conocer la zona, se pierde, cae en los cañadones, la traga los glaciares, desaparece, y le echan la culpa al abominable hombre de las Rocosas.

El Sasquatch aquí pareciera haber vuelto a los orígenes del mito monstruo-monstruo. Es evidente que no hay pruebas. En el corazón de Canadá, apenas se sale de los márgenes de los itinerarios obligados por la prudencia, el mito y la realidad están separados por una valla muy frágil hecha sobre todo de reticencias. Hasta es difícil tener una idea exacta del tiempo que pasa. Aquí no llegan ni las señales de la hora que da la radio. Sólo de noche, pero no siempre, se logra recibir la transmisión de Vancouver y esto es tan flexible que parece que hubiéramos vuelto a los tiempos de la radio a galena. El estar fuera del alcance de la radio da una idea del aislamiento mucho más de lo que señalan los kilómetros de distancia marcados en el mapa.

Y sin embargo, no nos sentimos en un lugar de ermitaños con alguna chaveta floja, aunque fuera de la puerta puede haber un Sasquatch esperando. En el Oeste canadiense es casi normal vivir en lugares como éste. Se dice que Vancouver, que es la mayor ciudad del Oeste, tiene la mayor cantidad de suicidios: tal vez es el trauma del paso un tanto brusco de la caballa de troncos al rascacielos, del ritmo de la Naturaleza a la carrera por el éxito que sufre del contagio norteamericano, o sea de los Estados

Unidos. El bosque está en seguida después de la periferia, los huertos se abren paso entre los cedros seculares, la gente construye ella misma la casa en la que vive, cultiva fruta y verdura compitiendo en la recolección con los ciervos, congela en el *jreezer* guisantes caseros, frambuesas, judías, espinacas y hasta gérmenes de helecho para el invierno.

El congelador doméstico, en el fondo, es una *cache* actualizada; eléctrico o a gas líquido, pero el concepto de escondite-despensa es el mismo. Miss Alice muestra el registro de los huéspedes que se han detenido en su rancho a los pies del monte más alto de las Rocosas. Alguien que venía de Vancouver, escribió:

«Ahora sé dónde va Dios los fines de semana.»

Aquí es imposible, casi blasfemo,* pensar en un Sasquatch demoníaco.

VII. LAS IMPRONTAS: ¿ENIGMA, TRUCO O PRUEBA?

Si no existiesen las improntas, el misterio del Sasquatch no existiría y la pregunta si el abominable hombre de las Rocosas es una idea o un ser viviente se habría archivado hace por lo menos un siglo, entre las joyas del folklore indio. Pero las improntas están allí y alguien debe dejarlas. Alguien que anda no necesariamente de manera furtiva por las regiones más escarpadas del Oeste: seguramente, se dice, no es un ser humano; también es seguro, se dice, que no es un oso o un simio. La ciencia no puede ignorarlo. Los escépticos más encarnizados están obligados a reconocer que ninguna organización, aún enloquecida, tendría interés —y además la posibilidad— de sembrar esas misteriosas señales de un lado a otro del continente de América del Norte en particular en las montañas menos accesibles de la Columbia Británica y del Estado de Washington.

El Sasquatch además ha sido visto por muchos centenares de personas, los informes sobre los avistamientos no se sabe qué son más, si monótonos o exasperantes; el Sasquatch también fue filmado, como veremos. Pero las improntas constituyen la única prueba real de la que disponemos para afirmar que «algo» existe y que a esta altura debe considerárselo y explicarlo, a riesgo de tener que reconsiderar desde el principio la historia de la evolución humana. Para eso no tenemos que esperar que el abominable hombre de las nieves llegue a imprimir graciosamente la forma de sus grandes pies en el cemento fresco de la vereda delante del Grauman's Chinese Theatre de Hollywood como los divos del cine.

Cualquiera que se interese en el Sasquatch, quede en claro, no puede dejar de lado la posibilidad de que las improntas estén falsificadas: aunque sean millares, medidas, fotografiadas, confrontadas, estudiadas por los investigadores y especialistas en zoología y antropología. Tal vez es absurdo aunque sea suponer que cierto número de

personas muy hábiles excepcionalmente informadas sobre las particularidades anatómicas, motoras y biológicas de los primates hayan empleado meses y capitales por cierto no indiferentes, para llevar adelante una broma al final de cuentas loca, que dura desde hace un siglo. Bueno, pero admitámoslo. Fabricar un modelo de pie semejante al dejado por la impronta hasta ahora atribuida al Sasquatch es relativamente fácil: pero el funcionamiento, la parte mecánica de la operación impronta no encuentra una solución razonable cuando se considera que el eventual mistificador debió recorrer distancias enormes en zonas inclementes y inhóspitas. Cualquier impronta dejada por un hombre, por otra parte, sería demasiado superficial (en proporción con el peso humano medio) para asemejarse a las encontradas.

La prueba la aportó, tal vez sin darse cuenta, un tal Ray Pickens, habitante de Colville (Washington) que se fabricó un par de grandes pies de madera, desproporcionados, y se los puso a un par de zapatos normales. Al ver el éxito fabricó también un par para la mujer y un par para el hijo, naturalmente respetando las proporciones. Las improntas dejadas por la familia Pickens, sin embargo, sólo engañaron a los desprevenidos pero no a los antropólogos los cuales las consideraron «biológicamente no convincentes».

Una máquina diabólica

Se pensó también en una «máquina de improntas», una especie de estampa mecánica en condiciones de imprimir «pisadas» cuadradas (30 X 30 cm) según los valores obtenidos calculando peso y estatura de un Sasquatch medio sobre la base de los datos disponibles. Esta máquina debería ser maniobrada —obviamente— en terrenos muy accidentados y ya prohibitivos para una persona que no tenga la preocupación de *no* dejar otras improntas o huellas que puedan denunciar el truco. No sólo eso: una máquina de ese tipo, ¿podría dejar de llamar la atención, por ejemplo, cuando se acerca a la zona habitada? Téngase presente que son decenas de millares de improntas las encontradas en torno a las casas, y mientras son numerosos los testimonios de personas que han visto al «gigante peludo» cuando las dejaba tras él, nadie, absolutamente nadie, denunció la presencia de una máquina sospechosa.

Una impronta humana puede reproducirse, pero el andar es irreproducible. O sea que una impronta puede resultar convincente desde el punto de vista biológico pero no desde el funcional: piénsese solamente en el juego increíblemente sofisticado de los dedos del pie según la distribución del peso de todo el cuerpo átomo por átomo durante el movimiento. El hombre —el tipo humanoide al que normalmente se remite el Sasquatch— tiene un modo de caminar absolutamente único; es una especie de marca de fábrica que lo distingue de los primates y no sólo por su habilidad de bípedo equilibrado.

Hace unos años una estación de televisión de California anunció que daría mil dólares a quien aportase informaciones atendibles sobre cómo se hacían las improntas atribuidas al Sasquatch, pero esos mil dólares, presumiblemente con los intereses, siguen esperando.

Mientras tanto en las bibliotecas de los antropólogos y en los sótanos de los museos del Oeste han continuado acumulándose los calcos de estas misteriosas improntas: como ectoplasmas solidificados, los grandes pies de yeso blanco iban dibujando poco a poco una nueva geografía biológica que sigue los pasos de un ser inquietante, desde las islas del Pacífico hasta las montañas Rocosas, de Alaska -a San Francisco. Quintales de yeso modelado en las formas en que criaturas fugitivas dejan tras sí para alimentar la curiosidad y el pundonor de los cazadores de monstruos y para estimular finalmente también los intereses y la dedicación de los científicos. Pero para encontrar estos calcos, para verlos de cerca y examinarlos, se debe pasar por la puerta de servicio, casi furtivamente, porque aún ningún museo se anima a exponerlos al público, aunque sea como imparcial propuesta antropológica o zoológica según el punto de vista desde el que se considere al Sasquatch.

El «caso» de la Blue Creek Mountain

Donald D. Abbott, curador de la sección antropológica del British Columbia Provincial Museum de Victoria, se vio envuelto personalmente en un caso de los más notorios, el que se señala como «el caso de la montaña del arroyuelo azulado» o sea de la Blue Creek Mountain que se encuentra en California septentrional. Por primera vez un representante de la ciencia oficial estaba encargado de examinar el fenómeno

Sasquatch. Y con seguridad fue una encomiable demostración de anticonformismo profesional el hecho de que un estudioso serio y preparado empeñase su reputación en una acción que la casi totalidad de sus colegas hasta aquel momento habían voluntariamente ignorado.

Pero oigamos el relato que John Green hace de este acercamiento de la ciencia al abominable hombre norteamericano.

Era la mañana del 28 de agosto de 1967:

«A las 7 me despertó el teléfono. Era Bud Ryerson que algún tiempo antes había encontrado ciertas huellas en la zona de Bluff Creek mientras estaba trabajando en un camino. Fui a verlas porque desde hacía cuatro años no me avisaban señalizaciones. Pero eran huellas ya viejas y el perro al que Dale Moffit del «North American Dog Service» se las había hecho rastrear no se mostró interesado en absoluto.

Ryerson, que llamaba por radioteléfono, se cuidó muy bien de citar explícitamente al Sasquatch o las huellas. Sólo dijo que había encontrado lo que estaba buscando. Le pregunté cuándo. La tarde antes, contestó. La cosa parecía prometedora. Me preocupé en seguida de encontrar perros, alguna autoridad científica que pudiera avalar el hallazgo y, obviamente, dinero para los gastos con los que me enfrentaría.

Para mí fue una gran sorpresa que el periódico *Vancouver Sun* pusiera a disposición quinientos dólares para alquilar el avión. No obstante algunos contratiempos, a la una de la tarde podía despegar hacia el sur con un Cessna-185 acompañado por René Dahinden y Dale Moffit con su perro alsaciano. Cuando llegamos a Orleáns, cerca de Bluff Creek, era el crepúsculo, y oscuridad profunda cuando llegamos al lugar donde se habían encontrado las improntas. El perro mostró de inmediato un vivo interés, pero ninguno de nosotros quería seguir las huellas en el bosque a oscuras.

Examinamos algunas con una antorcha eléctrica: la forma ya me era familiar; como de costumbre, 38 centímetros con la protuberancia dividida en dos, pero era la primera vez que la veía grabada tan claramente. La huella había quedado en el polvo levemente húmedo por una ligera lluvia y la superficie había formado una costra sutil

sin quebrarse. Directamente podía distinguirse la granulación de la piel de la planta del pie.

Ryerson había interrumpido los trabajos del camino, pero no logró bloquear el tránsito, por eso los autos de paso borraron algunas improntas y una nube de polvo estaba posada en todas partes. Pero lo mismo en seguida nos dimos cuenta de que esas huellas eran muchísimas. A la mañana siguiente contamos 590, pero en aquel primer tramo podían ser más de mil. Luego había un segundo tramo en el camino. Estábamos en la cima de las Blue Creek Mountain, a unos 1.500 metros».

La zona es muy boscosa, tupida de abetos Douglas y pinos. Se encuentra a unos sesenta kilómetros de la ciudad de Willow Creek y a 120 kilómetros de Eureka en Arcata, las dos localidades más cercanas sobre el Pacífico.

Por desgracia, el perro alsaciano de Dale Moffit, no confirmó el interés manifestado a la noche de la llegada y en el linde del bosque su olfato perdió las huellas. En cuanto a los «cazadores» después de haber vagado a lo largo del camino y en el margen del bosque, con un calor terrible, midiendo y fotografiando huellas, estaban resignándose una vez más para emprender el regreso cuando llegó la noticia de que la dirección del museo provincial de la Columbia Británica había decidido mandar desde Victoria un antropólogo para examinar el caso. Green pensó entonces esperarlo y trató de conservar intactas para él las mejores improntas, sin arriesgarse a alterarlas sacando un molde. Más porque había notado que algunas resultaban superpuestas; o sea parecía que habían sido dejadas por tres individuos diferentes, a juzgar por las dimensiones de las huellas, que hubieran caminado por el mismo terreno.

Informe al Ministro

En este momento puede resultar interesante ceder la palabra al mismo Don Abbott, citando el informe que escribió para W. K. Kiernan, Minister of Recreation and Conservation de la British Columbia, interesado por el director del museo de Victoria.

«Miércoles 30 de agosto — A causa de la niebla en el aeropuerto de Seattle (en el estado de Washington, donde Abbott había llegado desde Victoria, Canadá) perdí el enlace para Eureka vía Portland (Oregón) y de esta manera debí tomar el avión para San Francisco (California) y luego volver hacia Eureka. Llegué al aeropuerto de

Eureka-Arcata al oscurecer, alquilé un auto y me puse en viaje hacia Willow Creek donde, como estaba previsto, tomé contacto con el señor Al Hodgson, propietario del emporio local, que me fue de gran ayuda.

Hodgson tiene dos o tres moldes en yeso sacados de las improntas encontradas años atrás y dos óptimas fotos de las que me hice hacer copia. Me alojé en el Motel Wyatt. También Jim Wyatt y su mujer —propietarios del motel— están muy interesados en el Bigfoot (aun por motivos comerciales) y poseen un par de calcos, pero nunca vieron personalmente las improntas. El señor Wyatt ha dispuesto una pequeña muestra muy atrayente con una fantasiosa reproducción de un Bigfoot en una jaula metálica y con numerosas otras ideas para llamar la atención, gracias al pretexto del Bigfoot, sobre Willow Creek, más aún porque la pequeña ciudad está por festejar su anual «Feria del Bigfoot» que también podré aprovechar para descansar.

Hasta ese momento estoy personalmente persuadido de que si a alguien se le encargó que dejara huellas en el suelo, esto se produjo sin conocimiento de aquéllos con los que pude hablar, aunque estén obviamente interesados en la promoción comercial de Willow Creek. Estas personas, en realidad, parecen sinceramente confusas de que las nuevas improntas se hayan encontrado coincidiendo con la fiesta regional del Bigfoot.

Otro elemento que tiende a excluir el intento publicitario local es que las improntas han sido encontradas a una considerable distancia de Willow Creek y más cerca de las dos ciudades de Hoopa y Orleans que son más o menos del mismo tamaño pero que aparentemente no tratan de usufructuar al Bigfoot como en cambio sucede con Willow Creek. Con respecto a esta última, por otra parte, no sólo noté un interés bastante limitado por el hallazgo de estas nuevas huellas (al menos en la mayoría de los que antes se habían interesado en ellas) sino que además no se le dio ninguna publicidad a mi presencia ni a los motivos que me habían llevado hasta allí.

A última hora de la tarde del miércoles vino a verme al motel John Green que me estaba esperando en Bluff Creek donde según el programa yo debí llegar después del mediodía (desde Bluff Creek hay que recorrer 1 milla para encontrar un teléfono). Green me puso al corriente de su situación y me dijo que si se retenían el perro y el

avión, dado que el plazo por el que habían sido alquilados estaba por terminar, había que pagar un excedente».

Como buen funcionario estatal, Don Abbott se cuida muy bien de asumir la responsabilidad de un gasto extra y de esta manera Green telefonea a Orleans —donde había aterrizado el Cessna— para avisarles al piloto, al dueño del perro y a René Dahinden que pueden volver a Vancouver.

Técnica del molde

El enfoque que el antropólogo hace de todo el caso, en verdad, dejó más bien perplejo a John Green que en esa época era de los más emprendedores, entusiastas y convencidos cazadores de monstruos de todo el Far West. No sólo las improntas en ese momento ya tenían tres días sino que Abbott perdió casi otro día para sacarlas con una nueva técnica mucho más lenta de la usada normalmente por el mismo Green y por todos los otros: derramando directamente el yeso líquido, o sea fluido, en la impronta. Este nuevo sistema consistía en la «preparación» del terreno en que estaba impresa la huella reforzándolo y fijándolo con cola líquida y pedazos de yute, esperando que la cola se secase y luego levantando el bloque de tierra con toda la impronta, para de esta manera poder estudiar la impronta original en vez de la copia.

Don Abbott, sin embargo, quedó bastante impresionado por todo el conjunto —impronta, testimonios recogidos en la zona— y se puso en contacto con los zoólogos de la Huboldt University de Arcata para que se le unieran en Bluff Creek para expresar su parecer ya que él era un antropólogo. Llegaron cinco a la tarde siguiente, pero desgraciadamente en todo ese tiempo —entre la cola que tenía que secarse y los científicos que actuaron un poco cómodamente— un tractorista que no sabía nada retomó los trabajos del camino, y borró gran parte de las improntas incluidas algunas de las que habían sido preparadas para el «levantamiento». A pesar de esto, lo poco que vieron fue suficiente para confirmar la impresión de Abbott, o sea que razonablemente las huellas no podían ser falsificadas, no pertenecían a un oso como tampoco a ningún otro animal y que, aparte de su dimensión y de lo extremadamente planas, tenían todas las características de un pie humano, sin ninguna indicación de la presencia de un eventual dedo oponible, típico de los simios antropoides.

Los elementos que hacían tender hacia el homínido desconocido eran la profundidad de las huellas (índice de un peso corpóreo poco común), la naturaleza de su andar en trayectos notables por extensión y accidentados (esto excluía el empleo de una máquina o de un instrumento mecánico para falsificarlas), el número elevado de las encontradas en zonas distantes entre sí y en un arco de tiempo excesivo con respecto a la vida de un eventual falsario.

Las conclusiones del informe Abbott al ministro ponían en evidencia que esas improntas habían sido dejadas por un *hominid primate* no por otra especie animal, y esto restringía el campo de las hipótesis a sólo dos: que fueran de un hombre (trucadas con medios falsos y artificiales, posibilidad que debe excluirse por absurda) o de un homínido viviente y desconocido por la ciencia.

El antropólogo perplejo

La solución del misterio Sasquatch, es evidente, no había avanzado ni un paso, ya que se trataba de improntas de pies. Zoólogos y antropólogos se encontraban en general de acuerdo, pero oficialmente sólo querían declarar que esas improntas existían. Quedaba el hecho, nada más, que por primera vez la ciencia oficial había aceptado examinarlas. Un consuelo muy pequeño y también efímero para Green y Dahinden, sobre todo, que ahora parecían representar para siempre el papel eterno, un poco grotesco, de abogados defensores de un rebelde tan rebelde que pocos estaban dispuestos a admitir su existencia.

El mismo lenguaje del doctor Abbott, cauto pero valiente —considerando la actitud de rechazo que seguían manteniendo sus colegas— debe haber provocado alguna molestia al antropólogo que una vez de vuelta en Victoria, dio a entender que el asunto no justificaba una ulterior consideración. Y en realidad confesó a Dahinden: «A esta altura ya no sé si esas improntas estaban de verdad, desde el momento que insisten tanto sobre el hecho de que no podían estar».

Después de lo cual Dahinden maldijo el día en que él, Green y Dale Moffit se habían dedicado a medir, fotografiar y relevar esas condenadas improntas más que a ponerse a buscar al que las había hecho, para poner fin de una vez por todas a las discusiones sin sentido con los escépticos intencionados. «Estoy harto de toda su palabrería

científica», habría dicho, exasperado, después de una reunión de tres horas con el ministro Kenneth Kiernan, el director del museo de Victoria y el experto de la sección mamíferos. «¡El problema no es si el Sasquatch existe o no, sino quién o qué dejó esas malditas improntas!»

También Abbott, aunque fuera por otros motivos, habría preferido que las cosas hubieran sucedido de otra manera; directamente hubiera preferido no haber ido nunca a Bluff Creek y creo que sigue pensando igual aunque ahora ya haya pasado mucho tiempo. El hecho es que desde aquel miércoles de agosto de 1967 no ha tenido paz, dividido entre el «poder» decir y el «deber» no decir, obligado a atenerse rigurosamente a un esquema de respuesta-tipo que debe dar a todos los que lo asediaban —y aún lo siguen asediando, la prueba es que yo también fui a buscarlo a Victoria— para conocer su punto de vista sobre el problema Sasquatch.

Tal vez hasta las improntas que sacó personalmente de la Blue Creek Mountain deben parecerle excesivamente comprometedoras, provocadoras, y las ha pasado al despacho de Grant Keddie el que las muestra sacándolas casi furtivamente de abajo de una mesa cuando uno logra conquistar su confianza. Sólo entonces se pueden tocar, palpar, sopesar esos calcos «históricos» marcados con un cartel pequeño: *Foot- print taken in California by Don Abbott, Blue Creek Mountain, August, 29, 1967.*

Improntas enormes, con un hilo de hierba seca y un poco de tierra prisioneras en el molde. Y no se puede renunciar a la sugestión de tener entre las manos el misterio más fascinante de nuestro siglo, tal vez la prueba de que en el planeta Tierra existe otra especie de vida que la ciencia se siente perpleja para reconocer, o tal vez un residuo pre humano que ha escapado a la destrucción de los siglos y a las mutaciones biológicas para llegar vivo hasta nosotros, preservado como un capullo en las últimas islas naturales al reparo de la progresiva acción destructora de la civilización.

El contraste básico entre René Dahinden y los funcionarios gubernamentales del museo de Victoria no es tanto de temperamento (el «cazador» de acción, siempre pronto a lanzarse por cualquier pista; los otros, gente de escritorio), sino de responsabilidad. Está en claro que detrás de la extrema cautela de los antropólogos y de los zoólogos existe la consciencia profesional, la ética del estudioso que procede con

pies de plomo; pero también hay una consideración en términos de conveniencia personal que significa carrera y posición tranquila.

Sin abandonar el campo científico y para tener una idea lo más precisa posible sobre las «malditas improntas» atribuidas o no atribuibles al Sasquatch y sobre su importancia para la solución del misterio del abominable hombre de las Rocosas, pienso que lo mejor es confiarse a los únicos dos estudiosos que han tratado el tema específicamente y de manera orgánica, sin anteojeras: el doctor John Napier, de la London University, y el profesor Grover Krantz de la Washington State University.

Tanto Napier como Krantz parten de la hipótesis que una parte de las improntas relevadas o sólo observadas son falsas, pero esto no altera los términos del problema: aunque 99 de 100 fueran falsas y una auténtica, esa sola es suficiente para justificar la curiosidad científica sobre el que pudo dejarla, y para alentar la búsqueda de una respuesta a los interrogantes que plantea.

El abominable en la balanza

Las improntas, por otra parte —lo repetimos— constituyen el único elemento concreto en el que podemos basarnos, el pedestal —y no sólo ideal— sobre el cual construir la imagen de la criatura que las ha dejado, al menos hasta que no tengamos esa criatura en carne y hueso, o sea, probablemente, piel. Si podemos formarnos una idea bastante razonable del peso del Sasquatch o del que deja las improntas, podemos empezar a formar la imagen de la criatura que hasta ahora ha huido de manera tenaz a los más voluntariosos a la vez que bien intencionados acercamientos.

Las valoraciones «a ojo» del peso que hacen los que dicen haber visto al Sasquatch no pueden ser atendibles por muchas razones, no sólo la de las condiciones emotivas de los que se han encontrado frente al hecho comprensiblemente inquietante y que puede haber alterado la serenidad de juicio. El miedo, por ejemplo, puede haber hecho parecer el Sasquatch mucho más grande de lo que es en realidad.

Pero ni las estimaciones basadas en la profundidad de las improntas pueden considerarse atendibles. La superficie del pie del Sasquatch es unas tres veces mayor que la de un pie humano normal y por lo tanto si la impronta encontrada tiene la misma profundidad o incisión que la dejada por un hombre en el mismo terreno, se

debe deducir que el Sasquatch pesa tres veces más y, en consecuencia, si la impronta del Sasquatch tiene una profundidad del doble de la de un hombre en las mismas condiciones de terreno, el peso del abominable debería corresponder por lo menos al de seis hombres.

Pero la confrontación es siempre empírica y no tiene en cuenta una cantidad de factores que pueden alterar el significado. En realidad, cuando las presuntas improntas del Sasquatch se examinan normalmente no se tiene en cuenta el tiempo transcurrido desde el momento en que han sido dejadas en el terreno; a veces han pasado horas y a veces días. Tal vez llovió, o las condiciones atmosféricas han cambiado, cambió la temperatura, la elasticidad del suelo ya no es la misma porque el terreno se resiente por las variaciones nocturnas y diurnas, por el viento, por la humedad del aire. Y no hablemos de las improntas dejadas en la nieve.

Según el profesor Krantz, sólo en tres casos se pudo tener información bastante útil para una valoración del peso del Sasquatch. Él primer caso es el de Yale (1884): de Jacko (ver este nombre anteriormente) no sólo sabemos la altura sino también el peso. El segundo caso concierne a las imágenes filmadas en 1967 por Roger Patterson jefe de la *Northwest Research Foundation* (de la que hablaremos más adelante) y la estimación del mismo Patterson que se consideraba un observador muy atendible cuando se trataba de evaluar a ojo el peso de un hombre o de un animal. El tercer caso, para el que desgraciadamente no hay disponibles ni pruebas ni confirmación de testimonios, se refiere a un buscador de minerales y cazador que afirmó haber matado un Sasquatch en el noreste del estado de Washington: medía 2,44 m de altura y pesaba 385 kilos con 475 gramos.

Ahora bien —observa el profesor Krantz— si trasladamos a un gráfico los datos obtenidos por estos tres casos nos damos cuenta de que la relación entre altura y peso corresponde de manera casi perfecta a una curva construida sobre cálculos teóricos basados en el estudio anatómico del pie de varios animales y del hombre. La conclusión del profesor Krantz es que el volumen y el peso de un sujeto no aumentan en proporción simple con sus dimensiones lineales y con su altura, sino en razón del cubo de esa dimensión. Por lo tanto si la altura de un cuerpo animal se duplica, aun

manteniendo la misma forma, el peso será ocho veces superior; Si se quiere considerar una escala menor y se aumenta la altura en la mitad, el aumento de peso será 3,375 veces mayor.

Los valores obtenidos al aplicar esta teoría parecen confirmar no sólo la atendibilidad de las estimaciones hechas por testimonios más válidos, sino sobre todo la existencia de una precisa relación entre la forma y la dimensión de las improntas con la altura y el peso de la criatura que las ha dejado en el terreno.

Pies humanos y pies Sasquatch

El pie del Sasquatch tal como lo vemos reproducido en un molde de yeso, semeja a un pie humano gigante. Un examen más minucioso, sin embargo, señala no pocas diferencias. Justamente las que permiten llegar a la imagen o mejor a la estructura física del Sasquatch (peso y altura) a través de un estudio razonado de las modificaciones que el peso puede determinar en un pie de forma humana.

En efecto, uno de los elementos en los que se basa la convicción de que la mayoría de las improntas examinadas no son falsas ni están hechas a propósito es justamente esta diferencia lógica entre el pie humano y el del Sasquatch. Antes que nada porque las improntas atribuidas al Sasquatch son planas, o sea privadas de cualquier huella del arco plantal: si alguien hubiese construido una falsificación la habría modelado sobre su propio pie agrandado, v se sabe que los pies verdaderamente planos no son frecuentes. En segundo lugar, todas las improntas humanas denuncian en la base del dedo mayor una protuberancia, una especie de almohadilla, las del Sasquatch tienen dos, una hinchazón al lado de la otra, probablemente derivadas de un acortamiento del metatarso en función del peso mayor que debió soportar, mientras los otros huesos son más largos que los del pie humano. Estas deducciones están confirmadas por un cuidado estudio de la mecánica del paso.

En líneas generales el pie humano puede considerarse como una «palanca simple» aplicada al final de la pierna. A cada paso los músculos de la pantorrilla si tienden levantando el telón;' el pie hace perno con el tobillo mientras que la parte anterior se comprime contra el suelo permitiendo la acción de avanzar. Uno de los brazos de la palanca precisamente el «brazo de la potencia» representado por el talón, es

relativamente largo. Esto en lo que respecta al hombre. Ahora bien, si el peso corpóreo aumenta exageradamente sin que la fuerza muscular crezca en proporción, todo el mecanismo desaparece, la acción armónica del tira-afloja-empuja ya no es posible.

En otras palabras: si la estructura anatómica del pie del Sasquatch fuese tal cual la del pie humano, los músculos de la pantorrilla no lograrían levantar un peso tan superior al de un hombre normal, para dar el paso. El Sasquatch, en cambio —y todos los que dicen haberlo visto están de acuerdo— se mueve con gran agilidad a pesar de su mole: evidentemente, pues, su pie no está formado como el humano.

El profesor Grover Krantz se pregunta cómo fue posible obtener tal agilidad de movimiento a pesar del aumento del peso. Y se responde: modificando el largo de los brazos de la palanca. O sea que si se alarga el talón, la fuerza aplicada a la acción de avanzar es mayor, como si la parte anterior del pie es más corta basta con aplicar un esfuerzo inferior. En otros términos, la juntura del tobillo debe encontrarse en un punto relativamente más avanzado. En este caso la sección del tobillo resultaría más larga. Si es difícil hacer el cálculo sobre las improntas, en algunos casos, sin embargo, es evidente. La región del tobillo no sólo es más larga sino también más ancha. Obviamente este aumento del hueso del tobillo es la lógica y previsible consecuencia de la necesidad de asegurar una mejor estabilidad dado el mayor peso aplicado.

Si como es razonable suponer, considerada la mole corpórea, el Sasquatch se sirve de los dedos del pie para ayudar con una acción de avance la acción de empuje (contrariamente a lo que hace el hombre en general) sus dedos son casi iguales entre sí, tanto en medida como fuerza. En muchas improntas, en efecto, las «raíces» de los dedos se muestran casi alineadas en línea horizontal, mientras que las del hombre, se sabe, están en línea diagonal.

Krantz señala, sin embargo, que las improntas del Sasquatch aunque respondan a los cánones-base elaborados teniendo en cuenta la relación peso-altura, presentan algunas diferencias entre individuo e individuo, en algunos casos acentuando la semejanza con el pie humano hasta el punto de justificar la duda de que en parte hayan sido alteradas (o sea aumentando la impronta del pulgar) para hacerlo más

similar al del hombre, de manera de aumentar la credibilidad de un «monstruo humanoide».

En conclusión, el pie del Sasquatch difiere del del hombre en cuanto presenta los huesos del talón mucho más macizos (especialmente el tobillo), la parte anterior muy corta y los dedos de medida casi uniforme entre sí. Características, todas, que son la consecuencia lógica de la adaptación de un pie de factura humana a un peso corpóreo de 250-300 kilos.

Sasquatch, Neanderthal, Yeti & Co.

La importancia de la teoría del profesor Krantz sobre la medida del hueso del tobillo resulta tanto más evidente porque en ella se consideran los estudios de los científicos soviéticos Bayanov y Bourtsev, especializados en «hominología», que han confrontado, probablemente los primeros, el pie del homínido norteamericano revelado por las improntas con el del «hombre de Neanderthal» reconstruido sobre la base de los hallazgos fósiles. Esta comparación reveló algunas extraordinarias semejanzas, como la ausencia de arco plantal, la relación largo-ancho, la gran movilidad de los dedos y sobre todo la dimensión aumentada, tanto en el hombre de Neanderthal como en el Sasquatch, del hueso del tobillo, como también la posición de la juntura del talón con respecto al resto del pie.

En cuanto al veti, sus improntas son más pequeñas que las del Sasquatch y el paso resulta bastante corto, de unos 45 a 60 centímetros. El largo de la impronta, es verdad que puede variar mucho, directamente entre 15 y 60 centímetros (pero el efecto de la nieve influye negativamente, según la consistencia, sobre la exactitud de las medidas); en general, sin embargo, está comprendida entre los 25 y 30 centímetros, con un ancho de unos 15 centímetros.

El yeti es bípedo y también cuadrúpedo, mientras que el Sasquatch es completamente bípedo.

John Napier concuerda en muchos puntos con Grover Krantz, pero no en la teoría, por ejemplo, de que el Sasquatch se dé el impulso para cada paso con el dedo mayor, haciendo notar de esta manera que el andar marcado por las improntas haría pensar en un ser que apoya el peso del cuerpo sobre todo en la parte externa del pie —andar

llamado «de paloma»— y con los pies ligeramente vueltos hacia adentro contrariamente a la mayoría de los homínidos que, sabemos, caminan con los pies más bien separados.

Una punto, sin embargo, sobre el cual concuerdan los dos científicos —la evidencia impresiona aun a un profano que observe fotografías y calcos— es el de que en las improntas dejadas por el Sasquatch los dedos del pie parecen guisantes en su vaina, a diferencia de los del hombre en los cuales el mayor es bastante más grande y el meñique mucho más pequeño.

Un truco imposible

No cabe ninguna duda de que los estudios de Napier y de Krantz aunque sea en su lenguaje académico que he tratado de simplificar, parecen una invitación a creer en el Sasquatch. Y en realidad ni Krantz ni Napier niegan la existencia de una criatura, desconocida para la ciencia, que desde hace un siglo y medio y aún más, tiene en jaque a antropólogos y zoólogos. El escepticismo como negación de principio es indigno de una mente inteligente, sobre todo de una mente a la que no es ajeno el conocimiento de qué misteriosos e inexplorados son los horizontes de la naturaleza.

Por otra parte, no está claro el pretexto al que se aferran los que cuestionan la posible existencia del Sasquatch o Bigfoot negándose hasta a tomar en consideración el problema, cuando está probado no sólo en el plano de la lógica sino también —véase Napier y Krantz— en el científico, que los millares de improntas encontradas desde Alaska hasta California, del Pacífico a las Rocosas hasta la Sierra Nevada no puedan ser obra de una organización loca o de una especie de mafia de la broma permanente.

En el camino de Krantz y Napier, resumamos los elementos en los que se basa la convicción de que las improntas atribuidas al Sasquatch no pueden ser falsas:

1) El largo del paso y los obstáculos superados durante la marcha no corresponden a las posibilidades físicas de un hombre.

2) La profundidad de las improntas es tal que un hombre normal, para producirlas, debería cargarse con un peso de por lo menos un centenar de kilos

aumentando de tal modo la dificultad, ya prohibitiva, de la marcha en las zonas inaccesibles en las que se encontraron las improntas.

3) El estudio de algunas huellas de las más nítidas reveló que los dedos del supuesto Sasquatch están dotados de movimientos independientes: un eventual falsificador debería disponer de un mecanismo muy sofisticado para producir un efecto de ese tipo.

4) El eventual impostor debería ser un experto en anatomía humana dotado también de mucha inventiva para poder crear de la nada una infinidad de detalles necesarios para la estructuración de un pie enorme pero del todo idóneo para soportar un peso corpóreo tantas veces superior al de un hombre y, por otra parte, perfectamente proporcionado al pie —diríamos— «fantaseado».

Pero surge espontáneamente la pregunta: *cui pro- dcst?* Toda esta organización, estos complicados instrumentos, estas técnicas refinadas de truco absurdo y costosísimo, ¿para qué servirán? ¿Un burlón enloquecido?

La broma pesada, sin embargo, ha durado mucho más que una vida humana. Y además, no es posible que en tantos años de actividad el hipotético sembrador de improntas falsas nunca haya sido apresado actuando con su máquina diabólica.

Además hay un detalle que es oportuno poner de relieve y que podría ser decisivo: todas las improntas examinadas son *uniformes* pero no *iguales* entre sí. Sólo la naturaleza puede tener una «estampa» que permita ciertas esfumaturas, ciertas diferencias; una estampa falsa es siempre igual, tanto por motivos prácticos como psicológicos, para ser creíble.

Un Sasquatch inválido

Al respecto es interesante tener en cuenta un curioso detalle observado por René Dahinden e Ivan Marx (el cazador profesional de osos que hallamos con la expedición de Slick y Bluff Creek) en una serie de improntas. Se trata de esto. Entre el 24 de noviembre y el 14 de diciembre de 1969, en la zona de Bossburg, en el estado de Washington, se encontraron 1.069 improntas que podían seguirse a lo largo de ochocientos metros de recorrido entre el desagüe municipal de las cloacas y el

embarcadero en el Columbia River. La primera señalización la había dado un carnicero de la zona, un tal Joe Rhodes, en octubre. En un examen superficial parecían no diferir de las humanoides encontradas antes en la región, sólo que eran más grandes. Luego, estudiándolo mejor, directamente y en el molde, Dahinden y Marx se dieron cuenta de que mientras la impronta del pie izquierdo era muy normal dentro de su anormalidad, la del derecho presentaba una imperfección, como si la criatura que la había dejado tuviera una malformación o una herida, algo entre el llamado «pie equino», el defecto congénito y las secuelas de un grave accidente. Napier es más propenso al accidente porque la marca del talón es mucho más definida de lo que sería si se tratase de un *talipes-equinus-varus:* tal vez una fractura provocada, por ejemplo, por la caída de un peso sobre el pie cuando el individuo aún era joven.

Aparte de la naturaleza de la malformación, el Sasquatch inválido que anduvo escarbando por las basuras del pueblo de Bossburg dio una prueba más a favor de la autenticidad de las improntas en general, en cuanto es imposible que un impostor —recuérdese, sin un plausible fin de lucro— pudiera ser tan hábil y diabólico que lograra una deformidad tan singular para avalar la credibilidad de su truco.

A esta altura es claramente más absurdo creer en la existencia de un hipotético impostor que en la de un abominable de las Rocosas: al primero nadie lo vio nunca, al segundo lo han visto muchos, aunque ninguno lo haya podido capturar.

«Cuando se ha eliminado lo imposible —decía Sherlock Holmes—, lo que queda, aunque improbable, debe ser la verdad».

Aunque ni uno de los centenares de avistamientos denunciados fuera auténtico y se tratase de alucinaciones individuales y colectivas, reconfortados con el parecer de un investigador racional como Sherlock Holmes, nos sentiríamos tentados de llegar a la conclusión de que un primate bípedo, gigantesco y desconocido para la ciencia, habita efectivamente en los bosques entre las Montañas Rocosas y el Océano Pacífico.

¿La prueba decisiva?

Y esto antes de poner sobre la mesa la «carta» que podría parecer decisiva para la definitiva afirmación de la tesis a favor de la existencia del Sasquatch como surge del *identikit* confirmado por cálculos razonables a medida que se siguen las improntas.

Pero desde el momento en que salió de la manga el as no ha hecho más que aumentar la perplejidad, tal vez porque era demasiado clamoroso. Queremos referirnos a la imagen filmada de un Sasquatch, más bien de una Sasquatch hembra, que se detuvo para mirar el objetivo en la toma de Roger Patterson.

Sucedió a mediados del mes de octubre de 1967 en la zona de Bluff Creek, justo donde pocas semanas antes John Green y René Dahinden habían intentado, con escaso éxito, convencer a la ciencia oficial a través de Don Abbott, de que todas las improntas en las pendientes de la Blue Creek Mountain debía haberlas dejado alguien. Si los dos <<cazadores>> hubieran podido imaginar lo que estaba por suceder en poco tiempo, se habrían cuidado muy bien de abandonar el campo y emprender, deprimidos y desalentados, el camino de Vancouver.

VIII. POR SEIS METROS DE FILM

Un cowboy de unos treinta y cinco años, con el fiel caballo que le quedó después del último rodeo en California, un fusil cargado en la silla, un saco de piel, una taza de esmalte y pocos víveres. La zona es boscosa, pedregosa y escarpada, un entrecruzamiento de ramas; pero está claro que él a caballo se siente cómodo como en la hamaca en el porche de su casa.

Por lo general vive en un rancho en medio de los huertos del condado de Yakima en el Estado de Washington y apenas pasa la época de los rodeos se gana la vida haciendo de forjador o de contratista. Pero la mujer y los tres hijos lo ven cada vez menos desde que el Sasquatch se ha convertido en su fijación.

Por suerte, al menos, no fue de improviso sino que necesitó cinco años para entrar a la fuerza: desde diciembre de 1959 cuando leyó un artículo de Ivan Sanderson publicado por la revista «True», hasta 1964 cuando llegó a Willow Creek —en California noroccidental —y pudo hablar con gente que había visto varias veces las famosas improntas por las cuales habían llegado hasta el lugar curiosos y «cazadores», incluidos Green y Dahinden.

No pasaba mes, en los últimos dos años, que Willow Creek no figurase en las crónicas de los periódicos por esa historia del Sasquatch. El lugar de las improntas, con exactitud, se encontraba a unos ochenta kilómetros de Willow Creek pero esta ciudad se había convertido en el campamento-base para la caza del Sasquatch, al ser no sólo el lugar habitado más cercano sino el único de toda la zona.

Nuestro cowboy en retiro no es otro que Roger Patterson que está por hacer su clamoroso ingreso en la historia del abominable para permanecer en ella para

siempre como personaje discutido y enigmático, todo lo que se quiera, pero indudablemente de primer plano.

A la silla, cowboy

Desde Willow Creek, Patterson fue hasta la zona *de* Bluff Creek que ahora, a juzgar por las señalizaciones de los leñadores, los caminos y hasta algún alumno de la Academia naval de Annapolis (Maryland) parece haberse convertido en el camino privado del Sasquatch. En Bluff Creek tuvo la suerte de encontrar a un tal Pat Graves que trabaja en la construcción de caminos por cuenta del servicio forestal y por lo tanto es de la casa.

En ese momento el Sasquatch empezaba a ser una especie de gloria local, y por lo tanto Pat Graves debió sentirse a cargo de las funciones de guía más o menos autorizado cuando se ofreció a acompañar a aquel cowboy convertido en cazador de monstruos, a ver las improntas encontradas muy nítidas, justo pocos días antes: bajaron desde una colina, atravesaron un camino y dieron vuelta alrededor de un viejo campamento forestal. Cada una tenía un largo de 43 centímetros sobrados y un ancho de poco menos de 13 centímetros en correspondencia con el calco.

El astuto cowboy considera que tiene garantías suficientes para unirse al pelotón de los *Sasquatch hunters* más comprometidos, aquellos para los cuales el monstruo ya no era un hobby, y aun para superarlos ganándoles con el tiempo. Pero él estaba aislado, no había ninguno que pudiera financiarlo o apoyarlo y el ambiente desencantado de los rodeos, en los cuales aún conservaba conocimientos y amistades, no era por cierto el más indicado para sugerirle alguien que pudiera tomar en consideración su empresa. Por eso la primera gestión fue la de publicar un libro; nada de comprometedor, es obvio, además porque evidentemente la literatura no era su campo; más o menos una antología de todo lo que sobre el tema se había escrito hasta entonces en los periódicos y revistas, actualizando las notician contenidas en el *Abominable Snowman, Legend Come to Lije* publicado en 1961 por Ivan Sanderson, un zoólogo con notable experiencia de investigación activa en el campo de los primates. Patterson contaba con vender bastantes ejemplares de su *Do Abominable Snowmen of*

America Really Exist? **como para financiar las búsquedas con total dedicación y sin preocupaciones.**

Las cosas no funcionaron de esa manera, pero la publicación procuró una notable publicidad al cowboy ahora ya conquistado para la «caza del monstruo» y lo hizo entrar en contacto con numerosas personas que le aportaron una gran cantidad de elementos, testimonios, noticias de primera mano, indicaciones sobre avistamientos y hallazgos de las huellas del Sasquatch. Considerando todo esto, decidió entonces filmar un documental cinematográfico sobre el tema. Por lo tanto se instaló en Bluff Creek con la esperanza de que antes o después, el Sasquatch se hiciera notar con otra racha de improntas frescas que él podría filmar. No se trataba más que de esperar, dado que el homínido parecía ahora un asiduo frecuentador de esas montañas.

Patterson se hizo acompañar por un amigo, Bob Grimlin, también como él de Yakima, con el que acampó en el lugar donde terminaba el camino al fondo de Bluff Creek Valley. De allí, día a día, los dos recorrían la zona a caballo, inspeccionando con atención las orillas arenosas del torrente donde las eventuales improntas podían resaltar más evidentes e incisivas.

Y fue justamente durante una de estas inspecciones que Patterson podría filmar la mejor escena para su documental, pero no de las improntas, como había pensado, sino del que las dejaba.

El lugar, el día, la hora

Eran las 13 horas del viernes 20 de octubre de 1967 y el lugar a unos 32 kilómetros de la costa del Océano Pacífico, a la altura del curso superior del Bluff Creek entre las Montañas Costeras de California Septentrional, a unos cuarenta kilómetros del camino automovilístico más cercano.

Patterson y Gimlin a caballo, apenas había superado una estrecha curva del torrente cuando, de golpe, los dos animales se encabritaron tomándolos desprevenidos. El caballo de Patterson se apartó y cayó hacia delante. Entonces fue cuando vieron más allá del torrente a una distancia de unos treinta metros, lo que había espantado a los caballos: era una criatura de contextura maciza, recubierta de pelo oscuro. Aunque a

golpe de vista y no obstante la emoción del momento no había dudas posibles: tenía todas las características ya codificadas del Sasquatch.

Estaba allí, delante de ellos, y los miraba inmóvil desde la otra orilla, como asombrada por todo ese aquelarre.

El cowboy se apresuró a tomar la filmadora: el tiempo de sacarla del saco de la silla, de encuadrar el sujeto, graduar y éste ya se daba vuelta, atravesaba un pequeño claro y desaparecía en el bosque. En esos breves instantes Patterson tratando de mantenerse en equilibrio con el ojo en la mira, siguió al Sasquatch intentando al mismo tiempo ajustar el foco de la filmadora.

Se puede deducir fácilmente la excitación por los saltos de los fotogramas y de los movimientos bruscos de lo filmado. Pero lo importante era que finalmente la *idea* dejaba de ser sólo una idea y se convertía en imagen: también los escépticos tendrían que convencerse frente a la evidencia.

Pero hasta la evidencia puede ser cuestionada y en realidad las cosas no anduvieron del todo bien como Roger Patterson y Bob Gimlin tenían, probablemente, buenos motivos para pensar.

Ciak de 20 segundos

Son sólo seis metros de secuencia continua, una veintena de segundos, casi el tiempo que emplea un actor en entrar en objetivo, atravesar dignamente la escena sin pronunciar nada y salir por la parte opuesta. El «actor» en el caso específico, atraviesa una escena de unos 45 metros y misteriosamente como había aparecido, misteriosamente desaparece.

Ningún film en el mundo, no hablemos ya de Hollywood, pero ni aun el del primer desembarco humano en la Luna ha sido visto tantas veces, estudiado por expertos y científicos, analizado fotograma por fotograma, medido, cronometrado, como ese pedazo de película de 16 mm en colores. Y todavía se sigue examinando, comentándolo, discutiéndolo y aun poniéndolo en duda. Hablaremos de él con mayor detalle después de haber vuelto a Bluff Creek para ver cómo había terminado la aventura de los dos Hitchcock de la *Sasquatch Thrilling Story.*

Todo había sucedido tan rápidamente y de manera imprevista: aunque Patterson y Gimlin estaban allí justo para ver al Sasquatch al que buscaban desde hacía años, cuando llegó el momento los tomó de improviso. No estaban preparados, como si la búsqueda se hubiera convertido en una rutina que se daba por descontada y destinada a no llegar a nada. Una mezcla de excitación y miedo debe haber bloqueado o al menos obstaculizado la prontitud de los reflejos, como para impedirles disfrutar plenamente la ocasión que antes no se le había presentado a nadie con una Aliñadora en la mano.

Y fue tal la emoción del encuentro que ni Patterson ni Gimlin tuvieron modo de observar y valorar —estatura, peso, características— lo que normalmente se dice en cualquier «testimonio ocular» oído de casualidad.

Pero al menos estaban absolutamente seguros de una cosa: ese «hombre abominable» era una hembra. Exactamente: el primer Sasquatch que se había dejado filmar era *una* Sasquatch. Lo testimoniaban *ad abundantiam* los dos senos que colgaban oscilando desde el tórax de la enigmática criatura.

Mientras Patterson disparaba febrilmente esos pocos metros de película, Gimlin se dedicaba a calmar a los caballos aterrados. Ahora, al analizar el «caso» en todos sus detalles posibles, no se ha dejado de indagar qué cosa, exactamente, había espantado a los dos caballos: ¿la aparición imprevista de esa extraña criatura? Pero estaba a unos treinta metros de distancia. ¿O tal vez el hecho de que habían «olido» su presencia? En realidad, cuando lo volvieron a pensar, Patterson y Gimlin recordaron el olor violento, ofensivo, que los había impactado. Era probablemente el mismo olor garantía de todo auténtico Sasquatch, el que siempre hace apretarse la nariz a todos los avistadores de monstruos.

En su seguimiento

Patterson y Gimlin, sin embargo, instintivamente se lanzaron al seguimiento de ese ser apenas había desaparecido detrás del follaje que desde la orilla del torrente se espesaba a medida que se adentraba en el bosque. Pero es comprensible que su impulso se haya visto razonablemente frenado por el miedo que algún enigmático ser se dejara alcanzar de veras y pudiera agredirlos, aunque no pareciera tener aire

amenazador (pero ésta fue una reflexión con el sentido recuperado después). En ese momento, tuvieron la fastidiosa sensación de un posible trastrocamiento de papeles, que los transformara de seguidores en seguidos.

Por otra parte, el caballo de Patterson por sí solo ya había tomado la iniciativa personal de volverse hacia atrás, al campamento, llevándose en la silla el fusil del cowboy, y tampoco era el caso de enfrentar inermes la incógnita de los humores del monstruo. Por eso les pareció más sensato volver a la base siguiendo al cauto caballo. Después juntaron sus cosas y se dirigieron a Eureka impacientes por ver desarrollarse el film y llamar la atención de los hombres de ciencia.

A través del Far West la noticia de que el Sasquatch había sido filmado corrió como reguero de pólvora entre los cazadores de monstruos. Al día siguiente, René Dahinden ya había llegado a Willow Creek para unirse a Patterson y Gimlin que habían vuelto al lugar para levantar las improntas dejadas por la Sasquatch durante el breve pero sensacional show. Pero durante la noche había llovido a cántaros, el torrente era más impetuoso y era un peligro subir a la montaña. Con los pelos erizados por el miedo a verse derrumbados de pronto por cualquier caída de roca y fango, los dos anduvieron lo menos posible y en seguida volvieron a Eureka donde, mientras tanto, estaban llegando llamadas telefónicas de todo el mundo. Se pedían confirmaciones, detalles, se hacían propuestas y ofertas.

El film

La *premiére* tuvo lugar en Yakima, en el salón del cuñado de Patterson. René Dahinden que estaba presente ha contado:

«Sabía muy bien qué estaba por ver. Había escuchado tantos relatos, minuciosos, de testimonios oculares, que la imagen del Sasquatch me era familiar como una fotografía enmarcada en mi mesa de trabajo; pero lo mismo me quedé sin aliento cuando lo vi. Uno, sin embargo, como primera reacción, piensa:

"Bah, no es posible, dejémoslo pasar..." Y concentra la atención en los puntos donde la fugaz señal de una cremallera pudiera traicionar el truco. Luego nos conquista un detalle, después otro, y empezamos a mirar con interés creciente.»

La pequeña platea siguió mirando hasta que el ardor de ojos se hizo insoportable y Patterson ya no tuvo fuerzas para contestar a las preguntas. Al final, a pesar de las prudentes reservas maduradas durante años de falsas alarmas, historias inventadas y bromas, todos estuvieron de acuerdo que en esos 20 segundos de película en colores había en serio un Sasquatch vivo.

Patterson ya estaba listo para precipitarse a Nueva York. No se tenía en sí. Preguntaba el desconcierto que sembraría en los ambientes científicos y pensaba cómo usufructuar mejor el film para sacar las mayores ventajas financieras. Dahinden y Green, ya acostumbrados a combatir contra el enfoque cerrado y negativo opuesto por principio a cualquier argumento que pudiera avalar una hipótesis revolucionaria de la existencia de una criatura «no clasificada» trataban de aconsejarlo de no salir con el pie cambiado: «Si hay un lugar que es el menos adecuado para tomar en consideración serenamente y con objetividad una cosa de este tipo, es justamente Nueva York. Ve, si quieres, y las risas te seguirán hasta que hayas salido de la ciudad. Te harán jugar el papel del chiflado que anda con una película grotesca confeccionada en casa.»

Pero Patterson tenía gran prisa por impactar. Se resignó, sin embargo, a ser menos precipitado y reconoció que tal vez era mejor presentar el film antes en Vancouver donde la idea del Sasquatch aún podía contar con un recibimiento no completamente hostil y donde Green y Dahinden ya eran conocidos como personas serias y buscadores equilibrados. De esta manera se concretaron dos proyecciones, una en la Universidad de la Columbia Británica para un grupo de antropólogos y zoólogos, y otra —particularmente dedicada a la prensa— en un gran albergue de la ciudad. El film se pasó varias veces y a pedido de los espectadores se proyectó también fotograma por fotograma para analizar mejor los detalles.

En primera página

Al día siguiente los periódicos de Vancouver —*Province* y *Sun*— comentaron el acontecimiento en primera página. Y muchos notaron que el tono de las dos notas era bastante más cauto y menos irónico o bromista que lo que había sido hasta entonces al tratar el tema del Sasquatch. También se reproducían los primeros comentarios dados

por notorios estudiosos, algunos aún muy prudentes y reticentes, otros evidentemente sacudidos por la nueva «prueba». «No podría decir si es más difícil pensar que el film está trucado o admitir que una criatura de ese tipo existe realmente», dijo Don Abbott, el científico que, como recordamos, dos meses antes había ido personalmente a Bluff Creek para sacar las improntas del Sasquatch.

Y Frank Beebe, naturalista canadiense también él del museo de Victoria, agregaba: «No estoy convencido, pero pienso que el film es auténtico. Si me encontrase en medio de la montaña y me topara con una cosa como ésta, por cierto no filmaría. Tendría miedo de que hubiera algo humano debajo de la película.»

Es oportuno que nosotros también veamos este film famoso sobre el que se continuará discutiendo durante años y que podría quedar en la «nueva» historia del hombre como la primera imagen conocida de una forma de vida no afectada por el proceso evolutivo que nos ha llevado a ser lo que somos y a reconocernos como únicos depositarios de las prerrogativas humanas.

Imágenes de la prehistoria

Para una visión analítica del film de Roger Patterson me serviré como guía del mismo naturalista Frank L. Beebe que preparó un informe muy detallado que me fue cortésmente proporcionado por el doctor Grant Keddie, Extensión Curator, Archaeology División del British Columbia Provincial Museum de Victoria.

«El film es en colores, de buena calidad y consiste en tres secuencias. La secuencia inicial, en la que se ven dos caballos y un hombre que van por un camino entre el bosque, no está necesariamente unida a las otras pero ha sido claramente tomada en una zona del mismo tipo y más o menos a la misma hora diurna que la otra. El fondo lo constituyen ríspidas pendientes de colinas cubiertas por abetos Douglas, pinos blancos y cedros rosas, con bosque bajo de trepadoras, matas de arces y rododendros de California. A los costados del camino se ven troncos cortados y árboles derribados. El color rojo de las hojas del arce indica que nos encontramos en otoño avanzado. La luz es la de la mitad del día, con un cielo muy claro.

La secuencia sucesiva se propone mostrar finalmente en acción el controvertido primate similar al hombre. Son alrededor de veinte segundos de proyección a la velocidad de 24 fotogramas por segundo.

El sujeto parece encuadrado de improviso, evidentemente inesperado, o sea con cierto apresuramiento denunciado por los movimientos bruscos de la filmadora y del foco de la imagen. Luego el encuadre se estabiliza y la imagen está perfectamente en foco y con buena luz.

Se ve una continuación de lo que se presume es el camino forestal en un lugar en el cual la erosión debe haber limpiado el terreno que aparece claro. Aquí y allá hay troncos cortados y pedazos de leña de notable dimensión.

El sujeto se mueve durante casi toda la duración de la toma con buena luz sobre el fondo claro del talud evidentemente abierto por bulldozer; en las últimas tomas se aleja del camino y se adentra en el bosque bajo de arces y rododendros.

Puede evaluarse que el "protagonista*' tiene medida humana o un poco más grande: es claramente un primate. Se desplaza en posición erecta moviéndose con pasos largos y con rapidez, los brazos ondulantes, cadencia rápida y regular, de derecha hacia izquierda con respecto a la filmadora y siguiendo una dirección en ángulo recto. Al actuar esquiva los obstáculos más que superarlos y de esta manera se aleja un poco de la filmadora, por ejemplo en las primeras encuadraturas, durante las cuales la espalda y los hombros se encuentran en diagonal con respecto al observador: justamente en este encuadre es claramente visible el pecho. Luego continúa en línea casi recta hacia el bosque o sea que la filmadora lo toma cada vez más de atrás.

El sujeto no corre ni parece tener miedo, pero es evidente que ha notado la presencia de extraños, porque camina de prisa hacia un resguardo.

Nada indica que se haya recurrido a efectos de animación o a trucos durante la toma. El sujeto no parece movido por ningún mecanismo. Aunque sus proporciones corpóreas sean muy similares a las del hombre, los brazos aparecen mucho más largos que los humanos y las manos llegan casi a la altura de las rodillas. Los hombros son fuertes y colgantes, los brazos macizos y pesados, el paso más bien largo, regular, no pesado, ágil. Los brazos se movían rítmicamente con el pasó como en el andar de un

hombre, tal vez de manera más marcada, casi exagerada. En ningún momento de la secuencia usa las manos.

El sujeto aparece uniformemente recubierto por pelo, cuyo largo es tal que lo hace aparecer liso y para nada áspero; el juego de los músculos debajo del pelo provoca algún efecto tornasolado como sucede, en general, por ejemplo, con la filmación de osos en movimiento. En algunos fotogramas la palma de la mano derecha se muestra ligeramente vuelta hacia el objetivo y se ve nítidamente más clara que el resto de la mano aunque esté en la oscuridad. En otro fotograma se ve que también la planta del pie izquierdo es más clara. Puede pensarse, pues, que las palmas de las manos, las plantas de los pies y los pezones carecen de pelo.

La cabeza está en proporción con el cuerpo, es notablemente pequeña y tan pegada a los hombros que hace aparecer al sujeto como sin cuello. La punta del cráneo es aguda como en el gorila, presentando lo que se llama "cresta occipital", una particularidad biológicamente asociada a una musculatura muy robusta de las mandíbulas y en consecuencia al consumo de grandes cantidades de alimento que requieren notables energías de masticación. De ninguna otra imagen es posible relevar ulteriores detalles significativos de la cabeza o de la cara.

Aunque el sujeto aparezca como biológicamente hembra, con mamas bajas pero prominentes, su estructura y el modo de moverse son típicamente masculinos con hombros pesados, gran unión de la cabeza y figura que se afina de los hombros hacia el talle. El abdomen es plano, los huesos pélvicos más bien estrechos y la pelvis no se mueve con el andar. Los glúteos aparecen bien definidos, pero pequeños y no prominentes: en conjunto, si no fuese por los senos se pensaría en un macho.

A ésta, que es la secuencia básica, la única que justifica el film, sigue otra de 15 segundos filmada en el mismo lugar en días siguientes. Se ven una serie de improntas que según Patterson fueron dejadas en el suelo por el sujeto filmado. También se muestra una confrontación entre éstas y algunas improntas humanas. Tanto en las huellas dejadas por el bípedo en el lugar como en los calcos sacados de ellas, miden de 35 a 38 centímetros de largo y no difieren de las improntas encontradas y de los calcos sacados en la misma zona en otras ocasiones. La impronta es plana y ancha

prácticamente informe excepto en la huella bien definida dejada por los cinco dedos. Algunas de estas huellas de pie indican claramente una flexibilidad y un traslado de peso típico de las improntas dejadas por animales plantígrados pesados y en movimiento: estos detalles avalan de manera convincente la autenticidad de las huellas.»

Dudas sobre el sexo

En conclusión, también Frank Beebe, como por otra parte otros colegas, no niega haberse sentido bastante impactado por la evidencia, pero no cree que deba avalar la existencia de una extraña criatura «no reconocida» por el mismo museo para el que trabaja. Al actuar así, sin embargo, no rinde un buen servicio a la ciencia sino que continúa dentro de una cierta solidaridad interna.

Sus objeciones parten fundamentalmente de la aparente contradicción entre los caracteres masculinos y los atributos femeninos. Son justamente los pechos los que hacen sospechar al científico que recuerda que entre todos los primates sólo la hembra humana tiene el pecho desarrollado siempre.

Beebe, lo mismo se pregunta el porqué de esa cresta ósea en el cráneo y la relaciona con el vientre plano de la criatura mostrada en el film: esa cresta ósea, característica del orangután y del gorila macho, es una adaptación biológica que sirve para ofrecer una fuerza suplementaria a los músculos de las mandíbulas, debiendo triturar grandes cantidades de alimentos de baja energía, una dieta que hincha el estómago y hace protuberante el abdomen. En cambio, el presunto Sasquatch del film tiene el abdomen chato a pesar del alimento exclusivamente de baja energía que es el que puede encontrar en el hábitat en el que fue filmado.

La objeción gastronómica, recordemos, fue adelantada por John Napier en relación con la aventura de Albert Ostman (véase este tema anteriormente). El bosque en el que se vio el Sasquatch —o se dice haberle visto— puede ofrecer sólo un alimento «pobre» cuyo consumo exige una adaptación muy especializada en ese particular hábitat, como ocurre con los alces, ciervos y mejor aún con el oso que tiene resuelto el problema de alimentación durmiendo durante el invierno y comiendo de todo

(incluidos animalitos, insectos y peces) en el período de mayor rendimiento del bosque bajo.

«Improbable, pero no imposible», fue pues la conclusión de Frank Beebe: es lo máximo que admitió hasta ahora un hombre de ciencia frente al fenómeno Sasquatch. En cuanto al film de Patterson, debe reconocerse que fue realizado de manera habilísima y convincente. En realidad, lo que impresiona en este film es sobre todo la desenvoltura con la que se mueve el sujeto, sin pesadez, o sea, como si fuera una piel que se ha puesto eventualmente un «actor» humano —: aún se le objeta que este eventual actor podría ser un atleta bien preparado para cumplir su parte, vestido con un enterizo adherente del tipo subacuático y confeccionado con materiales elásticos que hacen visible el movimiento de los músculos.

Hollywood puede hacerlo

Patterson y Gimlin hicieron entonces examinar el film por los técnicos de la sección «efectos especiales» de los estudios Universal de Hollywood, los mismos que realizaron el King-Kong cinematográfico y que están en condiciones de hacer creíbles los monstruos más fantasiosos. «Es verdad que podemos reproducir y hacer completamente operativa una criatura como la que se ve en el film —respondieron—, pero se tendría que realizar un sistema de músculos artificiales completamente nuevo y adiestrar a un actor a moverse en consecuencia. No es imposible, pero casi; tanto que costaría una suma enorme.»

Éste es el detalle: para «construir» un truco de ese tipo se necesitaría un laboratorio sofisticado, con técnicos muy calificados, que no existe fuera de Hollywood; y además, ¿cómo habría podido Patterson pagar una cuenta de centenares de millares de dólares (ésta es la valoración teórica de la «Canawest Films Ltd.») para una empresa que tal vez podía resolverse en un clamoroso fracaso? Pero admitamos todo: para la realización de una falsificación tan compleja habría que recurrir a la obra de más personas, y la lógica sugiere que cuantas más personas están al corriente de un secreto, mayor es el peligro de que ese secreto sea revelado.

Tomemos luego a Bob Gimlin, cuyo papel siempre ha permanecido en la sombra. ¿Qué sacó de toda esta historia? Por lo que parece sólo fastidios no compensados ni

por la popularidad que, en efecto, cayó toda sobre Patterson. Ahora que Patterson ha muerto, Gimlin no tendría nada que perder —más bien, por el contrario— si revelase que todo fue un truco y si contase los detalles de la clamorosa puesta en escena. En cambio, Gimlin continúa sosteniendo coherentemente la primera y única versión.

George Moore, siendo consejero del Museo Provincial de Victoria se pregunta: ¿Por qué Patterson y Gimlin no le dispararon? La revista «Life» había ofrecido cien mil dólares de «recompensa» por un Sasquatch vivo o muerto y resulta que ninguno de los dos «cazadores de monstruos» estaba particularmente orientado hacia la ciencia pura o la pura observación del ambiente y de la especie. Tal vez, después de todo, había verdaderamente un cómplice dentro de la piel. Pero si no llevaban el Sasquatch a «Life» ni vivo ni muerto, ¿cómo podían esperar cobrar los cien mil dólares?

La perplejidad para aceptar el film en bloque correspondía, obviamente, al enfoque extremadamente cauto que es razonable frente a un fenómeno del que no se pueden valorar plenamente las implicaciones. Alguien intentó un pretexto por un detalle no convincente; otro se negó a expresar un juicio definitivo y prefirió salir del paso con una frase ingeniosa: ninguno, sin embargo, dijo claramente que el film es falso, que es todo un truco. Lo que debe quedar en claro es el hecho que el análisis de la «prueba» ofrecida por Patterson se desarrolló en un nivel elevado de competencia y de seriedad que no justificaría la mínima sospecha de ligereza o de escaso interés. A este propósito quisiera agregar otros dos pareceres autorizados: ambos se refieren a la andadura y a la mímica de la criatura presentada en la ahora famosa secuencia.

Objeciones técnicas

D. W. Grieve, anatomista especialista en el estudio de la manera de andar humana, docente de bioquímica en el Royal Free Hospital School of Medicine de Londres, basa su análisis en la velocidad en que fue tomado el film.

Si la filmadora de Patterson estaba regulada en 16 o 18 fotogramas por segundo (velocidad en general usada por los amateurs) el conjunto de los movimientos del sujeto no concuerda con el caminar de un hombre que se mueva normalmente. Si en cambio estaba regulada para 24 fotogramas por segundo (ésta es la velocidad que requiere el film sonoro y los documentales para la televisión) el ritmo de los

movimientos era exactamente el humano; en este caso podría tratarse de un hombre encerrado en una especie de piel adherente que, sin embargo, no revela ninguna costura o juntura, ni abertura, más o menos disimulada, dejando por el contrario individualizar las masas musculares en movimiento en su justo lugar.

Según las deducciones del doctor Grieve, pues, la posibilidad de que el sujeto filmado por Patterson fuera un truco (o sea un hombre disfrazado de Sasquatch) debe excluirse si la escena fue filmada en 16 o 18 fotogramas por segundo, ya que en este caso el ciclo completo del paso y el tiempo de oscilación de los brazos corresponden a la combinación de movimientos humanos, pero tienen una duración bastante más larga que lo que se podría esperar de *ese* paso y de *esa* combinación de movimientos de las cuatro articulaciones. Es como si un ser humano cumpliese en cámara lenta una combinación de movimientos que requieren en cambio gran velocidad. Para explicar o justificar esta lentitud de movimientos no es suficiente el hecho de que los miembros del sujeto sean más pesados. Además si la velocidad de la toma es de 16 o 18 fotogramas por segundo es razonable llegar a la conclusión de que el gasto metabólico de la locomoción es exageradamente elevado o bien que el sistema neuromuscular es desde lejos diferente del humano.

En otras palabras, los que sostienen la real existencia del Sasquatch podrían encontrar un nuevo apoyo para sus tesis si Patterson hubiera filmado en 16 o 18 fotogramas. Pero Patterson, desgraciadamente, no lo supo (o no lo quiso) precisar. Es verdad que era sólo un aficionado y esto deja pensar que filmó a la velocidad standard de 16 o 18 como en general se hace en ese caso; pero también es verdad que varias veces había manifestado la intención de hacer un documental para la televisión, y esto puede insinuar la sospecha de que hubiera regulado su filmadora en la velocidad de 24 fotogramas justamente con miras a ofrecer el film a la TV.

Algo no funciona

Otra interesante observación sobre la biomecánica del andar del sujeto filmado por Patterson fue hecha por John Napier que después de haber visto una docena de veces la famosa secuencia analizándola fotograma por fotograma, se quedó inexplicablemente perplejo. Tenía la impresión, contó, de que había algo que no

funcionaba. Le parecía que el modo de caminar del supuesto Sasquatcn era demasiado exagerado, o sea, como si un pésimo actor quisiera imitar el andar humano. Por otra parte, poniéndose en la situación de un hipotético impostor o de alguien que quisiera hacer una broma, le parecía absurdo correr el riesgo de arruinar toda la puesta en escena con un error de interpretación tan grosero.

Para el entonces director del departamento de biología de los primates de la Smithsonian de Washington ese andar exagerado se había convertido en un rompecabezas. Finalmente la solución se le presentó de casualidad un día que vio a uno de sus colegas que estaba midiendo a pasos el largo de un salón que debía transformarse en dependencia y depósito del museo. Ese funcionario era pequeño de estatura y por comodidad de cálculo buscaba dar pasos de un largo lo más cercano al metro: como tenía las piernas cortas se veía obligado a un esfuerzo, exagerando y forzando el andar de modo antinatural.

De improviso Napier recordó el film y entonces se dio cuenta qué no lo había convencido: tal vez el sujeto filmado estaba tratando de «convencer» con cada paso, de dejar en cada impronta una prueba de su propia identidad. Pero sigamos el razonamiento de Napier.

Las improntas dejadas en el terreno arenoso de Bluff Creek por «la» Sasquatch de Patterson eran de un pie de unos 35,5-38,18 cm de lo que puede deducirse una altura comprendida entre los 2 metros con 13 y los 2 metros con 43 centímetros. Siendo el largo del paso de ese mismo sujeto sólo de 104 cm (medidos en el terreno) esto resultaría en contraste con la altura que hemos calculado sobre la base de la medida de la impronta: en realidad, la amplitud del paso de un individuo de cerca de 2 metros y 40 centímetros debe ser de unos buenos 142 centímetros. Es evidente que para un hombre de estatura normal ése es «un paso más largo que las piernas»; pero un paso de 104 centímetros como el medido en Bluff Creek entra muy bien dentro de las posibilidades de un individuo de la altura deducida por las improntas dejadas en el lugar. Ya que estatura, medida del pie y largo del paso, a la par que las otras condiciones, están estrechamente unidas a un complejo estructural-funcional, el andar

del Sasquatch de Patterson podría ser exagerado justamente para aumentar la amplitud del paso.

Pero al llegar a este punto John Napier se cuida muy bien de sacar la conclusión, o sea de traducir en significado práctico sus agudas e indudablemente ingeniosas deducciones. Sin embargo, está en claro que ni él cree en un eventual impostor —extraordinariamente inteligente, preparado y astutísimo— que se traicionara de una manera tan trivial.

En efecto, la revista «Argosy» reprodujo una declaración del mismo Napier en la que el estudioso repite que en el film de Patterson no encontró nada que pudiera probar su falsedad. Temeroso luego, como ocurre en general, de haberse comprometido demasiado precisó en seguida: «Consideraba que no había logrado ver la cremallera y, en verdad, no logro encontrarla ni aun ahora».

IX. HISTORIA DE PIEL Y HUESOS

Decir que el film de Roger Patterson y las polémicas que le siguieron, dejaron el misterio del «abominable hombre de las Rocosas» en el punto anterior, tal vez sería demasiado. Si el Sasquatch de Bluff Creek, o «la» Sasquatch, pareciera no haber movido mucho los términos de la cuestión, sin embargo, exigió una atención más comprometida y no ocasional, aunque sea por las propuestas, no irrazonables, de un estudio menos conformista en busca de una respuesta satisfactoria para ciertos inquietantes interrogantes sobre los cuales la ciencia oficial siempre fue elusiva.

La secuencia cinematográfica filmada por Patterson en ese luminoso día de octubre de 1967 en California septentrional, dio varias veces la vuelta al mundo, provocando a los escépticos y sembrando dudas en toda Norteamérica, en Inglaterra, en Europa, hasta en Australia. En la Unión Soviética, el profesor Boris Porshnev, de la Academia de Ciencias y una de las mayores autoridades reconocidas en el sector de las investigaciones sobre los Alma, o sea los equivalentes asiáticos del Sasquatch, sostuvo en varias oportunidades la teoría sobre la probable existencia de «individuos de la rama Neanderthal que han sobrevivido en «varias partes de la Tierra»: en el camino de esta teoría muchos científicos soviéticos se dedican desde hace tiempo a los homínidos y a los fenómenos de avistamientos muy similares a los que se verifican en América del Norte.

La exaltación que se hizo en 1975 de la primera colaboración ruso-norteamericana en el campo espacial ha ignorado que entre los dos países ya se había realizado otra colaboración científica justamente para estudiar al abominable hombre de las nieves, como decir, «del Cáucaso a las Rocosas». Un ejemplo de esta colaboración ruso-norteamericana está dado por el informe que el doctor Dmitri D. Donskoy, titular de

la cátedra de bioquímica en el Instituto Central de Cultura Física de Moscú, escribió después de haber visto el film de Patterson. Es el análisis de un especialista que examina el andar del presunto Sasquatch: Donskoy no es antropólogo ni cazador de monstruos, pero sus conclusiones, aunque discurriendo por caminos diferentes, son análogas a las del norteamericano Grover Krantz de la Washington State University y a las de los soviéticos Dmitri Bayanov e Igor Bourtsev que forman parte del mismo equipo moscovita del profesor Porshnev. Estas conclusiones confirman la «originalidad» del andar de la criatura como resultado tanto del *identikit* reconstruido a través de las improntas y los testimonios oculares, como de las secuencias cinematográficas. Una originalidad que es también una prueba del caminar individual en el que se apoyan los que sostienen la existencia del Sasquatch.

Biomecánica del andar

El soviético Donskoy llama la atención, como lo hizo el mismo norteamericano Krantz, sobre la estructura anatómico-funcional del pie de la criatura filmada: un pie en el que la parte posterior formada por el hueso del tobillo es mucho más saliente hacia atrás que la del pie humano, y esto es para facilitar el trabajo de los músculos que hacen posible la posición erecta y aumentan el impulso del paso en un individuo macizo y pesado. Con seguridad mucho más pesado que un hombre, como lo prueba la falta de arco plantal determinada casi ciertamente por el enorme peso de la criatura. Todo esto se resuelve en ese andar, en ese porte «diferente», original y esbelto típico del Sasquatch, como su marca de fábrica.

Conclusiones análogas por caminos diversos. Pero el punto más importante me parece, está en el hecho de que las conclusiones se logran en base a elementos y a «pruebas» interdependientes, no tomadas en sí una por una, sino que interactúan de muchas maneras en un complejo armónico y funcional que parece obedecer al mando inconfundible de la naturaleza.

Pero volvamos a la historia del film.

La revista «Life», mientras tanto, le había ofrecido a Patterson un adelanto para tener la exclusiva de reproducir la famosa secuencia a la vez que un grupo de redactores

preparaba un número especial con seis páginas en colores y la tapa dedicada al Sasquatch. Pero las cosas se alargaron y entretanto «Life» dejó de publicarse.

El interés, sin embargo, se mantenía más bien vivo y las proyecciones organizadas en varios niveles de público contribuían a alimentarlo. A los originales 7 metros y 31 centímetros de película se habían agregado ahora otros 97,50 a fuerza de interpolaciones que repetían las diferentes secuencias en cámara lenta, volviendo y subrayando los fotogramas más significativos. Se había convertido en un verdadero documental que en los Estados Unidos sigue proyectándose regularmente, a través de los años, a cargo de una organización llamada «American National Enterprises».

Otros films

A esta altura tal vez es necesario agregar que el de Patterson no es el único film sobre el Sasquatch, aunque sí el único que ha sido tomado en consideración a nivel científico. El «abominable» habría sido filmado otras dos veces: una vez en California en 1957 por un tal Ray Wallace de Toledo (Washington) el que recién habló del tema a fines de noviembre de 1970 (recordemos que la famosa secuencia de Patterson es del 20 de octubre de 1967); y otra vez en octubre de 1970, al menos según lo afirmado a comienzos de noviembre del mismo año por Ivan Marx, habitante de Colville, en el estado de Washington: sí, el mismo Ivan Marx cazador profesional de leones de montaña y de osos que ya hemos encontrado junto a su mujer cocinera, Peggy, con la expedición del texano Slick en busca del Sasquatch en California septentrional.

Ray Wallace contó haber filmado algunos centenares de metros de película en colores sobre un Sasquatch con aspecto de gorila excepto por las garras «que parecían de marfil» de casi cuatro centímetros de largo. Las dimensiones del Sasquatch de Wallace son: estatura 3 metros abundantes, peso unos 35 kilos, largo de los dedos 20 centímetros abundantes y otro tanto el espesor de la muñeca. Como si no bastara, este monstruo —por una vez el término parece adecuado— habría levantado cómodamente unos bidones de aceite de 250 kilos cada uno lanzándolos luego a 50 metros de distancia.

Y justamente por ser muy impresionante la historia de Ray Wallace no impresionó a nadie: el hecho es que ahora el Sasquatch transferido de la mitología fabulística a las

mediciones de la biomecánica ha sufrido el saludable redimensionamiento de la verosimilitud.

En cuanto al film de Ivan Marx, es una historia como para contarla desde el principio, para que pueda dar una idea del ambiente especial, por cierto para nada ingenuo, en el que se movían los «cazadores de monstruos».

El escenario: Bossburg, en el estado de Washington justo debajo de la frontera con Canadá. La época: el 6 de octubre de 1970. Personajes principales:

Ivan Marx, René Dahinden, Peter Byrne cazadores profesionales de Sasquatch; un ranchero con un perro y dos niños charlatanes; un cronista; una multitud de curiosos. Y además un Sasquatch.

El joven cronista Denny Striker estaba tecleando frenéticamente en una vieja máquina de escribir en la redacción de *Statesman Examiner*, el periódico local de Colville, una ciudad del Estado de Washington no distante de Columbia River, a unos ochenta kilómetros de la frontera canadiense, entre las cadenas de las Cascade Mountains y las Rocosas. Desde que se había corrido la voz de la presencia de un Sasquatch en la zona de Bossburg, el joven estaba alerta, quería a toda costa asegurarse ese *scoop* periodístico en exclusiva: colocó en el límite del área sospechosa un jeep con el tanque lleno pronto a entrar en acción a la mínima alarma. Imposible moverse un paso sin tenerlo pegado.

El hallazgo de improntas que denotan una malformación en el pie derecho (¿tal vez un accidente?) atrajo al lugar a los hombres más notables de la caza del Sasquatch: en primer lugar, obviamente, René Dahinden, John Green, Roger Patterson, Ivan Marx y hasta al taxidermista Bob Titmus que cayó como un halcón desde Kitimat, bastante al norte de Vancouver, ansioso de desollar al abominable y embalsamar tanto al pie dañado como al dueño del pie mismo.

La espera favoreció ciertos roces entre los hombres que seguían a un jefe o a otro; Dahinden espía a Patterson, Patterson es espiado por Marx; no pueden detenerse a hacer pis contra un árbol —narran las crónicas— sin tener de inmediato una docena de ojos clavados en la espalda.

Entra en escena también un pequeño avión de reconocimiento y un helicóptero, naturalmente uno «contra» el otro, y ya hasta un observador imparcial empieza a imaginar los títulos que los periódicos pueden llegar a publicar de un momento a otro: «Muere un Sasquatch con una docena de cazadores».

El estado de alerta general decae y la zona empieza a vaciarse. Pero alguien más obstinado se queda. Es Ivan Marx.

Leamos ahora qué estaba escribiendo el cronista del *Statesman Examinen*

«Durante la noche del 6 de octubre (estamos en 1970, como tal vez el lector recuerde N. de A.) Un desconocido telefoneó a casa de Ivan Marx dejando un mensaje más bien vago: un automóvil, o tal vez un autocar, había embestido a una maciza criatura que caminaba erecta en dos pies a lo largo de la carretera, una decena de kilómetros al norte de Bossburg.

Marx no estaba en casa en ese momento, pero apenas le transmitieron el mensaje salió en seguida con un perro de caza que, según sus esperanzas, debía olfatear las huellas del Sasquatch embestido, admitiendo que se tratase efectivamente de un Sasquatch. Antes de precipitarse en el lugar, sin embargo, se había provisto de una filmadora Bolex 16 mm. con objetivo de 17 mm. y de una máquina fotográfica Nikon 35 mm. También había llevado la radio receptora transmisora para mantenerse en contacto con el ranchero Don Byington que se le uniría en seguida.

El día no era de los más luminosos y en el aire se apreciaba cierta neblina cuando Marx logró descubrir a la «criatura»» en el fondo de un canalón colmado de plantas y empezó a filmar.

Las primeras imágenes muestran la silueta de una criatura grande, oscura, en posición erecta que se mueve con circunspección, pero rápidamente, a través de las matas tupidas. Marx siguió al sujeto ayudado por el perro, de modo de obligarlo a salir al descubierto en un claro donde la filmadora regulada en 2.8 filmó una secuencia muy nítida en la que se ve una criatura de aspecto decididamente excepcional.

La proyección muestra al Sasquatch que se mueve de la derecha de la pantalla hacia la izquierda mientras se aleja de la filmadora en un ángulo de más o menos 45 grados. A juicio de Marx la distancia varía entre 7 metros con 50 y 30 metros y aún más cuando la criatura desaparece en el bosque bajo que de pronto se vuelve tupido en el límite opuesto del claro.

Lo que más impresiona en el film, además de la gran nitidez de imágenes es el hecho de que se ve claramente al Sasquatch herido: la criatura tiene el brazo derecho apretado contra el pecho mientras usa el izquierdo, que aparece largo y muy musculoso, para equilibrarse durante el desplazamiento. Los dos talones además parecen despellejados y con la herida en carne viva bien evidente en el pelo negro que recubre piernas y pies.

Examinando fotograma por fotograma, la zona herida o cortada parece extenderse a los dos pies: esto explicaría el andar sufriente de la criatura.

En el momento en que el Sasquatch se acerca al borde final del claro, se nota que una rama caída de un árbol lo golpea un poco encima de la rodilla. Al día siguiente Marx encontró esa rama que medía más de tres metros y la fotografió: con las proporciones debidas, la criatura debía tener por lo menos una altura de 2,70 m y pesar como dos osos grandes, o sea entre 320 y 360 kilos.

En el film, por desgracia, no llegamos a ver las características raciales, o sea los lineamientos de la criatura. Dos veces, mientras atraviesa el claro, el Sasquatch se vuelve para mirar el objetivo: la primera vez dándose vuelta en 180 grados en el momento en que —contó Marx— lanzó un grito de lamento que fue oído también por Byington que se encontraba en una saliente de la roca poco distante; la segunda vez se da vuelta completamente en 360 grados y parece estar perplejo. Pero la falta de una buena exposición impide que distingamos los lineamientos.

Marx contó que siguió a la criatura hasta que llego la oscuridad. Al día siguiente volvió al lugar y encontró las huellas que lo llevaron a través de un laberinto de rocas cubierto de vegetación y por fin a un curso de agua donde se perdieron las huellas.

Marx agregó que había tenido la impresión de que el Sasquatch filmado por él era muy viejo, herido más bien gravemente y en malas condiciones.»

Todos a Bossburg

Aunque Denny Striker no pudo realizar el gran *scoop* periodístico que esperaba, su historia rápidamente dio vuelta por las redacciones y fue retomada por la mayor parte de las estaciones de radio a lo largo de toda la costa del Pacífico. De nuevo la acostumbrada multitud de curiosos y cazadores aficionados se precipitó a la zona. Empezó el asedio de Bossburg, mientras que un rico traficante de Ohio, llamado Tom Page, ofrecía a Marx 25.000 dólares por una copia del film, fuera auténtico o trucado, no tenía importancia, bastaba con que lo declarase honestamente.

Este Page era un tipo muy especial, un maníaco del Sasquatch, al punto de pagar una cifra anual a Roger Patterson (el ex cowboy de rodeo que se había dedicado a la caza del abominable) para que le tuviera escrupulosamente informado de cualquier novedad sobre la «criatura». Extrañamente, Ivan Marx rechazó la oferta de 25.000 dólares y las cosas siguieron avanzando en una especie de tira y afloja. Pero el tiempo no trabajaba a favor de Marx, y veremos por qué.

Don Byington, el ranchero que era su socio y se encontraba en comunicación con él por medio de un walkie-talkie cuando se filmaba el film, tenía dos niños y estas inefables criaturas, como sucede a menudo, se entrometían en todo y no estaban un momento callados, de tal manera que la gente, fastidiada aunque no lo demostrara, trataba de ignorar su parloteo pesado. Pero como los dos niños seguían insistiendo que ellos conocían muy bien el lugar donde su papá había visto al Sasquatch, alguien paró la oreja, porque Marx siempre se había negado a revelar la localización de donde se había tomado película. Ese alguien era un viejo conocido, aquel Peter Byrne, aventurero y cazador profesional de monstruos que desde su base operativa en la ciudad de The Dallas, en Oregón, estaba siempre pronto para caer en cualquier lugar donde hubiera olor de Sasquatch.

Byrne, viejo zorro

Y, en efecto, Byrne llegó a Bossburg y encaró a Ivan Marx: «Te pago un sueldo fijo de 750 dólares al mes si la caza del Sasquathch la haces por mi cuenta, de ahora en

adelante; y mientras, guardemos tu film en un lugar seguro, en el banco, en una caja fuerte».

La pequeña renta mensual llegaba como un maná del cielo para Ivan Mark que no oculta la satisfacción por el hecho de no tener que vender, por apuros económicos, su film. Pero Byrne es un zorro, un verdadero profesional, y no se deja deslumbrar por el pobre Sasquatch herido v todo lo demás, como le sucedió a otros aunque no desprevenidos, como el mismo John Green que en seguida se había precipitado a ofrecer 800 dólares por una copia del film, tributando un imprudente himno en honor de Marx en el *Bigfoot Bulletin*, un periódico publicado en Oakland, California.

Peter Byrne, que tiene oído ejercitado y olfato fino, sigue al pequeño Byington durante un centenar de metros detrás de la propiedad del ranchero y no tiene dificultades en reconocer el «teatro de los hechos», o sea el claro y el fondo donde se había tomado el fin de Marx. Además hay algunas referencias preciosas. En un momento del film el «sujeto» roza con la cabeza una rama de árbol: confrontando los fotogramas rápidamente se individualiza el lugar y cuando se mide su altura desde la tierra se descubre que no llega al metro ochenta, muy inferior por cierto a los 2,70 m declarados por Marx, aun con una razonable aproximación.

Es el comienzo del fin.

En el mismo punto, exactamente, se filma entonces otra película que tendría que servir de parangón: se tiene de esta manera la confirmación de que Marx no dijo la verdad cuando dio los datos sobre el objetivo usado, porque si hubiese tomado la escena con un foco de 17 mm algunos detalles que aparecen en el film no hubieran sido visibles. Es evidente —concluye la encuesta de Byrne— que ese día la filmadora de Marx tenía un teleobjetivo y no 17 mm.

Luego, como si no bastasen las contradicciones técnicas, se descubre que un tiempo antes de las famosas tomas del presunto Sasquatch el mismo Ivan Marx fue a Spokane, lugar no muy distante de la casa, donde hizo acopio de retazos de piel.

El caso podía considerarse cerrado. Aparte de la satisfacción profesional por haber logrado desenmascarar un truco que podía haber dañado toda la categoría de los *Sasquatch hunters*, a Peter Byrne no le quedaba más que la bobina del film depositada

en la caja de seguridad del banco. Fue a buscarla y allí hizo su último descubrimiento: era sólo película completamente negra.

Yvan Marx, en ese tiempo, había desaparecido de la zona.

El Sasquatch se dice que fue filmado tres veces: pero ahora resulta claro por qué se habla sólo del film de Patterson, el único que superó los exámenes de los más aguerridos escépticos.

Poco antes de morir de cáncer, en 1972, Roger Patterson, el cowboy taciturno, le confió a Peter Byrne: «Habría sido mejor que en vez de fotografiarlo lo hubiera matado al Sasquatch; así al menos el mundo lo habría creído definitivamente».

El mundo, por otra parte, no pedía más que eso. Y tal vez también la ciencia, sobre todo la más abierta, la menos retrógrada. El mismo Don Abbott, después de haber visto el film de Patterson declaró: «Si hubiera aunque fuera una sola posibilidad de explicar científicamente lo que acabo de ver seguiría a esa criatura hasta capturarla. Sin embargo, aún no me siento dispuesto a jugarme la reputación; hasta que al menos no vea un cráneo o un hueso; algo concreto, en una palabra.»

¡Fuera el hueso!

***«Any old Sasquatch bones*?» ya en 1967 el *Daily Colonist* de Victoria preguntaba a sus lectores en un artículo de primera página titulado en broma *«Has Anyone got Sasquatch hone to pick?»*, ¿no hay nadie que tenga huesos de Sasquatch para limpiar?» *Bone to pick* significa también hueso para roer, y es la clara alusión al emperramiento con que los «cazadores de monstruos» de un lado y los científicos del otro se enfrentaban en torno al simbólico hueso del Sasquatch.**

Aun no se habían apagado los ecos de sensacionales encuentros de huellas a lo largo del camino forestal en construcción sobre la Blue Creek Mountain, en California, y la polémica sobre la validez científica del film rodado por Roger Patterson en Bluff Creek arreciaba en todos los niveles.

«¿Tiene algún viejo hueso de Sasquatch? —insistía el periódico. Pero tal vez bastaría con una mata de pelos o pedazo de piel perdidos por una de las criaturas legendarias

que se dice habitan las landas remotas de la Columbia Británica y del oeste de Estados Unidos.

Ahora nuestro gobierno se muestra menos escéptico que antes sobre estos relatos de gigantes peludos e invita a que el que posea cualquier prueba tangible de la existencia del Sasquatch lo señale. La llamada proviene del ministro Kenneth Kiernan y ha sido sugerida por los últimos hallazgos del antropólogo Don Abbott durante una reciente expedición a California.

El señor Abbott no tiene dificultad en admitir que hasta ayer siempre se había burlado y reído —como por otra parte lo hacen sus colegas científicos— de los relatos sobre el Sasquatch, pero ahora declara que está "muy impresionado" por las improntas que pudo ver personalmente en California septentrional.

"Mi parecer ha cambiado", dijo el doctor Abbott. Esta pequeña concesión, según él, podría alentar a quien esté en posesión de alguna prueba tangible de la existencia del Sasquatch a declararlo y mostrarla, aunque se la ridiculicen. Consideradas las dificultades de llevarse un Sasquatch entero, podría ser de ayuda un hueso más bien grande o un pedazo de piel».

Estos despojos óseos son la objeción extrema de los santo Tomás de la ciencia. Admitamos que un tipo de mamífero prehistórico humanoide haya llegado indemne a través de los milenios hasta nosotros: al no ser, razonablemente, eterno, cuando muere debe dejar en alguna parte el propio cadáver del cual aunque no sea más, deberían salvarse los huesos y el cráneo. A los santos Tomás contesta el periodista anglocanadiense Don Hunter en un libro que escribió recientemente en colaboración con el «cazador» René Dahinden:

Primero: si esa criatura existe así como ha sido descrita y posee evidentemente alguna cualidad humana o casi humana no debería parecer irrazonable atribuirle la capacidad de ocultar los restos de sus muertos de manera tal y en lugares difíciles de individualizar, teniendo en cuenta sobre todo las vastas áreas inaccesibles al hombre y en las que difícilmente éste se adentra con el fin explícito de encontrar al Sasquatch.

En segundo lugar, y es la explicación más natural sugerida por el zoólogo y escritor Ivan T. Sanderson en un artículo publicado en la revista «Argosy» (febrero de 1968):

«Pregúntenle a un guardabosques, a alguien que viva en medio de la selva o a un coleccionista de animales, si alguna vez encontró un cadáver o aunque sea sólo un hueso de algún animal salvaje excepto a lo largo de los caminos frecuentados y donde pudo haberlo matado el hombre. Yo nunca los encontré en cuarenta años y a través de los cinco continentes. La naturaleza los hace desaparecer y muy de prisa».

Es exactamente lo que me dijo también el doctor Grant Keddie, un arqueólogo: «¿Quién podría distinguir a primera vista, en el bosque o en el enmarañamiento espeso del *bush*, los huesos de un Sasquatch de los de un oso por ejemplo? Sin considerar que si estas criaturas son humanoides podrían sepultar a sus muertos».

Además ni aun del yeti himalayo se encontró nunca, con seguridad, un hueso ni un hallazgo cualquiera que pudiera dar una evidencia concreta del abominable hombre de las nieves asiático: y sin embargo ha habido siempre más propensión a creer en la existencia del Yeti que en la del Sasquatch o Bigfoot. Los huesos encontrados, además, no siempre fueron suficientes para convencer en seguida a los científicos a renunciar a su posición tenazmente escéptica cuando se trata de reexaminar la teoría sobre la evolución. Así sucedió con el *Gigantopithecus*, el *Paranthropus*, el *Pithecanthropus* o «hombre de Java» ahora llamado *Homo erectus* y con el *Homo sapiens Neanderthalensis* que pueden considerarse los progenitores del supuesto Sasquatch.

«Algunos investigadores están convencidos de que en alguna parte existen los huesos del Sasquatch-Bíg-*foot*», afirmaba el londinense *Sunday Times*, el 20 de agosto de 1972. Casi cada día llegan noticias de avistamientos: desde la provincia canadiense de Alberta, una mujer que recogía bayas en la zona de Rockey Mountain House; del Estado norteamericano de Wyoming, dos muchachos de trece años que estaban yendo a caballo a la casa de la abuela en la reserva india de Fort Washakie; de Oregón algunos leñadores; del Estado de Washington un agricultor; hasta en el lejano noreste, desde Indiana, y también desde los Estados del Sur, de Misouri y de Carolina donde el abominable fue visto directamente por dos funcionarios de la policía.

En alguna parte alguien encontrará estos huesos —insistía confiado el *Sunday Times*—. En China se encontraron dientes molares y gigantescas mandíbulas que se remontan a unos 500 millones de años. Los científicos que estudiaron esos huesos,

atribuidos a un *Gigantopithecus*, piensan que en comparación con aquel gigante el gorila más grande de los actualmente en vida parecería un enano. El Sasquatch podría, también él, haber atravesado cómodamente el «puente» de Siberia que hace millares de años permitió el pasaje de muchos ejemplares asiáticos al continente norteamericano.»

Por ejemplo el Gigantopithecus

La «prueba de los huesos», o los restos fósiles, sin la cual un científico ni se sentará a discutir, por otra parte no está decidido que se encuentre en los bosques inaccesibles o en los lugares más salvajes que toda fantasía en general acepta como refugio de monstruos. El descubrimiento del *Gigantopithecus* puede ser ejemplar. Además es una historia reciente aún sin querer usar el metro largo de las eras biológicas. En efecto, fue por casualidad que en 1935 el profesor Koenigswald hurgando una partida de «dientes de dragón» ofrecida a precio de liquidación por un farmacéutico chino de Hong Kong notó un par de dientes que en el momento creyó eran de un simio grande. Otra casualidad quiso que unos años después el mismo profesor encontrase otros dientes del mismo tipo. Y así, un diente después del otro (en total se encontraron unos cincuenta) luego una mandíbula y después otros tres, el *Gigantopithecus* poco a poco fue desenterrado de la noche de los tiempos: ni simio ni hombre, sino un camino intermedio. Aún hoy aparece como una prueba mal lograda que tiene probablemente como antepasado a un simio antropoide antiquísimo, habitante de los bosques, tal vez similar al *Dryonthecus indicus* que es una especie localizada entre las colinas Siwalik en India septentrional y fechado en el Miceno tardío.

Tanto el *Gigantopithecus* como el *Dryopithecus* se encontraron en Siwalik, o sea en las pendientes del Himalaya: al ser de esta manera las cosas los sostenedores del Sasquatch podrían finalmente esperar una mejor comprensión al menos por parte de los científicos que ya han demostrado la existencia de una gigantesca criatura mitad hombre y mitad simio casi en el lugar del yeti.

¿Esto nos autoriza a pensar que el *Gigantopithecus* podría ser el antepasado del abominable hombre de las nieves, o sea del Sasquatch del Himalaya? Algunos estudiosos autorizados, como el doctor Bernard Heuvelmans —zoólogo belga y autor

de numerosos libros sobre animales desconocidos— están convencidos de ello y su tesis fue recibida por la revista «Nature» (7 de mayo de 1960).

Pero no es éste el lugar para profundizar más de lo necesario en un tema que además limitaría sólo al aspecto científico nuestro viaje a través del fenómeno Sasquatch como lo viven día a día la gente del noroeste de América del Norte. El nombre del doctor Heuvelmans, puede introducir la narración del «caso» probablemente más clamoroso, pero en sentido grotesco, de toda la historia del Sasquatch.

X. UNA CRIATURA VENIDA DE LOS HIELOS

Prisionera en un bloque de hielo natural, a la deriva en el Mar de Okhotsh, un enclave ártico entre la península de Kamchatka y la isla de Sakhalin, una criatura homínida hibernada tal vez desde hacía siglos, yacía en una barra traslúcida de unas tres toneladas de peso. Los marineros de un ballenero japonés que cruzaba esas aguas remotas vieron el macabro navegante y lo subieron a bordo.

Otra versión atribuye el hallazgo a una nave rusa, pero los detalles no tienen mucha importancia en el conjunto. Después de largas discusiones con los funcionarios de la aduana y tratativas complicadas durante las cuales por suerte no se descuidó en mantener bajo cero el bloque de hielo, esa especie de sorbete humanoide llegó a un emporio chino de Hong Kong donde en seguida atrajo la avidez de un misterioso negociante californiano que siendo un millonario maníaco coleccionador de piezas únicas, encargó a un agente en el lugar que se asegurase inmediatamente la posesión de esa rareza.

«El hombre venido del hielo», llegó pues a los Estados Unidos donde el cada vez más misterioso hombre de negocios lo examinó a su gusto y después lo alquiló — naturalmente con la barra de hielo— a un tal Frank D. Hansen de Minnesota. Este Hansen es por cierto el personaje más pintoresco de la historia del Sasquatch: extrovertido y comunicativo, tiene todas las dotes del showman «a la JBarnum», en primer lugar posee olfato para lo insólito un poco morboso que será siempre una irresistible atracción para el gran público.

Estamos a comienzos de 1967, el *Big year,* el que se considera el año del Sasquatch, el año del film de Patterson y de la escenita familiar de Estacada donde padre, madre e hijo Sasquatch fueron sorprendidos por el leñador Glenn Thomas mientras cazaban

marmotas entre las piedras. La gente, aun la que no creía y tomaba a broma las discusiones, esa gente, ahora ha madurado su curiosidad hasta el punto de superar el horror y acudir a ver al abominable si alguien estuviera dispuesto a revelarle el escondite secreto. Y Frank Hansen, showman psicólogo y oportuno, está dispuesto a llevarles el Sasquatch a domicilio.

La sensacional gira del «hombre venido del hielo» empieza a comienzos del verano de 1967. Hansen hizo construir un féretro suntuoso para recibir el bloque de hielo que aprisiona a la inquietante criatura inmovilizada en esa muerte blanca. Luego preparó el catafalco en un costoso remolque aislante que sólo por elemental cautela y en consideración a la temperatura glacial no llamaremos capilla ardiente. En todo eso gastó un equivalente a 3 millones de pesetas, que pensaba recuperar con intereses, reuniendo multitudes de curiosos para ver la *Siberskoye Crea- ture frozen and preserved forever in a coffin of ice,* llamada así en la publicidad.

35 centavos de dólar de escalofríos

¿Quién no hubiera pagado eso por el billete para ver al proclamado Sasquatch bajo hielo? Al menos así ocurrió hasta St. Paul, en Minnesota, como lo confirman las crónicas. En la cola delante de la boletería del abominable venido del hielo se apretujan profesionales y obreros, simples curiosos y clases enteras de biología de las escuelas de los alrededores. El cartel era invitador: *The Near-Man, the Siberskoye Creature.* El agregado *Investigated by the FBI* vendría más adelante.

De St. Paul la muestra viajera fue hacia el Este, a través de Wisconsin hasta Grand Rapids, Michigan, donde una compañía cinematográfica filmó a la «criatura» por cuenta de «Time-Life Inc.». Este film tuvo una importancia fundamental en la historia del «Sasquatch venido del hielo» porque puso en evidencia que el «casi hombre», sobre el que se pretendía que había investigado hasta el FBI, no era el mismo que había empezado la gira saliendo de la fábrica de Hansen, en Winona, Minnesota, después de haber sido fotografiado por los zoólogos Ivan T. Sanderson y Bernard Heuvelmans. La boca, que en aquel momento aparecía ligeramente abierta y dejaba entrever un diente amarillento, ahora estaba completamente abierta y se podían distinguir cuatro dientes; el dedo grande del pie izquierdo, que en el «original» estaba

pegado al dedo de al lado, ahora aparecía netamente separado. Y esto sólo para citar diferencias que saltaban a primera vista.

Para tener idea de cómo habían sucedido las cosas hay que dar un paso hacia atrás, pero debemos prensar en seguida que sobre este espécimen bajo hielo ofrecido con sublime imprudencia aún las indagaciones más calificadas sólo se pueden hacer suposiciones, porque raramente Frank Hansen se mostró coherente cuando lo pusieron entre la espada y la pared con cuestionamientos bien precisos. Sobre lo que no podía haber dudas era sobre la tentativa de especulación comercial sin equívocos Con el deseo de ofrecer a la ciencia un elemento más para aclarar el misterio del discutido homínido.

Pasado un año largo desde que Norteamérica había empezado a oír hablar de este Sasquatch en la barra de hielo, la resonancia no disminuía. Ivan Sanderson y Bernard Heuvelmans decidieron que era hora de echarle una ojeada de cerca a la «criatura».

El 17 de diciembre de 1968 los dos zoólogos fueron hasta la factoría apartada en la campiña de Winona, en la orilla del Mississippi, donde había sido llevado el singular homínido, puede decirse con razón, a invernar después de una primera gira en espera de reemprender el viaje a través de los Estados.

El abominable hombre de los hielos estaba allí, en su barra aislante, puesta en el remolque aparcado detrás de la casa de Frank Hansen que, no hay que olvidarlo, pasaba por ser el arrendatario del Sasquatch, mientras el misterioso propietario californiano seguía en la sombra.

Frente a frente con el monstruo

Sanderson y Heuvelmans en seguida se sintieron bien impresionados por el recibimiento muy cordial de Hansen y tuvieron libre acceso a la tumba-frigorífico. Así podrían examinar a su gusto la «criatura» que era claramente visible bajo la capa de hielo. El lugar desgraciadamente ya sabemos cuál era y no permitía tomar fotografías totales del cuerpo entero. Sanderson pensó entonces en dibujar algún detalle y se vio obligado, siempre a causa del poco espacio, a estirarse él mismo sobre el bloque de hielo, cara a cara con el monstruo, casi más allá del umbral del misterio que parecía

derretirse al calor del cuerpo del científico. Envuelto en, el silencio de esa barra, el pobre Sanderson debió vivir una experiencia que hubiera traumatizado a cualquiera

Los dos zoólogos trabajaron dos días con el Sasquatch del frigorífico y quedaron tan convencidos que Bernard Heuvelmans —más bien de manera precipitada, fue la crítica de lqs científicos— escribió un trabajo sobre lo que llamó con suma imprudencia *Homo pongoides,* dando por cierto que realmente era «un homínido que pertenecía a una forma de vida desconocida.

Pero exactamente que estaba aprisionado en esas tres toneladas de hielo? Por el momento debemos contentarnos con saber qué se podía ver a través de ese reparo ya no tan transparente a causa de una larga y laboriosa refrigeración.

El cuerpo, cubierto por largos pelos con excepción del rostro, de las palmas de las manos y de las plantas de los pies, estaba boca arriba, con el brazo derecho atravesando el bajo vientre y el izquierdo doblado arriba como para protegerse la cabeza; las rodillas ligeramente dobladas. La estatura era de 1.82 m y la contextura musculosa. El torso era largo y macizo, las caderas no son prominentes. La nariz más bien aplastada y un poco levantada muestra unos orificios anchos y dilatados. El tabique nasal es peludo. La frente es huidiza, hacia atrás, pero no se la ve bien porque está escondida por un pedazo de hielo que es más grueso en ese lugar. Los pómulos son anchos y la boca es una hendidura sin labios. Las órbitas grandes y cavadas: el ojo derecho parece salido de su órbita, probablemente a causa de un proyectil que, disparado de frente, atravesó el cráneo saliendo por la parte posterior. La explosión podía haber arrancado también el ojo izquierdo. La posición de defensa en la que se encuentra el brazo izquierdo confirmaría que la «criatura» sorprendida por un peligro frontal, trató de resguardarse la cabeza, pero no lo hizo a tiempo. Los brazos son largos y las piernas, en proporción, parecen excesivamente cortas pero con apariencia «muy humana». Las manos en espátula y los pies muy anchos con el dedo mayor alineado pon el segundo dedo (característica humana). Se trata de una criatura de sexo masculino.

(Contradicciones anatómicas

El parecer de los dos zoólogos, aunque en los ambientes científicos no fue interpretado como un aval oficial y definitivo, sirvió sin embargo para estimular algunas reconsideraciones y tal vez ciertas dudas. No escapaban, además, las muchas contradicciones anatómicas que se podían observar en las detalladas descripciones dadas por los dos «testigos oculares». El mismo John Napier, cuando Sanderson fue a verlo a la Smithsonian de inmediato se impresionó por el hecho de que las características del llamado *Iceman* parecían compendiar las peores cualidades del hombre y del simio; en el sentido, por ejemplo, que la estructura anatómica de los pies de esta extraña criatura no parecían adaptados ni para trepar, como en el simio, y ni para caminar en terreno llano como en el hombre. Lo mismo las manos que eran una grotesca mezcla hombre-simio.

Por ambas partes, este abominable finalmente disponible con toda su evidencia física era un rompecabezas mucho más embarazoso que todos sobre los que se habían hecho deducciones a través de los indicios basados en las improntas y los controvertidos avistamientos. La misma Smithsonian Institution estaba perturbada y renunciando en parte a su cautela dictada, obviamente, por un laudable rigor científico, debió reconocer que esta vez el «monstruo» no podía ignorarse.

De esta manera, aunque manteniendo su posición de observador imparcial, el secretario Dillon Ripley escribió una carta oficial a Frank Hansen pidiéndole que cortésmente pusiera el espécimen a disposición de los científicos de la Smithsonian. La iniciativa, es evidente, constituía el primer éxito para todos los que hasta ese momento habían lamentado el desinterés de la ciencia por el fenómeno Sasquatch.

Pero por desgracia la respuesta de Hansen caería como una ducha de agua fría y confirmaría el más arraigado escepticismo: la «criatura original» ya no estaba en sus manos porque el misterioso propietario la había reclamado y podría excluirse la posibilidad de que volviera a exhibirse en público. La que Hansen mostraría durante la gira, en poco tiempo —decía el último párrafo de la respuesta— se «asemejaba en mucho* aspectos al original». De esto podía deducirse que el llamado «original» sería reemplazado por una réplica: pero nada impedía dudar de que el «original» fuera de

veras original y genuino. Más aún porque Hansen daba la impresión de querer liquidar la cuestión más bien precipitadamente.

Todo el asunto, en verdad, empezaba a ser sospechoso, y podemos imaginar fácilmente que sobre todo a la Smithsonian le fastidiase un poco el hecho de haber bajado de la cátedra justamente para mezclarse en algo que tenía todo el aspecto de ser una impostura. Es así como Dillon Ripley decide interesar nada menos que a Edgar Hoover, entonces director del FBI, para que lanzase a sus agentes en busca del «original» desaparecido. Pero Hoover no aceptó y respondió que el FBI no podía hacer nada, porque no parecía haber una violación de las leyes federales que justificara la apertura de una investigación. Pero esto no le impidió al emprendedor showman agregar a su propio espectáculo el cartel publicitario de *Investigado por el FBI.*

Empezaba a abrirse paso la sospecha de que la excesiva publicidad había dañado los planes de Hansen que, en ese momento, sentía que se le escapaba por completo el control de la empresa. El imprevisto interés de una autoridad como la Smithsonian de pronto le hizo temer que de veras le harían descongelar el supuesto espécimen del supuesto Sasquatch, con la consecuencia de que si había un truco éste surgiría clamorosamente del hielo.

Ahora la gente más que el monstruo y lo que era en realidad, se estaba apasionando por la cuestión en su totalidad, mientras el problema se complicaba y contribuía a alimentar los interrogantes y las voces más extrañas: ¿quién había bloqueado la investigación científica de la Smithsonian? ¿Y por qué el FBI no quería ocuparse? ¿Es verdad que la Mafia tenía Intereses en la cuestión?

Lo maté yo

Para hacer más grotesco el asunto se agregó una declaración final del mismo Hansen en la revista «Saga»: «Si debo ser sincero —confesaba el inagotable showman— al Sasquatch lo maté yo personalmente en las selvas de Minnesota en 1960.» Y contó que en la época que estaba de servicio en la aviación militar, había ido con algunos compañeros a cazar a los bosques de Minnesota septentrional y le había disparado a un gamo. El animal herido se refugió en una charca. Lo siguió hasta allí justo a tiempo para sorprender a tres criaturas peludas que despedazaban al gamo con sus manos v bebían la sangre. Una de esas tres criaturas, dice Hansen, se le arrojó encima aullando; pero él logró dispararle alcanzándola en la cabeza y matándola al instante.

Presa del terror, Hansen huyó y decidió no decir nada a nadie de la aventura, porque se daba cuenta de que al haber pocas posibilidades de que le creyeran vería comprometida la tranquilidad de los pocos años que le quedaban antes de dejar la aviación. Pero después de muchas noches insomne tomó valor y volvió al lugar de su terrible encuentro: era diciembre V la nieve había blanqueado el bosque. La temperatura que desde hacía varios días era de bajo cero había helado la charca y todo, incluida la «criatura» que matara Hansen y a la que encontró dura como una piedra v obviamente conservada como en un frigorífico natural.

Dejar el cadáver allí equivalía a acusarse de asesinato, por lo fácil que resultaría encontrar al que la había matado. De esta manera el pobre Hansen se la careó a las espaldas —con el horror que le deja imaginar al lector comprensivo— y la llevó a su casa donde su mujer (también ella muv comprensiva) aceptó ponerla en el refrigerador de la casa dentro del que era posible esperar que nadie fuera a mirar. «Lo dejaré sólo hasta la primayera», le prometió. Y en

cambio se quedó allí durante siete años quitándole espacio a los bistecks y a las verduras amorosamente congeladas por la señora Hansen para las necesidades familiares.

Sí, era verdad, ahora podía revelarlo: la historia del bloque de hielo a la deriva en el Mar de Okhotsh había sido una invención de él, un truco inocente para atraer visitantes a su muestra y para acrecentar un poco el misterio. Porque a fin de cuentas —ésta era la autodefensa que desarmaba— él sólo había pensado en exhibir «un misterio».

Autodefensa además intempestiva, dado que la oficina de relaciones públicas de la Smithsonian de Washington, un poco irritada por la figura poco airosa que ese monstruo de barraca le había hecho representar a la institución, se había lanzado a cuerpo perdido por la pista que el FBI se negaba no sólo a seguir sino hasta a indagar. A fuerza de llamar por teléfono de una punta a otra de EE.UU. se había encontrado una casa en la costa del Pacífico que aseguraba haber confeccionado para el señor Frank Hansen ese muñeco peludo usando goma, látex y cabellos. El escrúpulo de los funcionarios de la Smithsonian llegó hasta a encontrar a las personas que habían aplicado la melena al fingido Sasquatch: se llamaban Peter y Bet- ty Corrall. Había sucedido exactamente en abril de 1967: las fechas coincidían a la perfección, ya que la primera gira había empezado en el verano de ese año; por lo tanto resultaba claro que el primer «original» sí era original, pero de un fingido abominable.

Un misterio aclarado

De esta manera podía aclararse el misterio de la apresurada sustitución, o una nueva hechura, del «primer monstruo» cuando el interés de la Smithsonian amenazó con descubrir la discutible «originalidad», y la puesta en circulación del ejemplar nuevo corregido con las diferencias expresamente marcadas justo

para salvarle la cara al primer «original» confirmándose de esta manera la diferencia como si en la actualidad no fuera posible hacer copias de cualquier original idénticamente perfectas.

Al mismo tiempo que la Smithsonian, el zoólogo Sanderson, también él molesto por haber aparecido como un ingenuo ante Norteamérica, extendido, aplastado como un lenguado contra el hielo, cara a cara con ese simio, extendió sus desgraciadamente tardías investigaciones, llegando a la curiosa conclusión de que otras dos casas reclamaban el honor de haber servido al señor Hansen para la confección de su fingido Sasquatch.

En conclusión, puede reconocerse que el showman de Minnesota había prometido un misterio y había mantenido su palabra. Y todos los que pagaron a Hansen los 35 centavos de dólar estaban ampliamente compensados por las diversiones que ofrecían las peripecias del «abominable venido de los hielos».

Se vende abominable

El Sasquatch de barraca llevado en gira por Hansen no sirvió por cierto para el mito del abominable hombre de las nieves o de las Rocosas ni para el mismo Hansen que debió cerrar de manera precipitada las salidas con notable pasivo, ya que en dos años no había logrado cubrir los gastos, según lo que declaró a un periodista en 1969. Nadie, por otra parte, se enriqueció con el Sasquatch. Y no es porque sean pocas las tentativas comerciales que han intentado usufructuar la imagen-idea del monstruo.

He aludido a los marcos-recuerdo que se venden en los negocios de la zona de Harrison Hot Springs (Columbia Británica) y a los carteles publicitarios que usan el Sasquatch como propaganda. En Willow Creek (California) vimos que cada año a finales de agosto se celebra la «Feria del Bigfoot»: justo en el centro, Jim McClarin,

cazador de Bigfoot en sus ratos libres, ha levantado una enorme estatua de madera en honor del abominable; las medidas son «naturales» o sea que respetan la media deducida de los cálculos más atendibles, estatura 2,40 m, ancho de hombros 104 cm, pie 45 cm por 25.

En Dalles, Oregón, otra zona de frecuentes avistamientos, el barman de un motel junto a la autopista aconseja a los turistas de paso, su cóctel a base de gin a la ciruela, o sea *sloegin,* bautizado *Abominable Slccman* por clara asonancia con *Abominable Snowman,* el hombre de las nieves. Por lo mismo ue se llama *Adorable Woodswoman,* adorable mujer de las selvas, a una Sasquatch hembra de dos metros y medio con caderas en proporción modelada en madera, colocada en un bosque de la misma zona.

Necesidades turísticas, más que otra cosa, pero a menudo curiosas iniciativas personales de un folklore innato en la gente del Oeste.

«Una leyenda viviente registrada en disco», ofrece un aviso publicitario aparecido en algunos periódicos de California:

«¿Se han enterado de esa gigantesca criatura similar al hombre que anda por las zonas salvajes de la West Coast? Escuchen su voz horripilante registrada por primera vez en el mundo, en exclusiva, desde un remoto lugar secreto entre las montañas inexploradas de la Sierra Nevada.

¿El Bigfoot posee un lenguaje?

¿El Bigfoot está en condiciones de comunicarse con el hombre?

Juzguen por ustedes mismos.

Estas grabaciones han estimulado el mayor interés, divertirán y provocarán tanto a los escépticos como a los que creen en el fenómeno, tanto a jóvenes como a adultos. No son una broma, sino que constituyen el resultado de un concienzudo análisis y de dos años de asiduas búsquedas.

El disco dura 14 minutos en 33 vueltas de longplay, provisto de informaciones completas y detalladas, se ofrece en un álbum ilustrado con fotografías. Un extraordinario aporte educativo. Un regalo fuera de lo común. Fuente garantizada de discusiones en toda reunión o recepción.

Envíen 5 dólares con 95 centavos en giro o talón (no al contado) a "Bigfoot" — PO Box 56, Redding, California. En el precio están comprendidos los gastos postales.»

Pero no puede decirse que el Sasquatch-Bigfoot se haya convertido alguna vez en un *bigbusiness*. Las anchas improntas de «monstruo» impresas en el cemento de un cordón frente a una zapatería y los sostenes en forma de pies de Sasquatch más que otra cosa son ironías que tal vez pueden molestar a los puros de la caza del abominable pero que en realidad no agregan nada y no significan nada tampoco que disminuya el mito.

En nivel nacional y gubernativo, si hay una comercialización del mito no es imputable a Norteamérica, contrariamente a lo que puede pensarse juzgando en base a un cliché consumista que a veces falsea la realidad. Por ejemplo, Bhutan, país himalayo, emitió no una sino dos series de sellos dedicados al abominable hombre de las nieves: una en 1960 y otra —dado el éxito— en 1970, con efecto tridimensional.

Ya en 1950 el gobierno de Nepal se servía del yeti como atracción turística y los folletos en colores no dudaban en prometer experiencias inolvidables «en el País del Monte Everest y del yeti».

También el gobierno de Nepal ha sido rozado por la duda de vender castillos en el aire al lanzar al precio de 600.000 liras una licencia especial para los «cazadores de yeti»: el pago daba derecho a una «sola pieza de caza».

La idea-barraca de Frank Hansen, en el fondo, no habría sido de las peores si el ardor del showman no hubiera superado los límites del museo de cera. Además había un precedente tal vez no ignorado por el mismo Hansen, referido al profesor Boris Porshnev, científico y académico soviético ya antes citado (no olvidarse, al respecto, que en Rusia los «cazadores de monstruos» han podido contar con una consistente subvención gubernativa).

Es la historia de una joven (y linda, iba a decir, pero no hay razón para esto) abominable hembra capturada viva por algunos cazadores rusos que la llamaron «Zana». Sucedió en el siglo pasado; no se sabe el año exacto. Después de haber pasado a través de diferentes propietarios, vendida o regalada, Zana llegó como gracioso

homenaje a las manos de una familia de posición, unos tales Genaba, que vivían en un pueblo cerca de Ochamchire, en el Mar Negro.

Al principio —pero esto no puede saberse— la pobre abominable estuvo encadenada y encerrada con llave, pero con el paso del tiempo, aceptada su naturaleza no salvaje, se la dejó relativamente libre para moverse a su voluntad y no tardó en acostumbrarse a los hábitos más o menos abominables de sus anfitriones.

Zana, informa el profesor Porshnev, no estaba en condiciones de hablar, pero emitía sonidos modulados que podían interpretarse como sustitutos de palabras y que eran muy expresivos en especial cuando rechazaba los asaltos de los muchachos del pueblo y de los perros del vecindario. Era muy rápida para comprender y obedecer las órdenes de sus patrones.

La abominable pelirroja

Alta, maciza, con la piel oscura recubierta de un pelo marrón-rojizo; rostro ancho con pómulos prominentes, nariz aplastada y ojos pequeños que con cierta luz parecían rojos; todo un estilo podría decirse. Tenía una fuerza extraordinaria esa pelirroja; era capaz de voltear sin mover una pestaña a un caballo y de hacer con la más elegante indiferencia el crawnl en las aguas más turbulentas como no lo hubiera logrado el nadador masculino más probado. A pesar de esto nunca sacaba provecho de su poder físico para volver a la libertad de la selva, como si se sintiese satisfecha de haber encontrado su lugar ecológico entre los humanos. Algunos veían en esta adaptación, cierto cálculo que si fuera justo, hubiera podido atribuir un sentimiento más humano que humanoide a la hembra: la consideración de haber encontrado en la casa de los Genaba un reparo a la intemperie de la vida salvaje, alimento seguro, y embriagador descubrimiento, vino a voluntad, aunque sus solemnes borracheras y los consiguientes bailes seguidos de profundos sueños reparadores pagaban con amplia diversión las generosas copas.

Es fácil imaginar cómo la abominable pelirroja se convirtió en un personaje en la existencia comprensiblemente monótona del pueblo perdido en la campiña rusa. Y también puede imaginarse fácilmente adónde lleva la costumbre de una familiaridad cotidiana. Moral abominable: Zana —es el profesor y académico de Ciencias soviético

Boris Porshnev el que lo cuenta— fue repetidamente madre de cierto número de hijos no necesariamente del mismo padre humano.

EÍ primer parto se realizó sin asistencia, pero el pequeño murió, tal vez a causa de la técnica primitiva (la técnica inconsciente debe suponerse conociendo los precedentes salvajes de la puérpera) o tal vez fue sólo inexperiencia, ya que el recién nacido no resistió el primer baño en el agua helada de un río cercano donde la solícita madre lo había amorosamente sumergido.

Las veces sucesivas —porque hubo varias veces sucesivas— las cosas anduvieron mejor, también gracias a la desinteresada intervención de la comadrona del pueblo. Zana tuvo cuatro hijos seguros, el último de cuales, de nombre Khvit, murió en 1954 a la edad de sesenta años o algo más.

Los detalles de la maternidad de carácter casi humano no asombran a quien esté algo familiarizado con la literatura rusa más reciente y con los relatos que a menudo asocian el comportamiento de los Alma con el del hombre. Se cuenta, por ejemplo, de una madre Alma a la que se vio amamantar niños humanos y de Almas que en ausencia de los guías invadieron campamentos donde se los encontró calentándose alrededor del fuego: un detalle es éste del fuego de gran importancia porque confirmaría una afinidad con el hombre que, contrariamente a los animales, no se siente instintivamente aterrorizado por las llamas sino que posee la consciencia de los efectos benéficos del fuego.

Está también el testimonio de un autorizado Lama del monasterio de Lamyn-Hegen que afirma ser hijo de un hombre mongol y de una mujer Alma.

Abominable genealogía

Volvamos a Zana. La prolífica abominable de los cabellos rojos, vieja y con el hígado arruinado por el vino, murió a fines de 1800 dejando un gran vacío en el pueblo del Mar Negro. Fue sepultada en el mausoleo de la familia Genaba dado que —era *vox populi*— el jefe de la familia, Edgi Genaba, se señalaba como el padre por lo menos de un par de esos hijos. También hubo un funeral al que asistió una multitud de gente que la apreciaba y de amigos. Justamente de los recuerdos de ellos el profesor Porshnev obtuvo los detalles de la vida y de la muerte de Zana, recogidos de primera

mano aunque, por lo que entendemos, un poco deformados, filtrados a través del cristal un poco deformante del tiempo.

Más atendibles, presumiblemente, son las noticias sobre los hijos de Zana, los únicos de sangre mixta, un inquietante puente viviente entre la lejanía del mundo de Neanderthal y las modernas providencias sociales a favor de la hembra progenitora. Los cuatro brotes a su vez tuvieron hijos que ahora viven tranquilamente integrados algunos en un pueblo y otros en la pequeña república de Abkhasia, en el Cáucaso.

El interés del estudioso, y también del curioso, se dirige a los descendientes inmediatos, más que a los nietos. El profesor Porshnev encontró a algunas personas que conocieron a Khvit y que trabajaron con él. Contaron que tenía la piel oscura, temperamento irascible y una formidable fuerza física. Es de pensar que muy pocos intentaron aludir malévolamente a su nacimiento, ya que parecía que bastaba el mínimo detalle para que se desencadenase. Y raramente llevaba la peor parte. En compensación tenía una buena voz de tenor y un envidiable talento como cantante. Cuando murió lo sepultaron al lado de la madre, en el sepulcro de los Genaba.

Las huellas de Zana fueron seguidas con extraordinario empeño, evidentemente más por interesados sólo que por estudiosos. En 1964, Boris Porshnev logró encontrar a dos hijos de Khvit, una mujer y un hombre, nacidos del segundo matrimonio: vivían en la ciudad minera de Tkvarcheli y trabajaban en la mina, también la mujer, que se distinguía por una resistencia física poco común. El profesar la describe como «ligeramente negroide» y señala que tenían una voz muy aguda, adaptada a la imitación de los chillidos de los animales.

Qué no hubiera dado el científico por poder examinar los despojos de Zana de manera de estudiar al menos el esqueleto de ese último Neanderthal, probablemente, llegado hasta nosotros. No se lo permitieron, pero durante toda su vida no renunció a insistir para que la ciencia no se viera privada de esa ocasión única, tal vez el eslabón que falta en la cadena biológica que según sus teorías uniría la prehistoria humana con las criaturas de una edad de piedra que han permanecido inmunes al progreso en alguna área-refugio de nuestro mundo, o sea a los Sasquatch, los Bigfoot, los Alma.

Tal vez los Sasquatch, los Bigfoot, los Alma son también ellos el producto de entrecruzamientos hombre-homínido, la evidencia genética de un acoplamiento que sólo la moral prevaleciente puede considerar abominable, cuando no monstruoso.

Ostman ocultó algo

Reconsideremos por un momento el «caso Ostman», el leñador raptado por un Sasquatch adulto y llevado hasta la familia. Releyendo el relato que hizo de su aventura, reproducido por John Green en *On the Track of the Sasquatch*, me impresionaron estas frases en las que Ostman (que, no debemos olvidarlo, en ese momento tenía unos treinta años) revela sus sentimientos con respecto a la joven Sasquatch, la hija de su raptor:

«La muchacha era tranquila y amistosa. No le hubiera hecho mal a nadie. Tenía el pecho fuerte como el de una joven, no desarrollado como el de la mujer adulta. Estoy seguro que de lograr alejar al padre habría podido traerla conmigo entre la gente civilizada.»

Y en seguida, como arrepentido de haber hablado demasiado:

«Pero, ¿qué hubiera hecho con ella? ¿Meterla en una jaula para mostrarla a la gente?»

Poco antes había insistido en el hecho de que las cuatro criaturas le impresionaron por sus características «humanas», excepto el cuerpo peludo y la tecnología primordial de sus vidas.

Ta1 vez Albert Ostman escondió algo. A veces, al volver a evocar *su* aventura, aunque sin decirlo claramente acredito la sospecha de que el padre Sasquatch podía haberlo llevado a la casa para quitar el hambre a la familia cansada de dieta vegetariana. En realidad durante los seis días de prisión no solo no lo maltrataron sino que fue considerado como huésped y como caza en reserva. No podría ser más bien que a los ojos del padre Sasquatch, sensible como todos los padres aun entre los animales, a la felicidad de los hijos, el solitario Ostman, de buena presencia y confortablemente instalado en el bosque, ¿resultara un buen marido para su hija?

Si sólo hubiera sido un manjar selecto con seguridad lo habrían capturado en seguida cuando huyó. Y en cambio nadie se movió; lo dejaron irse, resignados, como quien ve esfumarse una ocasión. «Tal vez no era su tipo», se habrían consolado.

Pero esos días pasados por Ostman con «la tranquila y amistosa muchacha Sasquatch del pecho fuerte», ¿estamos seguros de que no han dejado su huella en los bosques de la Columbia Británica?

Los nietos de Zana, ahora integrados en nuestro mundo, han afirmado sus caracteres casi humanos, sólo la piel es más oscura (pero trabajan en una mina de carbón); los domingos, en el coro de la iglesia del pueblo sus voces resaltan en algunas octavas más altas que las otras, y mientras los fieles los escuchan admirados, en la campiña de alrededor algún animal se detiene perplejo, como si reconociese una lejana llamada familiar que, inexplicablemente, llega del mundo de los humanos.

Recorramos los informes sobre los avistamientos y sobre los testimonios que día a día enriquecen el archivo de John Green en su «observatorio» de Echo Street en la ciudad de Harrison Hot Springs: ¿cuántos son los casos aceptados en los cuales un Sasquatch no digamos mató sino solamente asaltó a un hombre? Probablemente ninguno, cuando se excluyen las fantasías y los relatos inspirados por las leyendas indias y el folklore del Oeste. El miedo provocado por la vista de uno de esos gigantes peludos es mucho, en verdad, pero, ¿cuántas veces y cuándo exactamente puede estar justificado por un real peligro? En millares de ocasiones el Sasquatch se encontró cara a cara con un hombre que además había penetrado en su «territorio»; nunca lo enfrentó, rechazó ó siguió aunque tuviera las posibilidades; siempre prefirió alejarse.

Sólo una vez, es interesante señalarlo, el Sasquatch irrumpió en una casa habitada. Es un «caso» famoso que se recuerda como el «incidente de Ruby Creek». Famoso porque se registra como primera visita «voluntaria» de un abominable al mundo civilizado y también porque por primera vez un consistente número de improntas pudo ser visto y examinado por varias personas insospechables, incluido un funcionario de policía.

Ruby Creek es una pequeña localidad cerca de la orilla izquierda del río Fraser, a unos veinte kilómetros al este de Harrison Hot Springs, en la zona de la Columbia

Británica, o sea, donde se verificaron los avistamientos más numerosos. El «incidente» ocurrió en 1941.

El incidente de Ruby Creek

Era una linda tarde de setiembre y la señora Jeannie Chapman hacía los trabajos domésticos en la casilla de madera al lado de las vías del ferrocarril cerca de la pequeña estación de Ruby Creek. Su marido, George, estaba trabajando en un carril cercano de la «Canadian Pacific Railway». Sus dos hijos, Jimmie y Rosie jugaban alrededor de la casa.

De golpe la mujer oyó al pequeño Jimmie que corría hacia la casa gritando: « ¡Mamá, mamá, una vaca grandota salió del bosque!» Se precipitó a la ventana y en vez de la vaca vio una criatura de aspecto casi humano, de unos 2,40 m de alto, que a grandes pasos, caminando erecta, atravesaba el prado.

Jeannie Chapman estrechó al niño, aferró a la pequeña Rosie y les dijo que no se movieran, se quedaran quietos y no respiraran. Luego al ver que la criatura se dirigía a la parte de atrás de la casa, aferró a los dos pequeños y los sacó afuera por la puerta de delante, corriendo enloquecida hacia el río y la pequeña estación de Ruby Creek. A mitad de camino encontró a su marido con los compañeros de trabajo y presa de una crisis histérica les contó qué había sucedido. Trataron de calmarla y alguien la acompañó a la casa de unos parientes mientras que un pequeño grupo se armaba con fusiles y se preparaba para enfrentar a lo que pensaban era un oso, dado que por allí no era raro verlos.

Pero cuando llegaron al lugar se dieron cuenta en seguida que las improntas alrededor de la casa de Chapman por cierto no eran de eso: medían 40 centímetros de largo por 20 de ancho y mostraban muy nítidamente la forma de cinco dedos. A través de un campo de patatas los enormes pies se hundían en cinco centímetros. Todos estuvieron de acuerdo en que no era un oso el que había dejado esas huellas, y esa gente de osos entendía porque muchos de ellos eran cazadores de pieles.

Siguiendo pues las huellas, los hombres vieron que el misterioso visitante había entrado en la despensa donde encontró una barrica de salmón ahumado y salado,

probó el pescado y tal vez insatisfecho volcó el recipiente en el suelo; después fue hasta el río, a lo mejor para sacarse la sal de la boca.

Había algo cierto: la «criatura» que aterrorizó a la mujer y a los dos niños no pensaba en absoluto agredirlos ni seguirlos.

A pesar del miedo, la familia no había corrido ningún peligro.

Los Chapman eran indios y se podría sospechar no eran completamente inmunes a cierto condicionamiento por los mitos y las leyendas de su folklore; pero ninguno de los que examinaron las improntas eran indios, incluido el vicesheriff Joe Dunn, también él experto en osos.

Me hubiera gustado hablar con alguno de los Chapman y le pedí indicaciones a John Green: pero después de esa dramática tarde de setiembre nunca habían vuelto a la casa de madera en la orilla del bosque y una noche de 1959, mientras atravesaban el Fraser, la pequeña barca en la que iban volcó y los cuatro murieron ahogados.

El bosque, avanzando en el claro, ahora invadió el campo de patatas que el Sasquatch había arado con sus grandes pies. Hoy es casi imposible localizar el lugar exacto del «incidente de Ruby Creek» sobre la base de una vieja foto de la *cabin* abandonada por los cuatro indios presas del terror por ese abominable de caracteres casi humanos.

El Sasquatch, pues, no es agresivo con respecto a los humanos y a juzgar por los datos disponibles, no parece ni peligroso ni malo. Tal vez lo mismo sería excesivo sacar de esto una ética del comportamiento que al final de cuentas transformaría al abominable en un ex abominable; de la misma manera que sería azaroso atribuirle un civilizadísimo sentido de *privacy* sólo por el hecho de que no tenga la costumbre de entrar en las casas impulsado por el hambre, la curiosidad o el deseo de establecer un contacto, de fraternizar, en una palabra.

¿Una idea o un ser viviente?

A esta altura la pregunta de si el Sasquatch es una *idea* o un *animal*, parece completamente superada como también la otra, análoga, de si se trata de una criatura o de un cliché cultural. Sustraído del culto de lo horrendo y del mito de los monstruos, caro a los nativos, es inútil intentar un paralelo moderno con los platillos voladores

que pertenecen a una mecánica de fantaciencia, los testimonios de los cuales ofrecen sólo impresiones y ninguna huella medible con metro humano. En la última página de su estudio sobre el Bigfoot, John Napier, el más equilibrado líder de la corriente científica que se ha ocupado del Sasquatch, recalca:

«Pienso que el Sasquatch existe; pero que todo lo que se ha dicho de él es otra cosa. Hay *algo* en el noroeste de América del Norte que debe ser explicado, y ese algo deja improntas similares a las del hombre. Las pruebas que he recogido a favor de la existencia del Sasquatch no son definitivas y muy pocos físicos, biólogos y químicos querrían aceptarlas; pero con todo son pruebas. Y no pueden ser ignoradas.»

Corresponde pues a los zoólogos y a los antropólogos ponerse de acuerdo. Es probable que no lo hagan hasta que el habitual cazador de domingo pare su auto en la puerta del museo con el esperado y en cierto sentido temido cadáver del Sasquatch acomodado como trofeo entre un paragolpes y el otro, a través del motor. Sólo entonces, tal vez, después de asegurarse que el guardia de servicio haya multado al inoportuno para haber aparcado en zona reservada, sólo entonces subirán a la cátedra y se decidirán a hablar.

Luego el «caso» pasará a las manos de los magistrados para que decidan si el cazador es sólo un benefactor de la ciencia o bien un asesino.

El Sasquatch de los bosques, que desde las Montañas Rocosas llega hasta las costas del Océano Pacífico, podría representar el estado salvaje, no integrado, el individuo en el cual la Naturaleza todavía no ha operado esa «plástica» física más que caracteriza que mañana podría hacerlo aceptable fuera de los bosques. Aunque no se ha aceptado una afinidad entre Alma y Sasquatch lo mismo no se han probado radicales diferencias biológicas entre ellos. La pelirroja Zana y la fuerte abominable de Ostman podrían pertenecer a dos ramas de un mismo tronco que se encontraron separadas en dos orillas opuestas en el momento de la desaparición del puente que unía Alaska con Siberia. Zana encontró su Edgi Genaba que evidentemente no andaba con sutilezas; la Sasquatch norteamericana podía haberlo encontrado más tarde, o no haberlo encontrado nunca, porque así se dio el caso o porque ciertos escrúpulos inhibitorios occidentales impidieron la superación de comprensibles barreras.

O, tal vez, en nuestro mundo del año 2000 ya exista la «prueba» de la existencia de un homínido venido de la prehistoria. Los pioneros, como los hombres dotados de gran fantasía, sufren de presbicia: lo que buscan a lo lejos lo tienen a veces delante de los ojos. De esta manera los «cazadores de monstruos» continúan impertérritos buscando esa prueba entre las Montañas Rocosas y recorriendo los bosques de las cadenas costeras del Pacífico. La gradual desaparición de los caracteres salvajes inaceptables en una comunidad civilizada fue rapidísima en la descendencia de Zana, el único «caso» por otra parte, que la ciencia pudo seguir de manera coherente y sistemática. La verdadera prueba, por eso, podría presentarse no bajo la forma macroscópica de un gigante peludo finalmente inmolado para la disección científica, sino como el resultado de una evolución genética que se ha cumplido más rápidamente que lo imaginado por los científicos.

Tal vez la ciencia ya está en posesión de esta «prueba definitiva» y por eso no tiene más interés en seguir a los cazadores de monstruos en sus patéticos traslados detrás de las huellas dejadas en la nieve.

El Sasquatch ya podría estar entre nosotros.

A lo mejor tú eres un Sasquatch.